

CICERÓN

SOBRE LA ADIVINACIÓN

•

SOBRE EL DESTINO

•

TIMEO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
ÁNGEL ESCOBAR



EDITORIAL GREDOS

LIBRO I

Prólogo

Es una vieja creencia¹, sostenida ya desde los tiempos de los héroes² y ratificada, además, por el asentimiento del pueblo romano y de todas las gentes³, la que hay entre los seres humanos una especie de poder adivinatorio al que los griegos llaman *mantiké*⁴, esto es, la capacidad de intuir y de llegar a saber lo

¹ La obra comienza sin dedicatoria, con una exposición de carácter doxográfico que abarca los siete primeros párrafos; tras este inicio, en el que sólo aparentemente se admite la existencia de la adivinación, Cicerón expone su propósito de discutir con más detalle sobre un tema de tanta trascendencia (I 7); sobre la supuesta intencionalidad irónica de todo este pasaje, cf. R. BADALÌ, «Il proemio del *De divinatione*», *RCCM* 18 (1976) [= *Miscellanea di studi in memoria di Marino Barchiesi*], 27-47.

² Se alude así a la abundante presencia de prácticas adivinatorias en la leyenda homérica y en la literatura épica en general; la misma expresión se había empleado ya en *Nat.* III 54 (*heroicis temporibus*).

³ Acerca del *consensus omnium*, argumento muy recurrente en Cicerón, cf. *Nat.* I 1, 44; A. S. PEASE, *Div.*, pág. 39; dentro de esta misma obra, vuelve a emplearse en I 11 (*omnium populorum et gentium consensus*), 12, 84, etc.

⁴ Para la correspondencia entre el término *divinatio* y el gr. *mantiké* (sc. *epistémē* o *tékhne*) cf., asimismo, *Nat.* I 55; *Leyes* II 32.

que va a pasar. Se trata de una capacidad extraordinaria y salvadora, caso de existir, en virtud de la cual la naturaleza mortal podría acercarse en muy gran medida a la condición de los dioses⁵. Y, de la misma manera que, en otros muchos casos, nosotros hemos sabido derivar palabras mejor que los griegos⁶, así nuestros antepasados derivaron de 'deidades' su denominación para esta capacidad tan notoria, mientras que los griegos, según interpreta Platón, lo hicieron de 'delirio'⁷.

- 2 Desde luego, no encuentro pueblo alguno —por muy formado y docto, o muy salvaje y muy bárbaro que sea— que no estime que el futuro puede manifestarse a través de signos, así como ser captado y predicho por parte de algunas personas. Fueron en un principio los asirios⁸ —por recabar testimonio desde los pueblos más remotos⁹— quie-

⁵ Es decir, aunque la capacidad adivinatoria sólo resida propiamente en algunas personas (*a quibusdam*, I 2), su existencia —calificada aquí como *salutaris*— redundaría en beneficio de toda la humanidad.

⁶ Acerca de la consideración del latín como lengua filosófica, en contraste con el griego, pueden consultarse los abundantes testimonios ciceronianos recogidos por A. S. PEASE, *Div.*, pág. 40; cf., asimismo, *Nat.* I 8.

⁷ La preferencia etimológica de Cicerón se justifica por lo dicho anteriormente, y en cuanto que el entronque de *divinatio* con el concepto de 'lo divino' (*a divis*, ablativo preferido en este caso a *deis / dis*; cf. *Nat.* I 63; VARRÓN, *Ling. Lat.* III, frag. 1) aporta al fenómeno un carácter más general que el que habría propiciado la conexión con *furor*, que sólo es adecuada en rigor para la llamada adivinación 'natural'. *Furor* traduce, probablemente, el gr. *manía* (*melagkholía* según *Tusc.* III 11; la relación etimológica entre *manía* y *mantiké* ha sido descartada por M. CASEVITZ, «*Mántis: le vrai sens*», *Revue des Études Grecques* 105 [1992], 1-18). Sobre el significado del término, que vuelve a aparecer en I 80, cf. PLATÓN, *Fedro* 244b-d; *Tim.* 71e; S. TIMPANARO, pág. XXIX.

⁸ El autor parece confundir a asirios y babilonios (cf. I 93), como lo hace entre asirios y sirios en *Tusc.* V 101.

⁹ En el tiempo y en el espacio, se entiende; Cicerón alude a continuación (I 2-4) a Oriente, a Grecia y a Roma, de acuerdo con su idea sobre la

nes, al divisar un cielo abierto y accesible desde cualquier ángulo, a causa de la falta de relieve y de la gran dimensión de las regiones que ocupaban, se dedicaron a observar los desplazamientos y movimientos de las estrellas. Al anotar todo esto, fueron dejando constancia de qué era aquello que se le manifestaba a cada persona. Se piensa que fue en ese país donde los caldeos —que no fueron denominados así por el nombre de su habilidad, sino por el del pueblo al que pertenecían¹⁰— llegaron a establecer su ciencia, gracias a una observación permanente de los astros, de modo que se podía predecir qué le iba a suceder a cada uno y cuál era el destino con el que había nacido. Se piensa que también los egipcios consiguieron la misma habilidad en el transcurso de un largo periodo de tiempo, durante siglos casi innumerables. Por otra parte, el pueblo de los cilicios, el de los pisidios y el de la vecina Panfilia —países a cuyo frente estuvimos nosotros precisamente¹¹— piensan que lo que va a pasar se manifiesta, mediante señales absolutamente claras, a través del vuelo y del canto de las aves.

En cuanto a Grecia, ¿qué colonia llegó a enviar a Eolia,³ a Jonia, a Asia, a Sicilia o a Italia sin contar con el oráculo

translatio del saber (algunos precedentes adivinatorios de carácter mítico recoge PLINIO, VII 203; en general, cf. A. S. PEASE, *Div.*, págs. 41-43).

¹⁰ Localizados al sur de Mesopotamia, donde alcanzaron su apogeo durante los siglos VII-VI (no eran, en realidad, de procedencia asiria, sino aramea, según apunta CHR. SCHÄUBLIN, pág. 293); el nombre *Chaldaei* acabó siendo para los romanos un sinónimo de 'astrólogos' (cf. *Tusc.* I 95; CATÓN, *Agr.* V 4). Ya en el 139 se había promulgado un edicto contra quienes ejercían sus prácticas en Roma.

¹¹ Cicerón alude a su proconsulado en la provincia de Cilicia (med. 51 - med. 50), la cual englobaba, entre otras, estas tres regiones del sudeste de Asia Menor; se hace referencia a los mismos pueblos en I 25, 94; *Leyes* II 33.

pitio, con el de Dodona o con el de Hamón¹²?, ¿qué guerra emprendió sin consultar a los dioses?

- 2 Y no ha sido uno solo el tipo de adivinación que se ha venido practicando en el ámbito público o en el privado, pues nuestro pueblo —para dejar al margen los demás— ¡cuantísimos tipos de adivinación ha llegado a abrazar! Se cuenta que, en un principio, Rómulo, el padre de esta ciudad, no sólo la fundó contando con los auspicios¹³, sino que incluso fue un excelente augur él mismo¹⁴. Después, tam-

¹² Cf. I 95; se alude así a la colonización de Asia Menor y del Sur de Italia. El oráculo de Delfos era el más consultado cuando se tenía que decidir sobre la creación de una nueva colonia; también se recurrió al de Zeus en Dodona (en la región del Epiro), siendo el de Hamón, en el oasis de Sivah, el menos frecuentado (Cicerón podría haberlo citado aquí con el fin de construir una frase retórica de tres miembros, según sugiere A. S. PEASE, *Div.*, pág. 45, aunque la estrecha vinculación existente entre este oráculo y el de Dodona ya la señaló HERÓDOTO II 55; en realidad, no se han documentado oráculos de fundación procedentes del templo de Hamón, ni del de Dodona, según H. W. PARKE, *The oracles of Zeus: Dodona, Olympia, Ammon*, Oxford, 1967, pág. 129).

¹³ Parece aludirse al rito de la fundación de la ciudad, y no al auspicio realizado para saber cuál de los dos hermanos había de llevarla a cabo (I 107-108; cf. S. TAMPANARO, pág. 235). Rómulo aparece ya como 'padre de Roma' en ENIO, *Ann.*, frag. 108 Sk. (*o pater, o genitor, o sanguen dis oriundum!*)

¹⁴ Cicerón utiliza la denominación de 'augur' para referirse al adivino en general, al intérprete del vuelo de las aves y al miembro del colegio romano de los augures, al que él mismo pertenecía (cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 47). Sobre la etimología del término, tradicionalmente asociado con *augere* (cf., asimismo, J. LINDERSKI, *OCD*, pág. 214, s. v. *augures*), cf. S. TAMPANARO, págs. XXXVII-XXXVIII, quien considera más verosímil —dado que el rito podría no tener su origen en el ámbito agrícola— la vinculación con la raíz de *avis* y la del verbo *gustare* ('experimentar', 'valorar'; cf. gr. *geúō*). Este colegio —fundado durante la monarquía— comenzó constando de tres miembros (patricios); pasó a ser de nueve miembros en el año 300 (cinco plebeyos y cuatro patricios; acerca de la *lex Ogulnia* cf. LIVIO, X 6, 6), llegando a los quince miembros bajo el

bién los demás reyes se sirvieron de augures¹⁵, y, tras la expulsión de los reyes, no se hacía nada de interés público sin contar con los auspicios, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra¹⁶. Y, como les parecía que el saber de los arúspices albergaba un gran poder —tanto para impetrar y hacer la consulta de asuntos, como para interpretar las señales e intentar conjurarlas—, iban admitiendo toda esta ciencia, procedente de Etruria, a fin de que no hubiera ningún tipo de adivinación aparentemente desatendido por ellos¹⁷.

mandato de Sila y a los dieciséis bajo el de César. Sobre esta cuestión, en general, destaca la contribución de J. LINDERSKI, «The augural law», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 16.3 (1986), 2146-2312.

¹⁵ La instauración del colegio de augures se atribuyó, tradicionalmente, al rey Numa, aunque el propio Cicerón parece atribuírsela a Rómulo en *Rep.* II 16; al respecto cf. I 107; *Nat.* III 5, 43.

¹⁶ Servio (*Auct.*) establece diferencias entre los *auspicia (oblativa)* y los *auguria (impetrativa)* a propósito de *Eneida* I 398 (*augurium et petitur et certis avibus ostenditur, auspicium qualibet avi demonstratur et non petitur*), IV 340 y III 89; no obstante, ambos términos se usan con frecuencia indistintamente. Pese a su origen etimológico (**avis - specere*), el término *auspicium* se aplicaba a la observación de varios tipos de signos (*ex avibus, ex caelo, ex tripudiis, ex quadrupedibus, ex diris*), cuya interpretación no permitía, propiamente, adivinar el futuro, sino tan sólo constatar el acuerdo o desacuerdo de la divinidad respecto al emprendimiento de una determinada acción y en un día determinado (a diferencia de los *auguria*, ejercidos tan sólo por los augures y cuya aplicación carecía de esa limitación temporal). Los *auspicia* se percibieron, generalmente, como privilegio de los patricios (cf. S. P. OAKLEY, *A commentary on Livy books VI-X, I: Introduction and book VI*, Oxford, 1997, págs. 709-710, a propósito de LIVIO, VI 41, 4-10).

¹⁷ Se trata de la *disciplina haruspicina* o *d. Etrusca* (cf. I 20), una recopilación de procedimientos adivinatorios —*libri haruspicini, fulgurales* y *rituales* (cf. I 72)— que fue traducida al latín por Tarquicio Prisco, hacia finales de la república (cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 50, Y. BONNEFOY [dir.], *Diccionario de las mitologías y de las religiones de las sociedades tradicionales y del mundo antiguo, III: De la Roma arcaica a los sincre-*

- 4 Y, en vista de que un espíritu desprovisto de razón y de saber, bajo el impulso de su propia desinhibición y espontaneidad, podía llegar a inspirarse de dos maneras, a través del delirio o a través del sueño, considerando que el conocimiento adivinatorio extraído del delirio se contenía sobre todo en los versos sibilinos, determinaron que se escogiera a diez ciudadanos para que interpretasen tales versos¹⁸. Pen-

tismos tardíos, ed. J. PÒRTULAS, L. DUCH [= *Dictionnaire des mythologies et des religions des sociétés traditionnelles et du monde antique*, Paris, 1981], tr. M. SOLANA, Barcelona, 1997, págs. 100-107 [M. Pallottino], además de la clásica contribución de C. O. THULIN, *Die etruskische Disziplin*, Darmstadt, 1968 [Göteborg, 1905-1909].

¹⁸ La colección original de los libros sibilinos (es decir, los tres rollos que el rey Tarquinio alcanzó a comprar, de los nueve que, según la tradición, le fueron ofrecidos inicialmente por una vieja sibila), consultada por vez primera en el 496, desapareció a causa del incendio del templo de Júpiter Óptimo Máximo, situado en el Capitolio (83), siendo reconstituida con posterioridad — gracias al hallazgo de otros versos de origen sibilino (recabados, por ejemplo, en la localidad jonia de Eritras; cf. I 34), de época helenística en algunos casos (como parece revelar el empleo de acrósticos; cf. II 112)— y trasladada después por Augusto al recién construido templo de Apolo, en el Palatino (28). El carácter reservado y oscuro de estos oráculos, hoy perdidos casi por completo, así como su redacción en hexámetros griegos, son elementos que pueden justificar el uso del término *interpretes* para designar a los integrantes de este colegio, que actuaba siempre por mandato del senado (I 97); eran dos en un principio (*duumviri sacris faciundis*); su número se incrementó luego a diez (367; *decemviri*) y, ya en tiempos de Cicerón, a quince (*quindecimviri*; Clodio entre ellos: *Har. resp.* 9, 26); acerca del funcionamiento concreto del colegio — controlado a veces, seguramente, por parte del propio senado, y a cuya instancia se construyeron varios templos de gran importancia, a partir del s. v— cf. E. M. ORLIN, *Temples, religion and politics in the Roman republic*, Leiden - Nueva York - Colonia, 1997, págs. 76-115. Por lo demás, el número de Sibilas conocidas en la época ascendía, al menos, a diez (cf. VARRÓN, *Antiq. rer. div.*, frag. 56a Cardauns; GELIO, I 19, y, en general, H. W. PARKE, *Sibyls and sibylline prophecy in classical antiquity*, ed. B. C. MCGING, Londres - Nueva York, 1988).

saron a menudo que también había de prestarse oído a las delirantes predicciones —que eran del mismo tipo— de los adivinadores¹⁹ y de los vates, como se hizo durante la guerra octaviana con las de Cornelio Culéolo²⁰. Pero el sumo consejo tampoco desatendió los sueños más relevantes, si es que parecían concernir al Estado²¹. Más aún, ya en nuestra época, Lucio Julio —quien fue cónsul junto a Publio Rutilio— hizo reconstruir por decisión del senado el templo de Juno Sópita, en obediencia a un sueño de Cecilia, la hija de Baliárico²².

Pues bien, según yo considero, los antiguos aprobaron 53 todo esto por hallarse intimidados ante los acontecimientos,

¹⁹ El término *hariolus* poseía a menudo connotaciones peyorativas. Cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 52; F. GUILLAUMONT, págs. 184-185; S. MONTERO, «Mántica inspirada y demonología: los *harioli*», *L'Antiquité Classique* 42 (1993), 115-129.

²⁰ Se refiere al conflicto surgido en el año 87 entre el cónsul Gneo Octavio, caracterizado por una extrema superstición, y su colega Lucio Cornelio Cina; nada más parece saberse acerca de este Cornelio Culéolo (*RE* 123); a cierto Gayo Cornelio, que profetizó de manera similar la victoria de César sobre Pompeyo en Farsalia, aluden Plutarco (*Caes.* 47) y Gelio (*XV* 18; cf. S. MONTERO, pág. 113). Acerca del término *vates*, de uso ya un tanto despectivo en esta época, cf. H. D. JOCELYN, «*Poeta and vates: concerning the nomenclature of the composer of verses in republican and early imperial Rome*», en L. BELLONI - G. MILANESE - A. PORRO (eds.), *Studia classica Iohanni Tarditi oblata*, I, Milán, 1995, págs. 19-50, esp. 31, n. 70.

²¹ Mediante la expresión 'sumo consejo' (*summum consilium*) se alude aquí al senado.

²² Cf. I 99, donde se indica que este episodio ocurrió durante la guerra mársica, bajo el consulado de Lucio Julio César y Publio Rutilio Lupo (90); Cecilia Metela, hija de Quinto Cecilio Metelo Baliárico (cónsul en el 123), se casó con Apio Claudio Pulcro (cónsul en el 79) y fue madre del tribuno Publio Clodio y del augur Apio Claudio; Cicerón parece referirse en este pasaje al templo que había en Roma bajo la advocación de Juno Sópita ('Salvadora'), y no al situado en Lavinio (cf. *Nat.* I 82).

y no porque la razón los hubiese instruido. Sin embargo, de los filósofos sí que han podido recogerse algunos refinados argumentos acerca de la veracidad de la adivinación²³. Jenófanes de Colofón —por empezar a hablar desde los más antiguos— fue el único de ellos que, aun diciendo que los dioses existen, desestimó la adivinación desde sus cimientos, mientras que todos los demás —a excepción de Epicuro, que se dedicaba a farfullar acerca de la naturaleza de los dioses²⁴—, aprobaron su existencia, aunque fuera con desigual convencimiento. Pues, por una parte, Sócrates y todos los socráticos²⁵, así como Zenón y sus seguidores, se mantenían fieles a las opiniones de los filósofos antiguos, compartidas por la Academia antigua y por los peripatéticos²⁶, mientras que Pitágoras, como sedicente augur, ya había

²³ Se inicia así un apartado propiamente doxográfico, de función similar al que aparece en *Nat.* I 25-41; Cicerón pudo haberse inspirado para su elaboración en una colección de *placita* (cf., por ejemplo, PLUTARCO, *Plac. philos.* V 1), en la que se fundían, a su vez, dos repertorios: uno de carácter general (I 5) y otro de autores estoicos (I 6); de ahí que se mencione dos veces a Zenón de Citio, fundador de la Estoa.

²⁴ Sobre el ateísmo de fondo de Epicuro, producido en última instancia por el miedo (*Nat.* I 86), cf. *Nat.* I 123.

²⁵ Sócrates admitía, según Platón, varias formas de adivinación, como, por ejemplo, la que se basaba en los sueños (cf. *Apol.* 33c; *Critón* 44a; *Fedón* 60e); entre los 'socráticos' (Jenofonte [cf. I 52], los académicos y los peripatéticos, fundamentalmente) no ha de incluirse a los seguidores de las escuelas de Cirene y Mégara, ni a los cínicos (al respecto cf. S. TIMPANARO, pág. 236, n. 20); los fragmentos de estos autores que aparecen citados en nuestras obras se encuentran reunidos en G. GIANNANTONI, *Socratis et Socraticorum reliquiae*, I-IV, Nápoles, 1990 [1983-1985].

²⁶ No ha de olvidarse, como indica S. TIMPANARO, pág. 237, que Cicerón conocía sobre todo los tratados exotéricos de la escuela aristotélica, más afines al ideario de la Academia platónica, si bien algunas de sus opiniones personales parecen más afines al Aristóteles esotérico (así, por ejemplo, las referentes a la interpretación de los sueños; cf. II 128).

concedido anteriormente un gran prestigio a este asunto²⁷, y Demócrito, una autoridad de peso, admitía en muchísimos pasajes la posibilidad de intuir aquello que va a ocurrir²⁸. En cambio, el peripatético Dicearco desestimó cualquier tipo de adivinación, exceptuando el de los sueños y el del delirio²⁹, y Cratipo —nuestro íntimo amigo, que a mi juicio está a la par de los más altos peripatéticos— concedió crédito a estos mismos procedimientos, rechazando los restantes tipos de adivinación³⁰.

Pero, mientras los estoicos se dedicaban a defender 6 prácticamente todos los tipos (ya que Zenón los había ido sembrando en sus tratados³¹, como una especie de semillas que Cleantes logró hacer algo más fructíferas³²), surgió un hombre de agudísimo talento, Crisipo, que desarrolló toda su teoría sobre la adivinación en dos libros, además de hacerlo en uno sobre los oráculos y en otro sobre los sueños³³.

²⁷ Acerca de estas leyendas pitagóricas cf. DIÓGENES LAERCIO, VIII 20; A. S. PEASE, *Div.*, págs. 58-59; S. TIMPANARO, pág. 237; sobre la habilidad hidromántica de Pitágoras, cf. VARRÓN, *Antiq. rer. div.*, App. I, frag. IV Cardauns.

²⁸ Demócrito —*gravis auctor*— recurría para ello a su teoría de los *eidōla*.

²⁹ Se trata de Dicearco de Mesina, discípulo de Aristóteles y de Teofrasto (cf. R. GOULET [dir.], II, D 98, págs. 760-764 [J.-P. Schneider]), también mencionado en I 113; II 100, 105.

³⁰ Natural de Pérgamo; Cicerón —que lo conoció personalmente en Mitilene, en el año 51 (cf. *Tim.* 2)— obtuvo para él la ciudadanía romana; fue maestro de su hijo Marco en Atenas. Esta opinión de Cratipo es asumida por Quinto en II 100.

³¹ Cf. *SVF* I 173, 550; se alude quizá al tratado *Peri sēmeiōn*, mencionado por DIÓGENES LAERCIO, VII 4.

³² Sobre el hacendoso carácter de Cleantes, sucesor de Zenón de Citio, cf. DIÓGENES LAERCIO, VII 168 (*SVF* I 463).

³³ Cf. *SVF* II 1187; se trata de Crisipo de Solos (Cilicia), famoso filósofo estoico del s. III. Acerca de toda esta frase, no obstante, cf. CHR.

Continuando su labor, su oyente Diógenes de Babilonia editó un libro³⁴, dos editó Antípatro³⁵ y cinco nuestro Posidonio³⁶. No obstante, Panecio, maestro de Posidonio y discípulo de Antípatro, se apartó de los estoicos, pese a ser quizá el jefe de esta escuela, y, aunque no se atrevió a negar la existencia del poder de adivinar, dijo que él la ponía en duda³⁷. ¿No van a concedernos los estoicos la posibilidad de hacer, en los demás aspectos, lo que a aquel estoico le fue permitido hacer —muy a pesar de los estoicos— en un aspecto concreto? Máxime cuando resulta que lo que no está claro para Panecio les parece a sus demás compañeros de escuela más claro que la luz del sol.

7 Pero lo cierto es que este timbre de gloria propio de la Academia ha sido refrendado mediante el juicio y el testimonio de un filósofo muy eminente³⁸.

4 Al preguntarnos también nosotros qué juicio merece la adivinación —ya que Carnéades discutió muchas veces, con agudeza y abundantes recursos, en contra de los estoi-

SCHÄUBLIN, «Cicero, *De divinatione* und Poseidonios», *Mus. Helv.* 42 (1985), 157-167, esp. 158-159.

³⁴ Cf. *SVF* III Diog. 35; natural de Seleucia, no sucedió inmediatamente a Crisipo en la dirección de la escuela estoica, ya que entre ambos ocupó ese puesto Zenón de Tarso (cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 61).

³⁵ Cf. *SVF* III Ant. 37; Antípatro (s. II) fue discípulo y sucesor de Diógenes, así como maestro de Panecio.

³⁶ Cf. DIÓGENES LAERCIO, VII 149 (*Peri mantikês*); Cicerón estableció contacto con él en Rodas (78-77; cf. PLUTARCO, *Cic.* 4, 5). Según I. G. KIDD, II (1), pág. 149, la obra aquí citada pudo servir de fuente para los párrafos 125-130 de este mismo libro.

³⁷ Cf. CICERÓN, *Luc.* 107; DIÓGENES LAERCIO, VII 149 (*anypóstaton autên phēsin*); Panecio fue jefe de la Estoa entre el 129 y el 109.

³⁸ Se indica así, como introducción al párrafo siguiente, que el propio estoico Panecio sancionó el derecho a someter a crítica el tema, como ya venía haciendo la Academia Nueva; una admiración similar hacia este filósofo se observa en II 97.

cos³⁹— y puesto que tememos asentir con ligereza a una cuestión falsa o insuficientemente conocida, lo que debemos hacer, según parece, es comparar los argumentos entre sí de manera concienzuda, una y otra vez, como lo hicimos en aquellos tres libros que escribimos acerca de la naturaleza de los dioses. Pues, aunque el asentimiento a la ligera y el error son cosas reprobables en cualquier asunto, lo son muy especialmente en este tema, en el que se debe juzgar qué importancia hemos de conceder a los auspicios, a los ritos divinos y a la religión⁴⁰, porque existe el peligro de que incurramos en un engaño impío al desatender tales asuntos, o bien en una superstición propia de ancianas al aceptarlos⁴¹.

³⁹ Carnéades (c. 214-129) lo hizo en lecciones de carácter oral, luego transmitidas por Clitómaco (cf. II 87); en ellas debió de basarse Cicerón para elaborar el segundo libro de esta obra.

⁴⁰ A propósito del concepto de *religio*, cf. *Nat.* II 72. Cicerón hace derivar el término de *relegere*, ‘volver a leer escrupulosamente’ (de acuerdo con la que parece ser su verdadera etimología), y no de *religare*, si bien parece lo más probable que ambas connotaciones coexistiesen ya por entonces. Acerca del panorama religioso de la época, en general, puede consultarse ahora la síntesis publicada por M. BEARD - J. NORTH - S. PRICE, *Religions of Rome, I: A history*, Cambridge, 1998, págs. 114-166.

⁴¹ Cf. II 19, 125, 129. Un esquema argumentativo muy similar se emplea en *Nat.* I 1. Se opone así, en cierto modo, ateísmo y superstición, como extremos coincidentes en el fondo desde el punto de vista filosófico; un análisis muy similar se documenta en PLUTARCO, *De superst.* 164e: la ignorancia (*amathía*) y la ceguera (*agnoía*) hacen que los temperamentos duros o intransigentes nieguen la existencia de la divinidad —entre burlas, profesando el ateísmo con fervor de prosélitos (I 104)—, y que los temperamentos débiles incurran, por el contrario, en la superstición (esta última idea se observa, asimismo, en II 81, 125). Ambos extremos —que Cicerón consideraba, probablemente, como sendas maneras de huir de la responsabilidad moral— derivan del miedo, característico de Epicuro (según se sugiere con frecuencia en el *De natura deorum*; cf. *Nat.* I 86), o bien de la ansiedad (*Div.* II 86, 148-150; VARRÓN, *Antiquit. rer. div.*, frag. 47 Cardauns). Según

*Introducción
al diálogo*

Se ha discutido sobre estas cuestiones otras muchas veces, pero con algo más de detalle hace poco, cuando me encontraba en Túscolo con mi hermano Quinto⁴². Resulta que, cuando fuimos a pasear al Liceo — nombre que recibe la parte de arriba del gimnasio⁴³—, me dice: «Hace

indicábamos ya, a propósito de *Nat.* II 72, resulta difícil establecer con precisión el significado originario del término *superstitio*, que, de acuerdo con su posible etimología (*superstes*, ‘verdadero testigo de lo pasado’, a partir de *super-stare*), parece ofrecer un sentido más o menos positivo (‘divino’, ‘profético’) en algunos textos arcaicos (como se observa en el uso eniano de *superstitiosus* en I 66, II 115), pero más bien negativo en otros (I 132), y que en esta época, en cualquier caso, ya parece haberse polarizado por completo frente a *religio* (cf. É. BENVENISTE, *Rev. Ét. Lat.* 16 (1938), 35, «Religión y superstición», *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas, I: Economía, parentesco, sociedad; II: Poder, derecho, religión*, colab. J. LALLOT, tr. M. ARMIÑO, rev. y notas J. SILES, Madrid, 1983 [= *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, París, 1969], págs. 397-406), poseyendo tan sólo una connotación negativa (cf. I 126, II 76, 86, etc.) Sobre esta cuestión, en general, puede consultarse M. SACHOT, «*Religio / superstitio. Historique d'une subversion et d'un retournement*», *Revue de l'Histoire des Religions* 208 (1991), 355-394. La delimitación entre *religio* y *superstitio* no parece haber estado siempre meridianamente clara entre los romanos de la época (cf. J. KROYMANN, «Cicero und die römische Religion», en A. MICHEL - R. VERDIÈRE [eds.], *Ciceroniana. Hommages à Kazimierz Kumanięcki*, Leiden, 1975, págs. 116-128), como demuestra, por ejemplo, el testimonio de Nigidio Figulo —transmitido por GELIO IV 9, 2—, quien definía *religiosus* como «aquel que se encuentra atado a consecuencia de su excesiva y supersticiosa religiosidad» (*qui nimia et superstitiosa religione sese alligaverat*; cabe comparar CICERÓN, *De dom.* 105).

⁴² Se refiere a la villa situada junto a la moderna Frascati, a unos veinte kilómetros al sur de Roma, adquirida por Cicerón en el 68 y que había sido propiedad, entre otros, de Sila y de Catulo. La fórmula de transición al diálogo empleada es muy similar a las que aparecen en *Nat.* I 15 y *Fat.* 2.

⁴³ En homenaje a la escuela peripatética; la parte de abajo, sin embargo, era denominada ‘Academia’ (cf. *Tusc.* II 9; H. DÖRRIE, *Die geschichtlichen Wurzeln des Platonismus. Bausteine 1-35: Text, Übersetzung*,

poco que terminé de leer el tercero de tus libros sobre la naturaleza de los dioses⁴⁴. La intervención de Cota que aparece en él⁴⁵, aunque hizo tambalearse mis opiniones, no logró, sin embargo, privarlas de sus cimientos». «Pues muy bien», le digo; «en efecto, es Cota quien discute con la intención de refutar los argumentos de los estoicos, más que con la de arrumbar la creencia religiosa de las personas». Entonces Quinto me responde: «Eso es lo que dice Cota, pero creo que lo hace con tanta insistencia para que no parezca que transgrede las leyes de la comunidad; a mí, sin embargo, me parece que, en su afán de disertar contra los estoicos, está eliminando a los dioses desde sus cimientos⁴⁶.

No siento necesidad alguna de dar respuesta a su discurso, porque la religión fue suficientemente defendida en el libro segundo por Lucilio, cuya intervención te pareció a ti mismo la que más se acercaba a la verdad, según escribes al

Kommentar. Aus dem Nachlaß herausgegeben von A. DÖRRKE, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1987, 18.4, págs. 182-183, 445).

⁴⁴ Como indica A. S. PEASE, *Div.*, pág. 67, es muy probable que Quinto, dada su intimidad con Cicerón, pudiese leer la obra antes de su publicación definitiva.

⁴⁵ Se trata de Gayo Aurelio Cota, que interviene como representante de la Academia en el *De natura deorum*; aquí se hace referencia a su intervención contra el estoico Lucilio Balbo (*Nat.* III), a quien se alude en el párrafo siguiente.

⁴⁶ Quinto muestra así su interés por una religión de corte típicamente romano, concebida como institución social sometida a *iura*, y no tanto como un sentimiento de carácter íntimo y personal. La alusión que aquí se hace al 'afán de polémica' (*studium disserendi*) del académico Cota es comparable a la que poco después se dirige hacia su correligionario Carnéades (cf. I 62: *studium concertationis*) y podría considerarse como una velada crítica hacia el carácter puramente retórico o especulativo que adoptaba en ocasiones la Academia.

final del libro tercero⁴⁷. Pero, lo que se dejó al margen de aquellos libros —imagino que porque consideraste más apropiado tratar y disertar al respecto por separado—, esto es, lo referente a la adivinación, entendida como la predicción e intuición de las cosas supuestamente fortuitas⁴⁸, veamos —si te parece bien— qué validez tiene y en qué consiste. Porque yo estimo lo siguiente: si son ciertas las formas de adivinación sobre las que hemos oído hablar y por las que sentimos veneración, tienen que existir los dioses, y, a su vez, si los dioses existen, tiene que haber personas capaces de adivinar⁴⁹».

6 10 «Quinto» —le digo—, «tú sí que estás defendiendo el baluarte de los estoicos, si es que se cumple eso de que los dioses existen, si la adivinación existe, y, a la inversa, que, si los dioses existen, existe la adivinación. Ni una cosa ni la otra es tan fácil de conceder como tú consideras, pues no sólo puede el futuro manifestarse sin que exista una intervención divina, a través de la naturaleza, sino que puede ocurrir que, aun existiendo los dioses, no hayan otorgado al género humano capacidad adivinatoria alguna». Y él res-

⁴⁷ Cf. *Nat.* III 95, donde se alude en realidad a la 'verosimilitud' de los argumentos de Balbo —*ad veritatis similitudinem... propensior*—, y no a la 'verdad' de éstos (como bien recuerda CHR. SCHÄUBLIN, pág. 297); al respecto, cf. S. TIMPANARO, pág. LXXV, n. 83.

⁴⁸ Podría tratarse de la definición propuesta por Posidonio; el tema había quedado aludido en *Nat.* I 55; II 162-163; III 14. A esta concepción estoica se opone buena parte del discurso de Cicerón contenido en el libro II (cf., asimismo, SÉNECA, *Nat. quaest.* II 32, 4: *fortuita et sine ratione vaga divinationem non recipiunt; cuius rei ordo est, etiam praedictio est*).

⁴⁹ Cf. I 82-83, 104, 117; *Nat.* II 12; *Leyes* II 32-33; la idea es de rai-gambre griega: cf. SÓFOCLES, *Edipo rey* 898-910; ARISTÓTELES, frag. 12a ROSS; JENOFONTE, *Mem.* I 4, 15; en II 41 sostiene Cicerón que se trata de un argumento de doble filo, ya que, en virtud del mismo, la negación de la adivinación supondría, a su vez, la inexistencia de los dioses.

ponde: «Pues, para mí, es prueba suficiente de que existen los dioses y de que deliberan acerca de los asuntos humanos el hecho de que, a mi juicio, hay tipos de adivinación que son claros y evidentes. Si te parece bien, expondré mi opinión personal al respecto, siempre y cuando estés dispuesto a ello y no tengas nada que pienses ha de anteponerse a esta charla».

*Defensa
de la adivinación
por parte de Quinto
(11-132).
Existencia
de la adivinación*

«Quinto» —le digo—, «pero si yo 11
estoy siempre disponible para la filosofía... Como, por otra parte, no hay en este momento ninguna otra cosa a la que poder dedicarme con agrado, todavía anhele mucho más oír tu opinión acerca de la adivinación». «Sin duda que no es nada nuevo» —me dice—, «nada que yo opine de una manera personal frente a los demás, pues sigo una opinión antiquísima y que, además, está refrendada por el asentimiento de todos los pueblos y gentes: son dos los tipos de adivinación; uno de ellos se basa en el aprendizaje, y el otro en la naturaleza⁵⁰.

Pues ¿qué pueblo, qué ciudad hay que no se deje impresionar por las predicciones de los arúspices, de los intérpretes de señales y relámpagos, de los augures, de los astrólogos, o por las predicciones de las tablillas⁵¹ (éstos son, prácticamente, los procedimientos basados en el aprendizaje), o bien por las que ofrecen los sueños y los vaticinios 12

⁵⁰ Cf. PLATÓN, *Fedro* 244d; la distinción entre adivinación 'artificial' —obtenida mediante la aplicación de una técnica (*ars*), cuya aplicación está en la base de la interpretación (*interpretatio*) y de la posterior *coniectura* (II 66) — y adivinación 'natural' es bastante recurrente en nuestra obra (cf. I 34, 72, 109; II 26-27, etc.), tras el probable precedente de Posidonio.

⁵¹ Lat. *sortes*; se trataba de pequeñas piezas de madera —con señales, letras, sílabas o palabras incisas en ellas— que se extraían como procedimiento adivinatorio.

(estos dos se piensa que son de carácter natural)? Considero, desde luego, que hay que preguntarse más por lo que pasa a continuación de estas predicciones que por sus causas, porque lo que existe es una especie de poder natural, capaz de anunciarnos de antemano el futuro⁵², unas veces gracias a la observación prolongada de los signos, y otras gracias a una instigación o inspiración de carácter divino.

- 7 Por tanto, que deje Carnéades de importunar —como hacía también Panecio—, preguntándose si era Júpiter quien ordenaba a la corneja cantar desde la izquierda y al cuervo desde la derecha⁵³. Son cosas que se han observado

⁵² La misma asociación de *vis* y *natura* se observa en I 3, 15; la naturaleza actúa en quienes reciben la inspiración, y es la que propicia los signos que, después, analizan los intérpretes (cf. I 129-131).

⁵³ Se entiende que como signo de buen presagio en ambos casos (cf. I 85); también en PLAUTO, *Asin.* 260-261, se considera de buen augurio el canto de la corneja cuando se produce por la izquierda, y el del cuervo cuando lo hace por la derecha (*picus et cornix ab laeva, corvos, parra ab dextera / consuadent*; cf., asimismo, *Aulul.* 624, a propósito del cuervo, animal que se encargó de anunciar a Cicerón su propia muerte, según refiere PLUTARCO, *Cic.* 47, 8; ejemplos discordantes, como los de VIRGILIO, *Bucólicas* IX 15, y HORACIO, *Carm.* III 27, 15-16, podrían estar reflejando, más bien, un uso griego); buen augurio podría reflejar la *sinistra cornix* todavía en nuestra épica medieval, según observa A. MONTANER, *Cantar de mio Cid*, pról. FCO. RICO, Barcelona, 1993, págs. 391-392, a propósito de los versos 11-12 del poema. Este dato dependía siempre, como es natural, de la orientación tomada por el observador, que, cuando se trataba de signos celestes, era hacia el este o hacia el sur en el caso del augur romano (hacia el norte, quizá, en la época más antigua, según apunta S. TIMPANARO, pág. XXXIX), como se observa, por ejemplo, en I 31 (*ad meridiem spectans*); de ahí que los adjetivos *laevus* y *sinister* —indicadores, por tanto, del oriente— pudieran tener el significado de ‘favorable’ (*dexter*, ‘derecho’, siempre tenía, sin embargo, este significado, como anota E. COURTNEY, pág. 77; en relación con este tema, dentro de nuestras obras, cf., asimismo, I 28, 44, 106, 120; II 43, 74, 80-82; *Nat.* I 79). Sobre el valor asignado a ‘derecha’ e ‘izquierda’ en distintos periodos de la cultura indoeuropea y grecorromana antigua cf.

durante una inmensidad de tiempo, y que, como indicios que eran de aquello que sucedía⁵⁴, se han ido tomando en consideración y anotando. Por otra parte, no hay nada que el largo transcurso del tiempo no pueda establecer y hacer comprensible, gracias a la salvaguarda propia del recuerdo y a la transmisión de los testimonios.

Cabe maravillarse de los tipos de hierbas y de raíces que han hallado los médicos contra las mordeduras de las bestias, contra las enfermedades de los ojos y contra las heridas. La naturaleza de su efecto nunca pudo explicarla la razón; por su utilidad se estimó su empleo, así como también a aquel que lo descubrió. Venga, veamos fenómenos que,

A. S. PEASE, *Div.*, págs. 76-77; G. E. R. LLOYD, *Polaridad y analogía. Dos tipos de argumentación en los albores del pensamiento griego*, tr. L. VEGA, Madrid, 1987 [= *Polarity and analogy. Two types of argumentation in early Greek thought*, Cambridge, 1966], págs. 43-47; F. GUILLAUMONT, «*Laeva prospera: remarques sur la droite et la gauche dans la divination romaine*», en R. BLOCH (et al.), *D'Héraklès à Poseidon. Mythologie et protohistoire*, Ginebra - Paris, 1985, págs. 159-177; F. MARCO, «Topografía cualitativa en la magia romana: izquierda y derecha como elementos de determinación simbólica», *Memorias de Historia Antigua* 7 (1986), 81-90. Por lo demás, la observación de las aves — de su posición y desplazamiento, y, sobre todo, de su canto — tenía larga tradición en Roma (pese a las reservas al respecto de los estoicos, expresadas en I 118): cf., por ejemplo, ENIO, *Ann.*, frag. 155 Sk.; LIVIO, VI 41, 8 (a propósito del discurso de Apio Claudio Craso, en el 368 a. C.; como recuerda S. P. OAKLEY, *A commentary on Livy, books VI-X, vol. I: Introduction and book VI*, Oxford, 1997, pág. 711, un descendiente de este Apio, Publio Claudio Pulcro, cónsul en el 249, fue quien se hizo tristemente famoso en Roma por su desprecio hacia los auspicios: cf. *Nat.* II 7).

⁵⁴ A propósito de este pasaje, que encubre probablemente una corrupción del texto, cf. S. TIMPANARO, págs. 241-242, n. 46, quien prefiere atetizarlo (*fin significazione eventusf*).

aun perteneciendo a otro tipo, son, sin embargo, muy parecidos a la adivinación⁵⁵:

*Y es que también el henchido mar anticipa a menudo
los vientos que se avecinan, cuando se encrespa de pronto en
[lo profundo
y las cenicientas rocas, espumeantes por el niveo flujo de la
[sal,
pugnan por replicar a Neptuno⁵⁶ con voces entristecedoras,
o cuando el incesante estruendo que nace en la elevada cima
[de un monte
crece al batirse contra una hilera de peñascos.*

- 8 Tus *Pronósticos* están repletos de intuiciones proféticas como éstas. Pues bien, ¿quién es capaz de aislar sus causas? Y eso que, según veo, lo intentó el estoico Boeto, quien algo ha hecho hasta ahora para explicar la razón de los fenómenos que se producen en el mar y en el cielo...⁵⁷.

⁵⁵ Cf. ARATO, *Phaen.* 909-912 (= *Progn.*, frag. 3, 1-6 Soub.); A. S. PEASE, *Div.*, pág. 84.

⁵⁶ Es decir, al mar, por metonimia; puede compararse ENIO, *Ann.*, frag. 516 Sk. (*imber Neptuni*), LUCRECIO, II 655 y, en el propio Cicerón, *Arat.* 129 (*Neptunia prata*).

⁵⁷ Boeto de Sidón, discípulo de Diógenes de Babilonia (s. II; cf. R. GOULET [dir.], II, B 47, págs. 123-125 [R. Goulet]), escribió, entre otras obras, un comentario a los *Fenómenos* de Arato; el título de '*Pronósticos*' podría haberlo tomado Cicerón de esta fuente (cf. J. MARTIN, *Histoire du texte des Phénomènes d'Aratos*, París, 1956, pág. 19); el poema ha solido dividirse tradicionalmente en dos secciones: *Phaenomena* y *Prognostica*, de acuerdo con una clasificación artificial y posterior al poeta, ya que remonta a los comentaristas del siglo II; según esta división, los *Phainómena* abarcan los vs. 1-732, mientras que las *Prognóseis katà sēmeiōn*, inspiradas en el *De signis tempestatum* pseudoteofrasteo, ocupan los vs. 733-1154.

¿Quién podría decir, con cierta probabilidad, por qué 14 suceden realmente cosas así?

*Asimismo la cenicienta focha, al huir del abismo del ponto, anuncia con su grito la amenaza de horribles borrascas, lanzando de su trémula garganta desafinados cantos*⁵⁸.
*También a menudo entona la rana en su pecho un tristísimo cantar, e insiste en sus sonos matinales*⁵⁹,

⁵⁸ Cf. ARATO, *Phaen.* 913-915 (= *Progn.*, frag. 3, 7-9 Soub.) Arato (v. 913) ofrece en su texto el término *erōdiós*, más próximo probablemente al lat. *ardea*, 'garza' (cf. VIRGILIO, *Georg.* I 360-364; PLINIO, XVIII 363). Los versos citados a continuación proceden de ARATO, *Phaen.* 948-953 (= *Progn.*, frag. 4, 4-9 Soub.)

⁵⁹ Arato (v. 948) emplea como sujeto de esta frase el término *ololygōn* (desconcertante ya para los propios escoliastas: cf. J. MARTIN, *Scholia in Aratum vetera*, Stuttgart, 1974, págs. 458-459), vertido por Cicerón mediante el término *acredula*. La identificación del animal al que se alude resulta difícil. Según se desprende de ARISTÓTELES, *Hist. anim.* 536a11-13; PLINIO, XI 173; CLAUDIO ELIANO, *Hist. anim.* IX 13, el término griego refleja el grito que emite el macho de la rana, cuando éste invita al apareamiento ('grenouille verte' traduce J. Martin en su edición de los *Phaen.*, págs. 127, 186; lo mismo opina M. ERREN, *Aratos. Phainomena*, Múnich, 1971, pág. 57 ['Grasfrosch']; 'rainette' traduce en nuestro pasaje J. SOUBIRAN, pág. 194). El término *ololygōn* vuelve a aparecer en TEÓCRITO, VII 139-140; 'tree-frog' traduce A. S. F. GOW, *Theocritus*, II, Cambridge, 1965, pág. 165, quien observa, acertadamente, que el término pudo aplicarse «to any creature which *ololyzei*», y aduce los testimonios de TEOPRASTO, *Peri sēmeiōn*, frags. 6, 15 y 6, 42 Wimmer (este último fragmento, posible modelo de Arato), [VIRGILIO], *Culex* 151, PLINIO, XXXII 92 (*rana parva*) y 122 (*rana, quam Graeci calamiten vocant*). Esta posible vacilación se refleja bien en S. ISIDORO, *Etym.* XII 6, 59 (*agredulae ranae parvae in sicco vel agris morantes*; cf. J. ANDRÉ, *Isidore de Séville. Étymologies, livre XII: Des animaux*, Paris, 1986, págs. 218-219, n. 424), frente a XII 7, 37, donde se identifica a la *acredula* con la *luscinia* o 'ruiseñor' (cf. *ib.*, págs. 252-253, n. 503); AVIENO, *Arat.* 1703, traduce el término por *ulula*, haciendo prevalecer, probablemente, una supuesta onomatopeya ('hulotte', autillo, según la traducción de J. SOUBIRAN, *Aviēnus. Les Phénomènes d'Aratos*, Paris, 1981, pág.

*en sus sonos insiste, y arroja de su boca continuos lamentos, tan pronto como la aurora deja caer sus gélidos rocíos*⁶⁰.
Y alguna vez la negruzca corneja, al recorrer las orillas, llega a sumergir la cabeza, recibiendo sobre su cuello el oleaje.

9 15 Vemos que estas señales no mienten prácticamente nunca, y, sin embargo, no vemos por qué ocurre así.

*También vosotras, crias del agua dulce, veis los signos, cuando os disponéis a lanzar a gritos vuestros sonos vanos y con desacordado croar alborotáis fuentes y estanques*⁶¹.

¿Quién podía sospechar que las ranitas viesan tales cosas? Pero resulta que reside en ellas una especie de poder natural capaz de manifestar señales, suficientemente cierto por sí mismo, pero más que oscuro para el conocimiento humano⁶².

*Los bueyes de moroso pie*⁶³, encarando la luz del cielo,

165; cf. S. ISIDORO, *Etym.* XII 7, 38: *ulula*, ἀπὸ τοῦ οὐλολύζειν, a *planctu et luctu*). Ante la posibilidad de que se trate de un batracio, de un ave, como invita a pensar el contexto del pasaje (cf. L. GAMBERALE, «L'acredula di Cicerone: una variante d'autore?», *Studi Italiani di Filologia Classica* 43 [1971], 246-257, esp. 247) o de un insecto (Pease se decanta por el significado de 'cigarra' o similar, según *Div.*, pág. 86; para otras posibles identificaciones cf. F. HARDER, «*Acredula - ologygón*», *Glotta* 12 [1923], 137-144), S. TAMPANARO, pág. 13, no queriendo 'tirare a indovinare', opta por la transcripción: «*acrèdula*»; «*Acredula*» transcribe también CHR. SCHÄUBLIN, pág. 19. Sin tener una absoluta certeza, nos inclinamos a pensar que en el texto se alude a la rana.

⁶⁰ Para este significado de *remittit*, cf. VIRGILIO, *Geórgicas* II 218.

⁶¹ Cf. ARATO, *Phaen.* 946-947 (= *Progn.*, frag. 4, 1-3 Soub.); mediante la expresión *alumnae aquai dulcis* se alude a las ranas, capaces, según esto, de presentir la proximidad de una tormenta.

⁶² Cf. ARATO, *Phaen.* 954-955 (= *Progn.*, frag. 4, 10-11 Soub.)

⁶³ Se trata del único testimonio latino del término *mollipes* ('de moroso pie' o, acaso, 'de tierna pata'; cf. *malakàì pódas Hôrai* en TEÓCRITO

aspiraron con su morro la húmeda esencia que procedía del
[aire.

Como entiendo lo que sucede después, no me pregunto su porqué⁶⁴.

Pues bien, el siempre verde y siempre cargado lentisco
suele crecer con triple retoño:
produciendo tres cosechas señala las tres épocas de labran-
[za⁶⁵.

Ni siquiera me pregunto por qué únicamente este ar- 16
busto florece tres veces, o por qué hace coincidir la señal de
su flor con el momento adecuado para la labranza. Estoy
satisfecho por el hecho de entender lo que ocurre, aunque
ignore por qué es así en cada caso. Por tanto, voy a aducir
para la adivinación, en su conjunto, lo mismo que para los
fenómenos que acabo de recordar.

Veo cómo la raíz de la escamonea puede ser eficaz para 10
purgar, cómo la aristoloquia —que recibió su nombre de
quien la descubrió, mientras que a ella, propiamente, la re-
cibió su descubridor a través de un sueño— puede ser efi-

XV 103), parcialmente comparable al ya existente *tardipes*; también es hápax el adjetivo —un tanto pleonástico— *umiferus* ('húmedo') del verso siguiente (sobre el gusto ciceroniano por las nuevas acuñaciones, dentro del lenguaje poético, cf. A. TRAGLIA, *La lingua di Cicerone poeta*, Bari, 1950, pág. 111); se entiende que esa humedad que se halla suspendida en el aire es anunciadora de lluvia. Acerca del pasaje, en general, cf. G. WILLIAMS, *Tradition and originality in Roman poetry*, Oxford, 1968, págs. 257.

⁶⁴ Cf. ARATO, *Phaen.* 1051-1053 (= *Progn.*, frag. 5 Soub.)

⁶⁵ Cf. HOMERO, *Il.* XVIII 542, *Od.* V 127, HESÍODO, *Theog.* 971; solía labrarse durante los meses de abril, julio y septiembre.

caz contra las mordeduras de serpiente⁶⁶. Lo veo y es suficiente; cómo es posible, no lo sé. Del mismo modo que no distingo con claridad suficiente qué fundamento tienen aquellos anuncios de viento y lluvia que he mencionado. Reconozco su poder y lo que de él se sucede; lo sé, lo acepto. De manera similar, oigo decir qué valor tiene una fisura o un lóbulo en las entrañas; no sé cuál es la causa⁶⁷. Y, desde luego, la vida está llena de cosas como éstas, porque prácticamente todos recurren a las entrañas. Y bien, ¿acaso podemos dudar del poder de los relámpagos? Si otras muchas cosas pueden producir extrañeza, ¿no la producirá lo siguiente como la que más? Cuando Sumano —por entonces de arcilla— fue golpeado por un rayo caído del cielo sobre la techumbre del Júpiter Óptimo Máximo y no se encontraba por ninguna parte la cabeza de esta imagen, los

⁶⁶ Acerca de la escamonea, cf. TEOFRASTO, *Hist. plant.* IX 1, 3-4; sobre la aristoloquia, cf. *ib.*, IX 13, 3 y 20, 4; J. ANDRÉ, *Les noms de plantes dans la Rome antique*, París, 1985, pág. 25 (el descubrimiento de esta especie de goma resinosa se atribuye a Aristóloco de Éfeso; no obstante, acerca del posible origen de la denominación, cf. PLINIO, XXV 95, A. S. PEASE, *Div.*, págs. 93-94). Variedades de sendas plantas se empleaban también, durante la antigüedad, para provocar el aborto (cf., por ejemplo, HIPÓCRATES, *Mul.* I 74, E. NARDI, *Procurato aborto nel mondo greco romano*, Milán, 1971, págs. 275 y 262, respectivamente).

⁶⁷ La adivinación mediante la observación de entrañas se practicaba por lo general sobre el hígado (tradicionalmente asociado a lo psicológico y a lo mántico; cf., por ejemplo, PLATÓN, *Tim.* 71d), que solía extraerse de bueyes, ovejas, perros, gansos o ranas; se procedía para ello al examen de las venas y de los nervios de la víscera recién extraída (cf. Servio, a propósito de *Geórgicas* I 120: *ut fibrae per iecur, id est venae quaedam et nervi*), de acuerdo con técnicas más o menos refinadas (representación directa del anuncio o referencia simbólica); también se recurría, en ocasiones, al examen de la hiel, del corazón o del pulmón (cf. II 29).

arúspices dijeron que había sido arrojada al Tíber, y fue encontrada en el lugar que ellos señalaron⁶⁸.

Pero ¿de qué autoridad, de qué testimonio mejor que el tuyo podría servirme? Hasta he memorizado —y ciertamente con placer— los versos que pronuncia la musa Urania en el libro segundo de tu *Consulado*⁶⁹:

⁶⁸ Sumano es epíteto de Júpiter, que ilumina la noche con sus relámpagos (cf. VARRÓN, *Ling. Lat.* V 74); el suceso mencionado se produjo en el año 278 (cf. LIVIO, *Per.* del libro XIV).

⁶⁹ El opúsculo autobiográfico *De consulatu suo* (cf. *Fam.* I 9, 23; *De temporibus meis*; el título también podría haber sido *Consulatus suus* o, simplemente, *Consulatus*, como para este lugar conjeturó Gulielmius) constaba de tres libros (y de quizá unos tres o cuatro mil hexámetros), escritos por Cicerón en torno al año 60 (*Cartas a Ático* I 19, 10). Al respecto puede consultarse A. S. PEASE, *Div.*, págs. 99-121; H. D. JOCELYN, «Urania's discourse in Cicero's poem *On his consulship*: some problems», *Ciceroniana* 5, Roma, 1984, págs. 39-54; E. COURTNEY, págs. 160-171; D. P. KUBIAK, «Aratean influence in the *De consulatu suo* of Cicero», *Philologus* 138 (1994), 52-66. Se justifica el recurso a la musa Urania, dado que el pasaje versa sobre los fenómenos celestes observados como anuncio de la conjuración de Catilina (cf. II 45-46, así como *Catil.* III 18-21; este discurso fue pronunciado el 3 de diciembre del 63), y también sobre el *otium litteratum* que el autor practicó desde su juventud (cf. J. GAILLARD, «Uranie, Jupiter et Cicéron: du *De consulatu suo* au *De temporibus suis*», *Revue des Études Latines* 54 (1976), 152-164); la musa Caliope —glorificadora de héroes— intervenía en el libro III (*Cartas a Ático* II 3, 4) y quizá Minerva en el I (QUINTILIANO, XI 1, 24; Ps.-SALUSTIO, *In Cic.* 7; sobre la posibilidad de que Cicerón relatase en ese mismo libro primero su asistencia a un *concilium deorum*, cf. H. D. JOCELYN, «Urania's discourse», págs. 41, n. 21, 43; D. P. KUBIAK, pág. 55, n. 15). En los 78 hexámetros que comprende el texto (frag. 6 Bl., 2 Soub.) se hace referencia primeramente a los prodigios ocurridos a principios del 63 (vs. 11-32) y, después, a los del año 65 (vs. 33-65, desde el principio del capítulo 12). El estilo del pasaje «non è poeticamente felice», según observa S. TAMPANARO, pág. 245; en cualquier caso, conviene recordar que su autor no se había propuesto escribir un poema para los amantes de la lírica —género para el que, por lo demás, tampoco parece haber tenido grandes dotes—, sino más bien una especie de crónica de su propia expe-

*En el principio gira Júpiter, inflamado en fuego etéreo,
y alumbra con su luz la totalidad del mundo*⁷⁰,
*pretendiendo invadir cielo y tierra con su mente divina,
la cual, confinada e inclusa en la cavidad del éter eterno,
preserva en lo más hondo el sentir y la vida de los hombres*⁷¹.
*Y, si deseas conocer el movimiento y vagabundo curso de las
que, sitas en el espacio de los signos*⁷², [estrellas
*andan errantes —según concepto y falsa expresión de los
griegos*⁷³,
*pues se desplazan, en realidad, con curso e itinerario precisos—,
verás que todo se encuentra ya registrado de acuerdo con la
mente divina*⁷⁴.

riencia, que fuera innovadora desde el punto de vista historiográfico y amena desde el puramente literario.

⁷⁰ Cf. *Fat.*, frag. 3; E. COURTNEY, pág. 163; la invocación inicial dirigida a Júpiter era ya casi un tópico, tras el precedente de Cleantes (*Himno a Zeus*; cf. *SVF* I 537) y de Arato (*Phaen.* 1: *ek Diòs arkhómestha*; cf. *Rep.* I 56).

⁷¹ Cf. *Arat.* 252; Cicerón ofrece aquí una caracterización típicamente estoica de la figura de Júpiter, similar a la realizada por Arato, cuyo *toiù* (sc. *Diòs*) *gàr kai génos eimén* (*Phaen.* 5), «de Zeus somos también linaje», había traspasado fronteras (*Act. ap.* 17, 28).

⁷² Lat. *quae sint... in sede locatae* (qua [...] propone leer, tras Davies, E. COURTNEY, págs. 160, 163). Es decir, en la zona del zodiaco; a propósito del término *signum* y de sus varios significados cf. C. MOUSSY, «*Signum* et les noms latins de la preuve: l'héritage de divers termes grecs», en J. DANGEL [ed.], *Grammaire et rhétorique: notion de Romanité* [...], Strasbourg, 1994, págs. 31-41, J.-P. BRACHET, «Esquisse d'une histoire de lat. *signum*», *RPh* 68 (1994), 33-50, quien defiende la relación etimológica de este término con el verbo *secare* ('cortar').

⁷³ En referencia al gr. *plánētes* o *planētai* (lat. *planetæ*); cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 103, donde se alude a la crítica realizada ya por Platón a causa de la inexactitud del término (*Leyes* 821b, 822ab; cf. II 146; *Nat.* II 51; *Tusc.* I 62).

⁷⁴ Lat. *divina mente notata*; para el sentido de este último término cf. H. D. JOCELYN, «Urania's discourse», págs. 51-52, quien remite a I 21 (*signati temporis*) y a II 47 (*per notas nos certiores facit Iuppiter*).

Pues tú también viste⁷⁵, durante tu consulado, primero el vo- 18
 [landero movimiento de los astros
 y la inquietante conjunción de las estrellas, de brillante res-
 [plandor,
 cuando purificaste los niveos cerros del monte Albano
 y honraste las Latinas con abundante leche⁷⁶;
 también viste trémulos cometas de claro resplandor⁷⁷,
 y pensaste que todo se confundía entre nocturno estrago,
 porque las Latinas cayeron casi hacia el tiempo funesto
 en que la luna ocultó su clara faz tras una espesa luz
 y súbitamente desapareció en la noche estrellada⁷⁸.

⁷⁵ Es decir, desde una presciencia similar a la que caracterizaba a Júpiter (el parangón implícito escandalizó, a buen seguro, a Clodio; cf. *De dom.* 92; D. P. KUBIAK, pág. 60, n. 35). Acerca del verso siguiente cf. E. COURTNEY, págs. 160, 164, quien propone leer *micanti* [se. *ardore*], por *micantis*, con buen criterio.

⁷⁶ La ceremonia de purificación consistía, propiamente, en una *lustratio*; las Ferias Latinas (cf. *Nat.* I 15), se celebraban durante tres o cuatro días cada año, sin fecha fija (*f. conceptivae*), pero generalmente entre los meses de enero y julio (cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 104; a finales de invierno en el caso que aquí se relata; en marzo, según entiende H. D. JOCELYN, «Urania's discourse», pág. 52); la ceremonia se realizaba en el monte Albano (unos veinte kms. al sudeste de Roma), en honor del *Iupiter Latiaris*.

⁷⁷ En alusión a la *aurora septentrionalis* (o *polaris*), según observa W. A. FALCONER, pág. 242, n. 1, quien remite a SÉNECA, *Nat. quaest.* VII 6. Acerca de la visión de cometas y de su interpretación en la época cf. PLINIO, II 89-94; A. LE BŒUFFLE, *Le ciel des romains*, Paris, 1989, págs. 38-43.

⁷⁸ Cf. CICERÓN, *Arat.* 247; se hace referencia al eclipse lunar que se produjo el 3 de mayo del 63 (calendario juliano; al respecto cf. A. LE BŒUFFLE, *ib.*, págs. 43-47), pero las Latinas se habían celebrado ese año a finales del invierno, con el Albano todavía nevado (de ahí quizá el *ferme* ['casi'] anterior). El 'nocturno estrago' anterior podría interpretarse como una alusión al ruido procedente de las armas (cf. H. D. JOCELYN, «Urania's discourse», pág. 50, n. 63; sobre la posibilidad de que estos últimos versos no se hallen en su ubicación original, cf. *ib.*, pág. 53).

¿Qué hay, además, de la antorcha de Febo⁷⁹, anunciadora
 [de triste guerra,
 que voló en inflamado resplandor hasta formar una gran co-
 lumna,
 pretendiendo invadir la región del cielo declinante y del ocaso⁸⁰?
 ¿Y qué hay del ciudadano que, abatido por un rayo terrible
 bajo claridad serena, abandonó la luz de la vida⁸¹,
 y qué de la tierra, la cual se estremeció con pesado cuerpo?
 Además, la visión nocturna de cambiantes formas terribles
 alertaba sobre guerra y disturbios,
 y los vates arrojaban sobre las tierras, con pecho delirante,
 multitud de oráculos que amenazaban tristes sucesos⁸²,

⁷⁹ Cf. *Catil.* III 18; se ha pensado que puede aludirse a una aurora polar, a un *lumen zodiacale*, a un cometa, a un meteoro (H. D. JOCELYN, «Urania's discourse», pág. 53, n. 81; S. TIMPANARO, pág. 247; D. P. KUBIAK, pág. 60), o al sol (cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 108; A. HAURY, «*Quid illa 'Phoebi fax' in carmine Ciceronis 'De consulatu suo' (2, 20) significet (epitoma)*», *Ciceroniana* 5 (1984), 199-200, «Un mystérieux météore, *Phoebi fax* (Cicéron, *De consulatu suo*, II, 20)», *Latomus* 43 (1984), 97-103); por la última posibilidad se inclina E. COURTNEY, pág. 164, comparando SÉNECA, *Fedra* 379 (cf. ENIO, *Med.*, frag. 243 J; véase, no obstante, A. S. PEASE, *Div.*, pág. 108, quien no considera esta interpretación compatible con la expresión *magnum ad columen* del verso siguiente).

⁸⁰ Como indica J. SOUBIRAN, pág. 254, n. 10, el oeste representaba para los augures etruscos el mal presagio. El sol había sufrido un eclipse parcial el 18 de mayo del 63, lo que justificaría el uso del participio *petessens* ('pretendiendo invadir'). Sobre la sintaxis del pasaje cf. H. D. JOCELYN, «Urania's discourse», pág. 51, n. 67.

⁸¹ Alusión a un decurión de Pompeya llamado Marco Herenio (cf. PLINIO, II 137).

⁸² Aquí terminaría la referencia a los episodios del año 63, según entiende H. D. JOCELYN, «Urania's discourse», págs. 45, 49, n. 62, 50, quien considera que los versos que siguen (30-35) constituyen una unidad argumental.

y lo que, tras insinuar su curso desde antiguo, terminó al fin ¹⁹
 [por acaecer⁸³;
 el propio progenitor de los dioses pregonaba por cielo y tierra
 que esto pasaría, prodigándose en continuas y claras señales.
 Ahora es cuando, lo que había revelado antaño, ¹²
 siendo cónsules Torcuato y Cota⁸⁴, el lidio arúspice de la
 [gente tirrena⁸⁵,
 se lleva a término bajo tu mandato, que reúne cuanto estaba
 [prefijado.
 Pues el propio padre altitonante, irguiéndose sobre el estre-
 [llado Olimpo,
 arremetió contra los cerros y templos antaño suyos
 y prendió fuego a sus asentamientos capitolinos⁸⁶.
 Entonces se derrumbó la vieja y venerada imagen bronceína
 se desvanecieron las leyes de vetusto numen⁸⁷ [de Nata,

⁸³ En una posible alusión al *Bellum Octavianum* del año 87 — precedido de signos similares — piensa A. S. PEASE, *Div.*, pág. 110. Parece preferible, no obstante, considerar que se trata de una referencia al incendio del templo de Júpiter Capitolino (6 de julio del 83), momento en que los arúspices anunciaron que veinte años después se produciría un enfrentamiento civil (cf. *Cat.* III 9; SALUSTIO, *Cat.* 47; J. SOUBIRAN, pág. 255, n. 15). Acerca de la interpretación de este verso cf., no obstante, H. D. JOCELYN, «Urania's discourse», pág. 45; E. COURTNEY, pág. 166 (quien considera la posible pérdida de un verso, a continuación de éste, que cabría reconstruir, *ex. gr.*, (*paene e conspectu peritura, hinc impia facta*)), D. P. KUBIAK, pág. 63, n. 42.

⁸⁴ Lucio Manlio Torcuato y Lucio Aurelio Cota fueron cónsules en el año 65.

⁸⁵ Acerca de la procedencia lidia de los etruscos cf., por ejemplo, *Nat.* II 11, HERÓDOTO, I 94.

⁸⁶ Sobre el signo consistente en que la divinidad destruya sus propios templos — el cual se consideraba funesto — cf. LUCRECIO, II 1101-1102; VI 417-420.

⁸⁷ Es decir, sancionadas en la antigüedad.

y el resplandor del rayo consumió las estatuas de las deidades
 [des⁸⁸.
 20 Ahí estaba la nodriza silvestre del nombre de Roma⁸⁹,
 Martia, que a los pequeños nacidos de la semilla de Ma-
 [vorte⁹⁰
 regaba con el rocío de vida que salía de sus hinchadas ubres;
 a la par que los niños se derrumbó ella entonces, bajo el in-
 [flamado golpe de un rayo,
 dejando impresas, al verse arrancada, las huellas de sus patas.
 ¿Quién no extraía entonces entristecedoras advertencias de
 [los documentos etruscos⁹¹,
 al desenrollar los escritos testimonios de su arte?

⁸⁸ Acerca de los Pinarío Nata cf. II 45, 47; LIVIO I 7, 12-15; los tres signos se mencionan, igualmente, en *Catil.* III 19. El 'desvanecimiento de las leyes' (*elapsae*) alude propiamente al derretimiento —total o sólo superficial— de los broncees sobre los que se hallaban escritas.

⁸⁹ Es decir, en el Capitolio se encontraba la estatua en bronce de la Loba (que no era probablemente la que, en postura amenazante, se conserva en la actualidad, como observa E. COURTNEY, pág. 167); el *nomen Romae* alude a la designación de la estirpe romana. Se hace referencia, seguidamente, a la leche de este animal, con la que se amamantaron Rómulo y Remo, hijos de Marte y de Rea Silvia según la tradición más arraigada (cf., asimismo, II 45; sobre el aparente carácter 'anti-Roman' de este elemento —dada la importancia concedida a la lactancia en la antigüedad [cf., por ejemplo, TEÓCRITO, III 15-17; VIRGILIO, *Eneida* IV 367; SORANO, *Gynaec.* II 19-29] y habida cuenta de la mala reputación con que contaba el animal en cuestión — cf. DIONISIO DE HALICARNASO, I 84, H. D. JOCELYN, «*Urbs augurio augusto condita: Ennius ap. Cic. Div. I, 107 (= Ann. 77-96 V²)*», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 197, n. s. 17 (1971), 44-74, esp. 52-53, así como R. M.^a IGLESIAS, «Roma y la leyenda troyana: legitimación de una dinastía», *Estudios Clásicos* 104 [1993], 17-35, esp. 23-25).

⁹⁰ Denominación de Marte, frecuente en poesía (cf., no obstante, *Nat.* II 67, III 62). Acerca de este teónimo cf. G. RADKE, *Die Götter Altitaliens*, 2.^a ed., Münster, 1979 [1965], pág. 209.

⁹¹ En alusión a la *Etrusca disciplina*.

fue cuando Júpiter hizo relucir su cetro sobre la excelsa co-
 [lumna
y, mediante las advertencias de los alóbroges a los padres y
 [al pueblo,
se puso al descubierto la perdición de la patria, a llama y
 [hierro dispuesta ⁹⁵.

- 13 *Con acierto, por tanto, los antiguos, cuyos testimonios con-*
 [serváis
—quienes con moderación y virtud regían pueblos y ciuda-
 [des⁹⁶—,
y también con acierto vuestros antepasados ⁹⁷—cuya pie-
 [dad y confianza
sobrepusieron a todos, cuya sabiduría a todos aventajó con
 [mucho—
honraron de manera principal a las deidades de vigoroso
 [numen.
Más aún, esto es lo que percibieron, con sagaz cuidado,
cuantos en distinguidos estudios ocuparon, felices, su ocio
 22 *y arrojaron sus luminosas teorías, propias de un pecho*
en la umbrosa Academia y el radiante Liceo ⁹⁸. [fecundo,
Ya separado de todo ello desde la flor primera de tu juven-
 [tud,

⁹⁵ Cf. SALUSTIO, *Cat.* 39-47; los conjurados habían cometido la imprudencia de revelar sus planes a los alóbroges de la Galia Narbonense, cuyos representantes se encontraban por entonces en Roma, y a los que Cicerón mandó prender (3 de diciembre del 63; los conjurados fueron ejecutados el día 5).

⁹⁶ En referencia a griegos — como Solón o Licurgo — y a etruscos.

⁹⁷ En posible alusión a la época del rey Numa.

⁹⁸ La Academia se encontraba situada en medio de un bosque. El adjetivo *nitidus*, aplicado al Liceo, puede aludir al brillo que despedía el aceite que se aplicaban los atletas, antes de entrenar en el gimnasio (cf. CALÍMACO, frag. 261 Pfeiffer: *lipóōnta katà drómon*).

*la patria te colocó bajo la pesada carga de las virtudes*⁹⁹.
 Tú, sin embargo, atemperando con el sosiego tus angustio-
 [sos cuidados,
 has consagrado a estos estudios, y a nosotras, lo que para
 [la patria se reserva¹⁰⁰.

Por tanto, habiendo hecho lo que has hecho y habiendo escrito además, tan esmeradamente, lo que acabo de referir, ¿cómo puedes ponerte a hablar en contra de lo que yo sostengo acerca de la adivinación?

Y bien, ¿preguntas, Carnéades, por qué ocurre esto así,²³ y mediante qué arte puede llegar a vislumbrarse? Reconozco que yo no lo sé; lo que digo es que, como tú mismo puedes ver, así sucede. Por casualidad, dices, pero... ¿es así en realidad? ¿Puede producirse por casualidad una cosa que alberga en sí todos los atributos propios de la verdad? Al tirar las cuatro tabas se obtiene por casualidad una jugada de Venus; ¿piensas que también por casualidad saldrán cien jugadas de Venus, al tirar cuatrocientas tabas¹⁰¹? Colores disper-

⁹⁹ Cicerón había estudiado en Grecia entre el 79 y el 77; poco después ostentó el cargo de cuestor en Sicilia (76-75); posteriormente fue edil (70-69), pretor (67-66) y cónsul (63). La idea — que insiste en presentar al autor como artífice de una personal *devotio*, como *custos urbis* (*De dom.* 40) o *alter Romulus* (Ps.-SALUSTIO, *In Cic.* 7) — es comparable a la ya expresada en *Nat.* III 85 (*grave ipsius conscientiae pondus*; cf. VARRÓN, *Ling. Lat.* V 73 [*onus honos*]).

¹⁰⁰ El 'nosotras', en boca de Urania, hace referencia a las musas, pacíficas inspiradoras — junto con Minerva — de la obra, y que pueden haberse dirigido al autor mientras éste dormía (cf. D. P. KUBIAK, pág. 56-58); acerca de este pasaje cf., no obstante, CHR. SCHÄUBLIN, pág. 31; S. TIMPANARO, pág. 21; E. COURTNEY, págs. 162, 170 (quien edita *quod patria vocat, id [...]*)

¹⁰¹ Cf. S. TIMPANARO, pág. 251; B. S. HOOK - W. O. STEPHENS, «The simile of the *talus* in Cicero, *De finibus* 3.54», *Classical Philology* 91, 1996, 59-61; se emplea aquí el término *talus*, que, como el griego *astrá-*

sos de cualquier manera sobre una tabla pueden configurar los trazos de un rostro; ¿piensas que también la hermosura de la Venus de Cos puede obtenerse mediante una dispersión azarosa¹⁰²? Si una cerda trazase con el morro la letra A sobre el suelo, ¿podrías llegar a suponer, por ello, que sería capaz de transcribir la *Andrómaca* de Enio¹⁰³? Según pretendía Carnéades, al producirse una hendidura en una roca de la cantera de Quíos, había aparecido la cabeza de un pequeño Pan; imagino que era una figura con cierto parecido, pero seguro que no era una figura tal como para decir que fue hecha por Escopas¹⁰⁴, porque es un hecho cierto que la casualidad nunca puede imitar de un modo perfecto a la verdad.

galos, designaba una tábula con cuatro caras útiles (dos de ellas, algo más inestables), marcadas con sus números respectivos: el 1 en la cara opuesta al 6 y, sobre las caras más anchas, el 3 en la opuesta al 4 (frente a la *tessera*, dado con marcas diferentes sobre cada una de sus seis caras). Las tabas se tiraban de cuatro en cuatro; la jugada de Venus (*Venerium*) era la más favorable, y se producía cuando los cuatro *tali* de una tirada mostraban números distintos (la peor jugada se producía al aparecer el número 1 en los cuatro; cf. MARCIAL, XIV 14 y 15; R. GIOMINI, págs. 280-281, n. 14).

¹⁰² Esta pintura de la Afrodita *anadyoménē* ('surgiendo de las aguas'), obra de Apeles (s. IV), que se encontraba en el templo de Asclepio en Cos y que fue transportada a Roma por orden de Augusto, es mencionada como un irreplicable modelo de belleza en *Nat.* I 75; quedó inacabada, ya que nadie logró imitar su perfección al morir su autor.

¹⁰³ El pasaje es de intención cómica, dado el proverbial carácter ignorante del animal (de donde el dicho *sus Minervam docet*), en contraste aquí con la perfección de esta obra de Enio, muy admirada por Cicerón (cf. *Tusc.* III 44-46; A. DE ROSALIA, «La fruizione ciceroniana dei testi tragici di Enio», *Paideia* 45 (1990), 139-174; a propósito de *Annales*, cf. *Nat.* II 93).

¹⁰⁴ La anécdota es situada en Paros — patria del escultor Escopas (s. IV) —, y no en Quíos, por PLINIO, XXXVI 14; *Paniscus* puede referirse tanto a un joven Pan, como a una pequeña imagen del personaje.

«Mas algunas veces no llega a suceder aquello que se ha predicho». ¿A qué arte, en fin, no le pasa eso? Hablo de las artes que se basan en un pronóstico y que se hallan sometidas a opinión. ¿No ha de pensarse en la medicina como un arte? Sin embargo, se producen muchísimas equivocaciones. Y bien, ¿no se equivocan los timoneles? Los ejércitos de los aqueos y tantos capitanes de nave... ¿no se marcharon de Ilio de manera que, «felices por la marcha, miraban el rebullir de los peces» — como afirma Pacuvio — «y no podían llegar a saciarse de mirar»?

*Entretanto, casi al ponerse ya el sol, se encrespa el mar,
las tinieblas se redoblan, la negrura de la noche y de las nu-
[bes oscurece la visión¹⁰⁵.*

Por tanto, ¿acaso es que el naufragio de tantos caudillos y reyes ilustrísimos ha quitado fundamento al arte de navegar? ¿No vale nada el saber de los generales, por el hecho de que el más alto general se dio a la fuga hace poco, al perder a su ejército¹⁰⁶? ¿No existe una manera sabia de gobernar el Estado, por el hecho de que en muchas cosas se equivocó Gneo Pompeyo, en algunas Marco Catón¹⁰⁷, y en alguna incluso tú mismo¹⁰⁸? Cosa similar es la respuesta de

¹⁰⁵ Cf. *Teuc.*, frags. 353-356 W (la misma cita de los septenarios trocaicos de Pacuvio [c. 220-130] se documenta en *De or.* III 157); cf. S. TIMPANARO, pág. 23; I. MARIOTTI, «Tradurre i poeti latini», *Paideia* 45 (1990), 301-311, esp. 302-303 (quien propone escribir *satias*, término defendido por Usener, frente al de *satietas*, aceptado en el texto por Giomini).

¹⁰⁶ Se alude así a Gneo Pompeyo, huido a Egipto tras la derrota de Farsalia (48).

¹⁰⁷ Catón de Útica (*Uticensis*, 95-46), se entiende.

¹⁰⁸ En posible referencia — más o menos autocrítica — al desafortunado episodio de la conjuración de Catilina, cuyo triste desenlace siempre constituyó un durísimo lastre para el autor.

los arúspices, así como todo procedimiento adivinatorio que se base en la opinión, porque se apoya sobre un pronóstico, sin poder ir más allá de él.

25 Este pronóstico puede estar equivocado algunas veces, pero, sin embargo, conduce con muchísima frecuencia a la verdad. Y es que se ha recurrido a él desde el principio de los tiempos, desde que este arte llegó a establecerse, gracias a la continua constatación y anotación de fenómenos idénticos, dado que los hechos, en ocasiones casi innumerables, se sucedían del mismo modo, si les habían precedido los mismos signos.

15 ¡Qué fundamento tienen, en realidad, vuestros auspicios...¹⁰⁹, que hoy precisamente —dicho sea con tu permiso— no conocen ya los augures romanos, mientras que los cilicios, los panfilios, los pisidios y los licios conservan su práctica¹¹⁰!

26 Pues ¿para qué voy yo a recordar al rey Deyótaro, nuestro huésped, un hombre sumamente ilustre y excelente, que nunca emprende cosa alguna sin contar con los auspicios¹¹¹? Una vez, advertido éste por el vuelo de un águila, suspendió un viaje que ya estaba previsto y dispuesto, y la habitación en la que precisamente se habría alojado, caso de proseguir su marcha, se derrumbó durante la noche siguiente¹¹².

¹⁰⁹ Alusión directa a Cicerón, que era miembro oficial del colegio de augures desde marzo del año 52 (cf. J. LINDERSKI, «The aedileship of Favonius, Curio the Younger and Cicero's election to the augurate», *Harvard Studies in Classical Philology* 76 (1972), 181-200, esp. 199).

¹¹⁰ Cf. I 2 y *Nat.* II 9, donde el estoico Lucilio Balbo censura el descuido de los ritos religiosos que se producía por entonces en Roma.

¹¹¹ Cf. II 20; *Pro Deiot.* 39; fue colaborador del gobierno romano en la provincia minorasiática de Galacia, por lo que recibió, entre otras prebendas, el título de rey; acusado de haber intentado asesinar a César, fue defendido por Cicerón en su discurso *Pro rege Deiotaro*.

¹¹² El águila es el ave mensajera de Zeus, quien solía enviarla a los reyes como señal premonitoria.

Y, según le oía decir a él mismo, muy a menudo suspendió un viaje de la misma manera, aunque hubiera recorrido ya el camino de muchos días. Pero, desde luego, lo que más destaca en él es lo siguiente: tras ser sancionado por César con el pago de una tetarquía, de un reino y de cierta suma de dinero¹¹³, afirmó que, aun así, no se lamentaba de los auspicios favorables que le sobrevinieron al marchar junto a Pompeyo, porque se había defendido mediante sus armas el prestigio del senado, la libertad del pueblo romano y la dignidad del mando, y acertadamente —afirmaba— le aconsejaron las aves, bajo cuya influencia había cumplido con su deber y con su sentido de la lealtad, ya que la gloria había estado para él por delante de sus posesiones¹¹⁴. Me parece, por tanto, que él practica los augurios de una manera auténtica, mientras que nuestros magistrados se sirven, ciertamente, de unos auspicios forzados¹¹⁵. Porque es cosa necesaria que, cuando se le ofrece pienso a un pollo, se le caigan del pico unas miguitas al comer; sin embargo, decís que también es un tripudio pleno el que —según tenéis escrito¹¹⁶— se produce cuando parte del bocado cae a tierra¹¹⁷,

¹¹³ Se alude a la tetarquía de los Trocmos (*Trogmi*) y al reino de Armenia (cf. II 79).

¹¹⁴ Cf. II 78.

¹¹⁵ Cf. II 71-74.

¹¹⁶ En los *libri augurales*, conocidos por Quinto Cicerón a través, probablemente, de la *auguralis disciplina* de Aulo Claudio Pulcro.

¹¹⁷ Se producía 'tripudio pleno' (*tripudium solistimum*), es decir, sumamente favorable, cuando las aves, además de comer con avidez, dejaban caer parte del alimento (si hacía ruido al hacerlo, se trataba de un *tripudium sonivium*; cf. *Fam.* VI 6, 7); la frase, reiterativa respecto a lo inmediatamente anterior, bien podría ser el resultado de una glosa, o encubrir una doble redacción, como sugiere S. TIMPANARO, pág. 253.

pese a ser algo tan forzado como dije¹¹⁸. Así es como muchos augurios y muchos auspicios están completamente en desuso y abandonados, a causa de la negligencia del colegio, cosa de la que se queja aquel sabio Catón¹¹⁹.

16 Antaño, casi ningún asunto importante se emprendía sin contar con los auspicios, ni aunque fuera de carácter privado, como incluso hoy reflejan los 'augures' en las bodas, quienes, una vez perdida ya su función, se limitan a conservar su nombre¹²⁰. Pues, así como hoy suele impetrarse por los asuntos importantes mediante las entrañas (aunque también esto bastante menos que en otros tiempos), así solía hacerse por entonces a través de las aves. Y, de esta manera, al no buscar aquello que nos es favorable, vamos incurriendo en lo malo e infausto¹²¹.

29 Como cuando Publio Claudio, el hijo de Apio Ciego, y su colega Lucio Junio perdieron sus grandísimas flotas, por navegar bajo auspicios infaustos¹²². Cosa que le sucedió del

¹¹⁸ Aunque cualquier ave podía propiciar los *auspicia ex tripudiis* (II 73), los pollos, al cuidado del *pullarius*, eran las aves de más fácil disposición, sobre todo en situaciones prebélicas; la práctica es antigua (al año 325 la hace remontar LIVIO, VIII 30, 2, cuando el dictador Papirio, prevenido por el pulario, marchó a Roma para recabar un nuevo *auspicium*); como es natural, este tipo de auspicio era muy susceptible de manipulación. Por lo demás, cualquier animal con apetito era considerado, entre los romanos, signo de buen augurio (cf., por ejemplo, VIRGILIO, *Eneida* VI 199; PLINIO, VIII 83).

¹¹⁹ En referencia a Catón el Viejo (*Censorius*; 234-149); no se conserva el pasaje de su obra al que aquí se alude.

¹²⁰ Lat. *auspices nuptiarum*; es decir, testigos de boda o paraninfos, cuya función por entonces ya había dejado de ser, propiamente, la de indagar en el futuro — favorable o no — de la pareja que contraía matrimonio.

¹²¹ Se opone aquí *sinistra* (al respecto cf. I 12) a *dira* y *vittiosa*.

¹²² Lat. *vittio*, es decir, de manera indebida, sin haber cumplido con su obligación. Se alude a la batalla del 249 (consulado de Publio Claudio

mismo modo a Agamenón, quien, cuando los aqueos habían comenzado ¹²³

a murmurar entre sí y a menospreciar sin tapujos el arte de
[los arúspices,
ordena soltar amarras, siendo favorable el rumor, pero ad-
[versa el ave.

Pero ¿para qué ejemplos antiguos? Vemos lo que le pasó a Marco Craso por desatender un anuncio de malos presagios ¹²⁴. En este caso, tu colega Apio —buen augur, según suelo oírte decir—, en su condición de censor, consignó sin la suficiente prudencia una denuncia contra Gayo Ateyo, un hombre bueno y un destacado ciudadano, acusándole de haber recabado auspicios sin derecho a hacerlo ¹²⁵. Admitamos

Pulcro y de Lucio Junio), durante la primera guerra púnica, que se saldó con pésimo resultado para los romanos (cf. II 20, 71; *Nat.* II 7).

¹²³ Cf. *Inc.*, frags. 21-22 W; los editores han solido atribuir estos versos a Pacuvio (a su *Teucer*, concretamente, según propuso Bergk). Acerca del metro que ha de restituirse en el pasaje cf. S. LANCIOTTI, *RFIC* 107 (1979), 79-80.

¹²⁴ Cf. II 22, 24, 84, 99; se alude a la expedición del triunviro Marco Licinio Craso (cons. 70 y 55) contra los partos (54-53), que se saldó con la derrota de Carras, con la muerte de Craso y con la de su hijo Publio; acerca del pasaje cf. CHR. SCHÄUBLIN, «*Ementita auspicia*», *Wien. Stud.* 20 (1986), 165-181, quien ofrece en su edición una puntuación algo distinta.

¹²⁵ Lat. *quod ementitum auspicia subscriberet* (nuestra versión responde a la interpretación propuesta por Valetón, asumida por S. TIMPANARO, pág. 255, n. 108). Gayo Ateyo Capitón, tribuno de la plebe en el 55, había declarado poco antes de partir la expedición de Craso que los auspicios eran desfavorables, a pesar de que los tribunos de la plebe no estaban facultados para la consulta de auspicios (acerca del episodio cf. J. BAYET, *Croyances et rites dans la Rome antique*, París, 1971, págs. 353-365). El augur Apio Claudio Pulcro (cf. I 105, 132; II 75) fue cónsul en el año 54 y censor en el 50; era el encargado, por tanto, de efectuar la de-

que hizo lo propio de un censor, si juzgaba que los recabó sin derecho; mas no hizo en absoluto lo propio de un augur, ya que añadió a su escrito que el pueblo romano había sufrido, por esa causa, una grandísima calamidad. Y es que, si fue ésa la causa de la calamidad, no hay culpa en quien lo anunció, sino en quien no obró en consecuencia, ya que el desenlace dio prueba de que el anuncio había sido veraz, como afirma el augur y —a la vez— censor. Si este anuncio hubiera sido falso, Apio no habría podido aducir ninguna causa para tal calamidad. Los malos presagios, efectivamente, como los demás auspicios, como las predicciones, como los signos, no procuran las causas por las que algo sucede, sino que anuncian lo que va a suceder, de no tomarse medidas ¹²⁶.

30 Por tanto, el anuncio de Ateyo no constituyó la causa de la calamidad, sino que, mostrando un signo, advirtió a Craso de lo que iba a suceder, si no tomaba precauciones. Así es que, o bien aquel anuncio no tuvo valor alguno, o, si tuvo valor —como juzga Apio—, lo tuvo, de manera que la falta no se encuentra en quien hizo la advertencia, sino en quien no se sometió a ella.

17 Y bien, ese báculo vuestro, que es el distintivo más ilustre de la función augural, ¿de dónde lo sacasteis? Con él, como se sabe, delineó Romulo las regiones en el momento de fundar la ciudad ¹²⁷. Ese báculo de Rómulo (esto es, el

nuncia (*nota*) y de apuntar la causa que la motivaba (*subscriptio*). Cicerón parece creer que la infracción formal cometida por Gayo Ateyo no pudo implicar, de por sí, el desastre sufrido por Craso, frente a lo que afirmaba Apio en su apostilla.

¹²⁶ En realidad, la creencia más común en la antigüedad — sobre todo entre los griegos — era la de que, si algo está por suceder, sucede fatalmente, por mucho que los perjudicados se afanen en que no sea así.

¹²⁷ Se refiere a las regiones trazadas en el cielo mediante este báculo (lat. *lituus*; *baculum sine nodo aduncum*, según la definición de LIVIO, I

bastoncito curvo y ligeramente torcido por la parte superior, que recibió este nombre por su parecido con un clarín de marcha ¹²⁸) es, por cierto, el que, hallándose depositado en la Curia de los Salios, que está en el Palatino, fue encontrado intacto tras incendiarse ésta ¹²⁹.

Y bien, ¿hay algún escritor antiguo que no hable de cómo muchos años después de Rómulo, cuando reinaba Tarquinio Prisco ¹³⁰, hizo Ato Navio la delimitación de las parcelas mediante su báculo ¹³¹? Se dice de éste que, siendo niño, cuando a causa de su pobreza se dedicaba a apacentar cerdas y se extravió una de ellas, ofreció un voto: si la recuperaba, ofrecería a la divinidad el racimo más grande que hubiese en la viña ¹³². Y, efectivamente, una vez encontrada

18, 7) y que, tras haberse observado la demarcación que ofrecía el vuelo de las aves, con motivo de los *auspicia impetrativa* (es decir, tras practicarse el *templum in aere*; cf. VARRÓN, *Ling. Lat.* VII 7-8), se proyectaban sobre las correspondientes áreas terrestres (al respecto cf. J. LINDERSKI, «Watching the birds: Cicero the augur and the augural *templa*», *Classical Philology* 81 [1986], 330-340).

¹²⁸ El paréntesis podría encubrir una glosa; el proceso semántico fue, probablemente, el inverso, según S. TIMPANARO, pág. 256, n. 110, de acuerdo con lo que apunta GELIO V 8, 2 y 8 (*tuba, quae lituus appellatur, a lituo augurum*).

¹²⁹ En referencia, probablemente, al incendio provocado por los galos en torno al 390 (cf. II 80; *Nat.* II 9; III 14; CHR. SCHÄUBLIN, pág. 306); se denominaba 'Salios' (cf. *salire*) a los antiguos sacerdotes de Marte (*Palatini* y *Collini*).

¹³⁰ Cf. *Rep.* II 36; el nombre de Tulo Hostilio se indica, por error, en *Nat.* II 9.

¹³¹ Acerca de esta figura destaca la contribución de G. PICCALUGA, «Attus Navius», *Studi e materiali di storia delle religioni* 40 (1969), 151-208, quien cree encontrar en el relato mítico de Navio el posible origen del oficio augural romano.

¹³² Al dios Mercurio, según sugiere A. S. PEASE, *Div.*, pág. 144 (cf., no obstante, DIONISIO DE HALICARNASO, III 70, 2, quien indica que el

la cerda, se dice que, mirando al mediodía, se situó en mitad de la viña, y que, tras dividirla en cuatro partes y haber desechado las aves tres de ellas, distribuyó en parcelas la cuarta parte restante, encontrando — según vemos escrito — un racimo de admirable tamaño. Como, al divulgarse este hecho, todos los vecinos se dirigían a él para inquirir acerca de sus asuntos, alcanzó gran renombre y gran prestigio.

32 Resulta que, a raíz de esto, el rey Prisco hizo que se presentara ante él¹³³. Para tantear el alcance de su saber como augur, le dijo que estaba pensando en una cosa, y le consultó si ésta podía llegar a producirse. Él, una vez realizado el augurio, respondió que sí. Tarquinio, por su parte, le dijo que había pensado que un pedernal podía henderse con una cuchilla, y le ordenó a Ato que probara. Entonces, tras llevarse a la corte un pedernal, éste fue cortado con la cuchilla, bajo la atenta mirada del rey y del pueblo. Lo que sucedió a raíz de esto es que Tarquinio recurría a Ato Navio como augur, y que el pueblo se dirigía a éste para inquirir acerca de sus asuntos.

33 Tenemos entendido, por lo demás, que aquel pedernal y la cuchilla fueron introducidos en una fosa, dentro de la corte¹³⁴, y que se les colocó encima un brocal.

¡Neguémoslo todo, prendamos fuego a los anales¹³⁵, digamos que eso son ficciones y admitamos, en fin, cualquier cosa salvo que los dioses se cuidan de los asuntos humanos!

voto fue ofrecido a los héroes); a propósito del *augurium stativum* que se relata a continuación cf. CHR. SCHÄUBLIN, pág. 307.

¹³³ Este relato también es recogido por LIVIO, I 36, 3-5

¹³⁴ Traducimos por 'corte' el término *comitium*, que designaba, propiamente, una parte del foro próxima a la curia y destinada a acoger las asambleas del pueblo (cf. G. FREYBURGER - J. SCHEID, pág. 195, n. 79).

¹³⁵ En referencia a los que recogían la tradición establecida por los historiadores, no a los *Annales maximi* (cf. I 51, 100).

Y bien, lo que has escrito sobre Tiberio Graco, ¿acaso no da validez al proceder de augures y arúspices¹³⁶? Éste, tras instalar la tienda augural de manera indebida, a causa de una inadvertencia, ya que había traspasado la linde del pomerio sin contar con los auspicios, celebró los comicios para la elección de cónsules¹³⁷. Es un asunto conocido y del que tú mismo dejaste constancia. Pero Tiberio Graco, siendo él mismo augur, refrendó la autoridad de los auspicios mediante la confesión de su error, y se incrementó grandemente la autoridad del proceder de los arúspices, quienes, conducidos al senado nada más realizarse los comicios, dijeron que su convocante no había sido legítimo¹³⁸.

*La adivinación
natural*

Por tanto, estoy de acuerdo con quienes han dicho que hay dos tipos de adivinación, uno basado en el aprendizaje y otro que prescinde de él¹³⁹. Y es que hay aprendizaje en quienes, una vez han conocido los hechos pasados a través de la observación, indagan en los nuevos a través de una interpretación. Pero prescinden del aprendizaje quienes no intuyen el futuro a través del razonamiento y la interpretación, observando y anotando

¹³⁶ Cf. *Nat.* II 10-11; Tiberio Sempronio Graco — padre de los Gracos — fue cónsul en el 177 y en el 163; el suceso ocurrió durante su segundo consulado, compartido con Marco Juvencio Talna.

¹³⁷ El pomerio era el perímetro sagrado de la ciudad, e incluía también, en ocasiones, una porción del terreno exterior a la muralla; Graco lo cruzó por segunda vez sin haber vuelto a consultar los auspicios previamente, pese a lo que estaba prescrito; sobre el tema, en general, cf. A. MAGDELAIN, «Le pomerium archaïque et le mundus», *Revue des Études Latines* 54 [1976], 71-109.

¹³⁸ El *rogator comitorum* ('convocante') era el encargado de presidir los comicios para la elección de cónsules; al respecto cf., asimismo, II 74-75.

¹³⁹ Cf. I 11.

los signos, sino a través de una especie de turbación del espíritu, o de un impulso desinhibido y espontáneo, cosa que a menudo les acontece a los que sueñan, y, de vez en cuando, a quienes vaticinan bajo los efectos del delirio, como el beocio Bacis, el cretense Epiménides o la Sibila de Eritras¹⁴⁰. A este tipo de adivinación han de adscribirse también los oráculos; no los que se extraen mediante tablillas iguales¹⁴¹, sino aquellos que se emiten bajo la instigación y el soplo de la divinidad. Aun así, tampoco las tablillas deben despreciarse, propiamente, si cuentan además con el prestigio de la antigüedad, como es el caso de aquellas que, según tenemos entendido, surgieron de la tierra¹⁴². Creo, desde luego, que la inspiración divina puede hacer que su extracción resulte ajustada a un problema. Los intérpretes de todo esto — como los gramáticos lo son de los poetas — parece que se acercan al máximo a la capacidad adivinatoria de aquellos a quienes interpretan¹⁴³.

¹⁴⁰ Bacis (también llamado Pisítrato) fue un profeta inspirado por las ninfas, mencionado por Heródoto (VIII 20, 77) entre otros autores; Epiménides (c. 500) fue un profeta cretense, autor de una teogonía órfica y que procedió a purificar la ciudad de Atenas (cf. DIÓGENES LAERCIO, I 112; M. L. WEST, *The Orphic poems*, Oxford, 1998 [1983], págs. 45-53); la Sibila de Eritras (ciudad de origen beocio, situada en Jonia), cuyo nombre solía ser Herófila, era considerada digna de una especial estima (*praecipua et nobilis praeter ceteras*, según declara VARRÓN, *Antiq. rer. div.*, fr. 56b Cardauns; cf. I 4).

¹⁴¹ Es decir, preparadas y dispuestas de tal modo que las probabilidades eran las mismas en un sentido u otro, interviniendo tan sólo el azar en el resultado; cf., no obstante, S. TIMPANARO, págs. 31, 259-260, n. 128, quien traduce la expresión (*aequatis sortibus*) por 'sorti pareggiate'.

¹⁴² Cf. II 85-86; se hace referencia, probablemente, a las del oráculo de Fortuna en Preneste.

¹⁴³ El pasaje ofrece problemas textuales (cf. CHR. SCHÄUBLIN, «Weitere Bemerkungen zu Cicero, *De divinatione*», *Mus. Helv.* 46 (1989), 42-51, esp. 42-45; *divinam rationem*, por *divinationem*, propone este mismo

Por tanto, ¿qué resabio es ése de pretender echar por tierra, mediante engaños, cosas que están bien asentadas en su propia antigüedad? «No hallo su causa»; está oculta quizá, envuelta en la oscuridad de la naturaleza, porque la divinidad no quiso que yo supiera esas cosas, sino tan sólo que usara de ellas. Las usaré, por tanto, y no me dejaré convencer de que toda Etruria delira en cuanto a lo de las entrañas, de que esa misma gente se equivoca en cuanto a lo de los relámpagos, o de que interpreta los portentos de una manera falaz, siendo que los ruidos de la tierra, sus bramidos y sus movimientos han predicho con frecuencia a nuestro Estado — así como a las demás ciudades — muchas cosas serias y veraces¹⁴⁴.

Y bien, aquel parto de la mula, que es objeto de burla¹⁴⁵, ¿no predijeron los arúspices que constituía un increíble parto de males, porque había surgido un feto en el interior de una naturaleza estéril? Y bien, Tiberio Graco — hijo de Publio —, que fue cónsul por dos veces y censor, al tiempo que excelente augur, sabio varón y ciudadano de pro, al haberse capturado dos culebras en su casa¹⁴⁶, ¿no llamó a los arúspices, según dejó escrito su hijo Gayo Graco¹⁴⁷? Como

autor en su edición, pág. 42, tras el *divinitatem* de Hottinger [cf. I 1: *ad deorum vim*]). Acerca de los poetas y de su 'inspiración' divina, cf. I 80.

¹⁴⁴ Cf. LIVIO, XXIII 31, 13-15; PLINIO, VII 36.

¹⁴⁵ Cf. II 49, 61; son abundantes los testimonios antiguos referentes a la esterilidad de las mulas, consecuencia de su naturaleza híbrida (cruce de asno y yegua, por lo general; cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 154); su esporádica preñez se consideró portentosa desde muy temprano, convirtiéndose luego en proverbial (cf., por ejemplo, HERÓDOTO, III 151-153; SÜETONIO, *Galba* 4).

¹⁴⁶ Cf. II 62; la serpiente, dada su vinculación con el elemento telúrico, fue asociada frecuentemente con el mundo de la adivinación.

¹⁴⁷ Tribuno de la plebe en el 123 y en el 122.

éstos le respondieron que, si dejaba ir al macho ¹⁴⁸, había de morir su esposa en breve tiempo, mientras que, si dejaba ir a la hembra, había de morir él mismo, estimó que era más justo que él afrontase la muerte, a una edad apropiada, en lugar de la hija adolescente de Publio Africano ¹⁴⁹. Dejó ir a la hembra; él murió pocos días después.

19 Burlémonos de los arúspices, digamos que son unos falsarios y que carecen de todo fundamento, despreciemos a aquellos cuyo proceder refrendó tanto un hombre sumamente sabio como lo sucedido de hecho ¹⁵⁰, condenemos incluso a Babilonia ¹⁵¹ y a quienes, prestando atención a los signos celestes desde el Cáucaso ¹⁵², indagan con sus cálculos el curso de las estrellas, condenemos —digo— por su estupidez, por su falta de fundamento o por su desvergüenza a quienes —según dicen ellos mismos— hace cuatrocientos setenta mil años que recogen el testimonio de sus conocimientos ¹⁵³, juzguemos que mienten y que no temen en absoluto el juicio de los siglos venideros, del que ellos precisamente serán objeto.

37 «Ah, es que los bárbaros son unos engañadores y unos falsarios». ¿Acaso es que la historia griega nos ha mentado también? ¿Quién ignora lo que el pitio Apolo —para hablar sobre la adivinación natural— respondió a Creso, a los ate-

¹⁴⁸ Sacrificando, se entiende, al miembro de la pareja que seguía apreado; al respecto cf. II 62.

¹⁴⁹ Cornelia, segunda hija de Escipión Africano y madre de los Gracos.

¹⁵⁰ En referencia todavía al episodio anterior, protagonizado por Tiberio Sempronio Graco.

¹⁵¹ Cf. I 2, 93.

¹⁵² Más bien desde el Parapamiso (Hindu-Kush, Afganistán), denominado 'Cáucaso' por las tropas macedonias, según indica ARRIANO, *Anab.* V 5, 3 (cf. también *Tusc.* II 52).

¹⁵³ Cf. II 97; PLINIO, VII 193.

nienses, a los lacedemonios, a los tegeos, a los argivos o a los corintios¹⁵⁴? Crisipo reunió innumerables oráculos, y ni uno solo sin una autoridad fidedigna y de garantía¹⁵⁵. Los dejó al margen, puesto que te son conocidos. Defiendo tan sólo lo siguiente: aquel oráculo de Delfos nunca habría sido tan concurrido y tan famoso, ni habría sido colmado con tan grandes regalos, de todos los pueblos y reyes, si cada época no hubiera experimentado la veracidad de aquellos oráculos.

«Largo tiempo ha pasado sin hacer lo mismo». Por tanto, de la misma manera que hoy disfruta de menor gloria, porque destaca menos la veracidad de sus oráculos¹⁵⁶, así no habría disfrutado por entonces de una gloria tan grande, de no haber sido por su altísimo grado de veracidad. Por otra parte, puede haberse disipado, a causa del paso del tiempo, aquella fuerza telúrica que, con su soplo divino, excitaba la mente de la Pitia, como vemos que se han disipado y desecado algunos arroyos, o que se han desviado y vuelto hacia otro curso. Pero... ¡que haya sucedido como tú quieras, porque es una cuestión complicada¹⁵⁷! Quede en pie tan sólo lo que no puede negarse, salvo si trastocamos toda la historia: ese oráculo fue veraz durante muchos siglos.

Pero dejemos a un lado los oráculos y vayamos a los sueños. Cuando Crisipo discute sobre ellos, reuniendo muchos y de poca monta, hace lo mismo que Antípatro¹⁵⁸, pues

¹⁵⁴ Cf. HERÓDOTO, I 46-55, 85, 90-91; V 89, VII 140-142, 189; I 66-67, VII 220, VIII 114; I 66-67; VII 148 y V 92, respectivamente.

¹⁵⁵ *SVF* II 1214; cf. I 6, II 115.

¹⁵⁶ Cf. II 117; la decadencia del oráculo fue progresiva; experimentó una ligera recuperación en tiempos de Trajano, Hadriano y Juliano, pero fue clausurado, definitivamente, por Teodosio.

¹⁵⁷ Diversas explicaciones se recogen en A. S. PEASE, *Div.*, págs. 160-161; en cualquier caso, no parece que se produjeran nunca emanaciones terrestres en Delfos (cf. I 79, 115), según la evidencia arqueológica.

¹⁵⁸ Cf. *SVF* II 1199; III Ant. 41.

investiga sueños que —explicados mediante la interpretación de Antifonte— manifiestan, desde luego, agudeza del intérprete, pero se debería haber recurrido a ejemplos de mayor grandiosidad¹⁵⁹. La madre de Dionisio, del que fue tirano de los siracusanos, cuando estaba embarazada y albergaba a éste en su vientre, soñó —según se halla escrito en la obra de Filisto, hombre docto y concienzudo, coetáneo de aquellos tiempos¹⁶⁰— que paría un pequeño sátiro¹⁶¹. Los intérpretes de portentos, que por entonces se denominaban en Sicilia ‘galeotes’¹⁶², le respondieron —según afirma Filisto— que aquel al que ella iba a parir sería el hombre más famoso de Grecia, y que gozaría de una suerte ininterrumpida.

40 ¿Y si te hago reparar en los dichos de los poetas, sean nuestros o sean griegos? Porque también en la obra de Enio cuenta aquella vestal¹⁶³:

¹⁵⁹ Se alude al sofista Antifonte (s. v), autor de un *Peri kríseōs oneírōn*; al filósofo Antípatro, posterior a Crisipo, se hace referencia, asimismo, en I 6.

¹⁶⁰ Cf. I 73; *Nat.* III 81-84; *Tusc.* V 57-63; Dionisio I, nacido c. 430, comenzó a reinar en torno al año 406 y murió en el 367; Filisto (c. 430-356) fue colaborador del tirano hasta que, caído en desgracia, hubo de exiliarse, regresando a la corte bajo el reinado de Dionisio II; fue autor de una *Historia de Sicilia* de la que tan sólo se conservan fragmentos.

¹⁶¹ Los sueños de mujeres embarazadas referidos a los hijos por nacer fueron objeto de gran atención durante toda la antigüedad (cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 163).

¹⁶² Corporación de adivinos, así llamados por su utilización del lagarto (gr. *galeótēs*) con fines mánticos.

¹⁶³ Cf. *Ann.*, frags. 34-42, 43-50 Sk.; la vestal aludida es Ilia (luego Rea Silvia), hija de Eneas y de su segunda esposa —Lavinia, hija de Latino, rey de Alba Longa— en la tradición de Enio; tras concebir de Marte a Rómulo y Remo, fue arrojada al Tiber por Amulio, casándose luego con el dios del río Anio (o Anieno), su salvador; Ilia relata el sueño a su hermanastra (pese al redundante *germana soror* mediante el que luego se

Y, cuando la apurada anciana acercó una luz entre sus miembros
 [bros temblorosos¹⁶⁴,
 entonces, espantada de tal sueño¹⁶⁵, recuerda entre lágrimas
 [mas cosas como éstas:
 «Nacida de Eurídice, aquella a quien amó nuestro padre,
 las fuerzas y la vida abandonan ahora todo mi cuerpo.
 Pues he visto cómo un hombre hermoso me arrebataba¹⁶⁶, a
 [través de amenos saucedales,
 a través de orillas y lugares desconocidos; y, después, sola
 me parecía andar errante, hermana y vástago de mi padre,
 y que lentamente seguía tus huellas, te buscaba y no podía
 hacerme contigo¹⁶⁷; ninguna senda afianzaba mi paso.

alude a ella), hija de una primera mujer troyana de Eneas (Eurídice, Creusa en Virgilio); al respecto cf. N. KREVANS, «Ilia's dream: Ennius, Virgil and the mythologie of seduction», *Harvard Studies in Classical Philology* 95 (1993), 257-271. Relatos oníricos similares, entre hermanas confidentes, se documentan por ejemplo en APOLONIO RODIO, III 636-644; VIRGILIO, *Eneida* IV 9-29.

¹⁶⁴ En referencia, probablemente, a una sirvienta de avanzada edad, nodriza acaso de Ilia, que es quien asiste aquí, con los tembleques propios de una anciana, a su ama sobresaltada (cf. VIRGILIO, *Eneida* IV 641); no es verosímil que acuda, para tan modesto menester, la *Virgo Vestalis Maxima*, como bien sugiere O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 196, ni que la anciana sea la propia hermanastra de Ilia, una posibilidad que señala S. TIMPANARO, pág. 264, n. 145. Sobre la posible interpretación preposicional de *cum*, cf. O. SKUTSCH, *ib.*, pág. 195.

¹⁶⁵ Es decir, despertada a consecuencia de sus propios gritos, según entiende O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 196.

¹⁶⁶ En alusión a Marte (*homo pulcher*; el mismo adjetivo — atributo característico de la divinidad: cf. *Nat.* I 79 — se aplica a Rómulo en *Ann.*, frag. 75 Sk.).

¹⁶⁷ El texto presenta la difícil expresión *corde capessere*, donde el sustantivo ha de entenderse como instrumental; acerca de los posibles significados del pasaje véase B. VINE, «*Corde capessere* (Ennius, *Ann.* 42 Sk)», *Glotta* 67 (1989), 123-126, quien propone leer *colla capessere* (cf. HOMERO, *Od.* XI 206-209; VIRGILIO, *Eneida* II 793). La soledad y la búsqueda son elementos carac-

- 41 *A continuación me parece oír la voz de nuestro padre*¹⁶⁸, *que*
[se dirige a mí
con estas palabras: 'Oh hija, antes has de pasar fatigas;
*después la fortuna surgirá del río'*¹⁶⁹.
Cuando así hubo hablado nuestro padre, hermana, retroce-
[dió de repente
y no se entregó a mi vista el deseado de mi corazón,
aunque yo tendía las manos, una y otra vez, hacia las cerú-
[leas regiones del cielo,
entre lágrimas, y con voz lisonjera lo invocaba.
Fue entonces cuando, con el corazón afligido, me dejó el
*[sueño»*¹⁷⁰.

- 21 42 Esto lo ha ideado un poeta, pero, aun así, no se aparta de lo que es habitual en los sueños. Sea también una absoluta fantasía aquella por la que se vio turbado Príamo, ya que¹⁷¹

terísticos en escenas oníricas como la que aquí se describe (cf., por ejemplo, I 59 [*in locis solis errares*]; VIRGILIO, *Eneida* IV 466-468).

¹⁶⁸ Es decir, Eneas.

¹⁶⁹ Cf. ENIO, *Ann.*, frags. 26, 60 Sk.

¹⁷⁰ A propósito de este pasaje, cf. O. SKUTSCH, *Annals*, págs. 195, 201-202.

¹⁷¹ Sigue un pasaje en senarios yámbicos, atribuido tradicionalmente al *Alexander* de Enio (frags. 50-61 J), en el que se alude al nacimiento de París (cf. I 66-67); esta obra es citada a menudo por Cicerón (acerca de su posible reconstrucción, cf. H. J. METTE, «Die Römische Tragödie und die Neufunde zur Griechischen Tragödie (insbesondere für die Jahre 1945-1964)», *Lustrum* 9 (1964), 5-211, esp. 69-72, y, recientemente, S. TIMPANARO, «Dall'*Alexandros* di Euripide all'*Alexander* di Ennio», *RFIC* 124 (1996), 5-70). Se ha intentado atribuir el parlamento que sigue a varios personajes (Casandra, Afrodita / Venus, Nice / Victoria, etc.); podría ser Afrodita quien habla (según entiende S. TIMPANARO, *ib.*, pág. 10, que aduce en defensa de esta propuesta el prólogo del *Hipólito* de Eurípides; no obstante, el tono del parlamento sugiere la posibilidad de que se trate más bien de un personaje de naturaleza mortal).

a la madre encinta, a Hécuba, le pareció en sueños
que paría una ardiente antorcha; ante lo cual¹⁷² el padre,
el propio rey Príamo, con la mente transida de miedo ante
y poseído de anhelantes inquietudes, [el sueño
procedía al sacrificio de baladoras víctimas.

Requiere entonces pronóstico, en busca de paz,
rogando a Apolo se le muestre

hacia dónde apuntan tamaños sueños proféticos.

Fue cuando desde su oráculo, con voz divina, le reveló Apolo
que había de abstenerse de alzar al niño

que, a partir de entonces, naciera primero de Príamo¹⁷³:

él era la destrucción de Troya, la ruina de Pérgamo¹⁷⁴.

Sean éstos, como dije, sueños patrañeros, y añádase a 43
ellos también el sueño de Eneas, que aparece en los anales
griegos de nuestro Fabio Píctor en tales términos, que,
cuanto Eneas realizó y cuanto le ocurrió, no fue sino aquello
que había visto mientras reposaba¹⁷⁵.

Pero veamos ejemplos más próximos. ¿Cómo fue el 22
sueño de Tarquinio el Soberbio, sobre el que habla el propio
Tarquinio en el *Bruto* de Acio¹⁷⁶?

¹⁷² Cf. S. TIMPANARO, pág. 37, así como A. S. PEASE, *Div.*, pág. 168;
CHR. SCHÄUBLIN, pág. 48.

¹⁷³ Debía, por tanto, abstenerse de tomar al niño en alto (*tollere*), se-
ñal de que se reconocía como propio y de que se tenía la intención de
criarlo; Príamo optó finalmente por exponer al pequeño Paris en el monte
Ida.

¹⁷⁴ Una profecía similar se documenta en EURÍPIDES, *Andr.* 297-298.

¹⁷⁵ Quinto Fabio Píctor, senador —probablemente decenviro— e
historiador del siglo III (*RE* 126), expuso la historia de Roma, en griego,
desde sus orígenes hasta la segunda guerra púnica (cf. I 55).

¹⁷⁶ Cf. ACIO, *Brutus*, frags. 651-662 D; era una *fabula praetexta*, es
decir, de tema romano (Lucio Junio Bruto y la creación de la república
tras la caída de la *gens Tarquinia*), género al que también pertenecían sus

44 *Ya que entregué al reposo mi cuerpo, al sobrevenir la noche,
relajando entre el sopor mis extenuados miembros,
vi en sueños que un pastor conducía hacia mí
un rebaño lanudo de eximia hermosura;
de él se elegían dos carneros de la misma sangre,
y yo inmolaba al más lustroso de los dos;
forcejeaba entonces su hermano con los cuernos,
arremetía contra mí y me derribaba del golpe;
a continuación, postrado en tierra, gravemente lastimado,
boca arriba tumbado contemplaba en el cielo
un grandísimo y extraordinario fenómeno: que el radiante
[globo en llamas del sol
se desvanecía por la derecha, en insólito curso¹⁷⁷.*

45 Veamos, por tanto, cuál es la interpretación que los pronosticadores hicieron de este sueño¹⁷⁸:

*Rey, lo que los hombres alcanzan en la vida, lo que piensan,
[procuran y ven,
lo que hacen y persiguen despiertos, no hay que admirarse
[si se le presenta a uno*

Aeneadae (sive Decius). Acerca del episodio relatado a continuación (cf. LIVIO, I 56-60) y de sus interpretaciones, cf. W. FAUTH, «Der Traum des Tarquinius. Spuren einer etruskisch-mediterranen Widder-Sonnensymbolik bei Accius (fr. 212 D)», *Latomus* 35 (1976), 469-503; A. MASTRO-CINQUE, «La cacciata di Tarquinio il Superbo. Tradizione romana e letteratura greca», *Athenaeum* 61 (1983), 457-480, y 62 (1984), 210-229; CH. GUITTARD, «Le songe de Tarquin (Accius, *Brutus*, fr. I-II Klotz)», *Caesarodunum*, Suppl. 54 (1986), 47-97.

¹⁷⁷ Existía la creencia de que los eclipses —signos de mal omen por lo general— solían anunciar una muerte próxima de los gobernantes.

¹⁷⁸ Cf. ACIO, *Brutus*, frags. 663-672 D.

durante el sueño¹⁷⁹; los dioses no ofrecen una cosa así a la
 [ligera y sin motivo¹⁸⁰.
 Por tanto, mira que aquel a quien tú consideras dócil como
 [el ganado
 no saque de entre la grey un pecho provisto de sabiduría
 y te expulse del reino; pues lo que respecto al sol se te ha
 [mostrado

¹⁷⁹ Cf. II 128, 139-140; el tema está en la base del *De insomniis* aristotélico (cf. ARISTÓTELES, *Insomn.* 461a17-23; *Div. somn.* 463a21-30; *Probl.* 957a21-25); la racionalización de los procesos oníricos que se insinúa en este pasaje (de modo que pasan a concebirse como una mera reminiscencia de las actividades realizadas por el sujeto durante la vigilia) cuenta con abundantes precedentes en la literatura antigua: cf., por ejemplo, ESQUILO, *Prom.* 485-486; SÓFOCLES, *Edipo Rey* 981-982; HERÓDOTO, VII 16; y, entre los presocráticos, JENÓFANES, frag. 21 A 51 DK; HERÁCLITO, frag. 22 B 89 DK; ALCMEÓN, frag. 24 A 18 DK; EMPÉDOCLES, frag. 31 B 108 DK; ANAXÁGORAS, frag. 59 A 103 DK; LEUCIPO, frag. 67 A 34 DK; DEMÓCRITO, frag. 68 A 136 DK; la cuestión se recoge, asimismo, en el *Peri dialtēs* hipocrático (libro IV). Entre las reflexiones posteriores a la del estagirita —quien, en cualquier caso, no descartaba radicalmente, a la vista de la experiencia, la posibilidad de que determinados sueños fueran significativos (*Div. somn.* 462b14-17)— destaca la del médico Herófilo. Sobre el tratamiento de esta cuestión en la obra ciceroniana, en general, cf. J. KANY-TURPIN, P. PELLEGRIN, «Cicero and the Aristotelian theory of divination by dreams», en W. W. FORTENBAUGH, P. STEINMETZ (eds.), págs. 220-245, quienes consideran probable que el autor no conociese directamente el *De div. per somnum* aristotélico, o que, caso de conocerlo, no desease utilizarlo (pág. 241); acerca de esta cuestión véanse, sin embargo, las contribuciones de PH. J. VAN DER EIJK, «Aristotelian elements in Cicero's *De divinatione*», *Philologus* 137 (1993), 223-231, Aristoteles. *De insomniis. De divinatione per somnum*, üb. und. erl. von..., Berlín, 1994, págs. 60-61, n. 43. Sobre la relación entre vigilia y sueño en los autores latinos puede consultarse, por ejemplo, TERENCIO, *Andr.* 971-972; LUCRECIO, IV 962-1036; PLINIO, X 211-212, y, en el caso del propio Cicerón, *Rep.* VI 10.

¹⁸⁰ Cf., no obstante, S. TIMPANARO, págs. 38, 267-268, quien propone leer *sed in re tanta haud temere visa se offerunt*.

*anuncia que está muy próximo un cambio de situación para
[el pueblo]¹⁸¹;
hecho que en bien del pueblo redunde, pues el que de iz-
[quierda a derecha
el astro omnipotente haya tomado su curso
ha augurado con extremada belleza que el Estado romano
[será el más alto.*

23 46 Venga, volvamos ahora con lo de fuera. Escribe Heraclides Pónico, docto varón, oyente y discípulo de Platón¹⁸², que a la madre de Fálaris le pareció ver en sueños las imágenes divinas que ella, precisamente, había consagrado en su casa. De entre éstas, la de Mercurio parecía derramar sangre de la copa que sostenía en su mano derecha. Cuando la sangre tocó la tierra, pareció bullir de tal manera que la casa entera se inundaba en ella. La desmesurada crueldad del hijo refrendó este sueño de su madre¹⁸³. ¿Qué voy yo a referir de aquello que —según los libros persas de Dinón¹⁸⁴— le interpretaron los magos al famoso y eminente

¹⁸¹ Es decir, el final de la monarquía y el consiguiente paso a la república, auspiciado por Bruto, dócil sólo en apariencia. Según J. DANGEL, pág. 374, se trata de una leyenda que arranca del s. II, probablemente de Fabio Píctor, según la cual Servio Tulio estaba del lado de los *humiles*, como símbolo del *basileús*, mientras que Tarquinio el Soberbio era prototipo del tirano (acerca de esta cuestión cf. J. C. RICHARD, «Recherches sur l'interprétation populaire de la figure du roi Servius Tullius», *RPh* 61 [1987], 205-225; B. LIOU-GILLE, «La consécration du Champ de Mars et la consécration du domaine de Cicéron. L'histoire et la religion au service de la politique», *Mus. Helv.* 55 [1998], 37-59).

¹⁸² También parece haber sido discípulo de Aristóteles, cuando éste todavía pertenecía a la Academia.

¹⁸³ La crueldad de Fálaris, tirano de Agrigento del s. VI, se hizo proverbial (cf. II *Verr.* V 145; *Rep.* I 44; *Sobre los deberes* III 29).

¹⁸⁴ Historiador griego natural de Colofón (s. IV), autor de una *Historia de Persia*.

Ciro? Resulta que le pareció, mientras dormía, que el sol se hallaba a sus pies; según escribe Dinón, en vano intentó asirlo con sus manos por tres veces, dado que el sol, dando un giro, se marchaba alejándose. Los magos —un grupo de sabios doctores, considerados como tales entre los persas¹⁸⁵— le dijeron que mediante el triple intento de asir el sol se anunciaba que Ciro reinaría durante treinta años, como así aconteció, pues llegó al septuagésimo, habiendo comenzado a reinar a los cuarenta años de su nacimiento¹⁸⁶.

También entre las gentes bárbaras existe, sin duda, 47 cierta capacidad de intuir y adivinar¹⁸⁷, si es cierto que, al afrontar la muerte el indio Calano, cuando se aproximaba a la pira ardiente, dijo: «Oh preclaro alejarme de la vida, siendo que, una vez quemado mi cuerpo mortal —como le aconteció a Hércules¹⁸⁸—, podrá salir mi espíritu a la luz». Y, cuando Alejandro le pidió que dijese si quería algo, le respondió: «Así está bien¹⁸⁹: te veré muy pronto», como así

¹⁸⁵ Su reputación como intérpretes de sueños era muy grande (cf. HERÓDOTO, I 107-108, 120; S. MONTERO, *Diccionario de adivinos, magos y astrólogos de la antigüedad*, Madrid, 1997, págs. 19-24).

¹⁸⁶ Cf. HERÓDOTO, I 214; Ciro el Viejo, fundador del imperio persa aqueménida, reinó entre el 559 y el 530 (529 según algunas fuentes). Respecto a la engañosa magnitud del sol cf. *Luc.* 82; *Del supremo bien y del supremo mal* I 20; LUCRECIO, V 564-591; HERÁCLITO, frag. 22 B 3 DK (*eûros podòs anthròpeiou*), ARISTÓTELES, *Insomn.* 460b18-20.

¹⁸⁷ Se introduce aquí una breve digresión, motivada, probablemente, por el colorido oriental del relato anterior. El gimnosofista Calano se unió en la India al ejército de Alejandro Magno; al enfermar, expresó su deseo de ser quemado vivo, de acuerdo con la costumbre que practicaban los miembros de su secta (cf. *Tusc.* II 52, V 77).

¹⁸⁸ Con los míticos trabajos de este héroe solía comparar Alejandro los suyos propios; Heracles se hizo quemar vivo sobre la cima del monte Eta.

¹⁸⁹ Lat. *optume*; es decir, 'no, gracias' (cf. S. TIMPANARO, págs. 269-270, n. 158; cf. *Nat.* III 5, 20). La liberalidad atribuida aquí por Cicerón a

aconteció, pues pocos días después Alejandro murió en Babilonia. Me aparto por un instante de los sueños, con los que volveré enseguida. Nos consta que, aquella misma noche en que se incendió el templo de Diana en Éfeso, nació de Olimpiade Alejandro, y que, cuando comenzó a amanecer, los magos clamaron que la ruina y perdición de Asia había nacido durante la noche anterior¹⁹⁰.

24 48 Hasta aquí sobre indios y magos. Regresemos a los sueños. Celio¹⁹¹ escribe que Aníbal, como quería sustraer la columna de oro que estaba en el templete de Juno Lacinia¹⁹² y dudaba de si era maciza o bañada por fuera, hizo que la perforasen, y, al encontrarse con que era maciza, ordenó retirarla. Mientras reposaba, le pareció que Juno le advertía que no lo hiciese, y que le amenazaba con que, caso de hacerlo, ella misma se encargaría de que también perdiera el ojo con el que podía ver bien¹⁹³. Y, como hombre agudo

Alejandro está en consonancia con la imagen que el orador parece haber tenido de la extremada generosidad — *largitio*, recurso característico de los *populares* — de la que hacía gala el hijo de Filipo (cf. *Sobre los deberes* II 53-54; A. GRILLI, «Una conclusiones», en E. FALQUE, F. GASCÓ [eds.], *Graecia capta. De la conquista de Grecia a la helenización de Roma*, Huelva, 1995, págs. 233-239, esp. 236; acerca de la imagen de Alejandro en el ámbito romano y de su interpretación histórica, en general, cf. A. GUZMÁN, «Alejandro y Roma», *ib.*, págs. 11-27).

¹⁹⁰ Cf. *Nat.* II 69; Alejandro nació en el 356 y murió el 13 de junio del 323.

¹⁹¹ Se alude a Lucio Celio Antípatero, historiador y jurista; fue autor, a fines del s. II, de una destacable historia de la segunda guerra púnica (en general, cf. W. HERRMANN, *Die Historien des Coelius Antipater. Fragmente und Kommentar*, Meisenheim am Glan, 1979).

¹⁹² En las proximidades de Crotona, sobre el *promunturium Lacinium*; el suceso aquí narrado debió de producirse en el año 205 (cf. CELIO, frag. 40 Herrmann).

¹⁹³ Es decir, el izquierdo, ya que el derecho lo había perdido en Etruria, en el 217, a causa de una enfermedad.

que era, no lo pasó por alto; así que él se encargó de que se hiciese una vaquita con el oro que se había extraído, e hizo que la colocasen sobre lo más alto de la columna¹⁹⁴.

En la historia que escribió en griego Sileno —al cual si-
gue Celio, y que, por lo demás, investigó de manera muy
concienzuda las hazañas de Aníbal¹⁹⁵— se encuentra, asi-
mismo, lo que sigue: cuando había tomado Sagunto, a Aní-
bal le pareció en sueños que Júpiter le convocaba a la asam-
blea de los dioses¹⁹⁶. Cuando llegó a ella, Júpiter le mandó
que extendiese la guerra a Italia, y se le dio como guía a un
miembro de la asamblea¹⁹⁷, a quien él recurrió para iniciar
el avance con su ejército. Aquel guía le recomendó entonces
que no se volviese para mirar¹⁹⁸, pero él no pudo evitarlo
por mucho tiempo y, llevado por su ansia, se volvió. Vio
entonces una bestia enorme y salvaje, rodeada de serpientes,
que, por donde quiera que pasaba, destrozaba toda arboleda,
matorral o guarida. Él, admirado, preguntó al dios qué era
semejante monstruo; el dios le respondió que era la devasta-

¹⁹⁴ Este animal era asociado frecuentemente con Hera, que recibía por ello el epíteto de *boôpis* ('la de ojos bovinos'; cf., por ejemplo, HOMERO, *Il.* I 551).

¹⁹⁵ Sileno fue un historiador griego, natural de Sicilia, que acompañó a Aníbal en sus campañas (cf. CELIO, frag. 12 Herrmann).

¹⁹⁶ En el año 219, por tanto. El episodio narrado a continuación también es referido por LIVIO, XXI 22, con ciertas variaciones de detalle y con una interpretación también algo distinta (al respecto cf. CHR. PELLING, «Tragicall dreamer: some dreams in the Roman historians», *Greece & Rome* 44 (1997), 197-213). Acerca del *concilium deorum*, cf. I 17, *Nat.* I 18.

¹⁹⁷ A Mercurio, según apunta SILIO ITALICO III 168-169 (*Cyllenius*); S. TIMPANARO, pág. 271, sugiere, sin embargo, que podría tratarse más bien de Hércules divinizado.

¹⁹⁸ Prohibición de carácter ritual, muy frecuente en toda clase de relatos míticos y folclóricos.

ción de Italia, y le recomendó que siguiera adelante sin preocuparse de qué ocurría por detrás, a sus espaldas.

50 En la historia de Agatocles¹⁹⁹ se escribe que, cuando el cartaginés Amílcar asediaba Siracusa, le pareció oír una voz, según la cual iba a cenar al día siguiente en Siracusa. Y resulta que, al despuntar el día, se produjo en su campamento una gran trifulca entre los soldados púnicos y los sículos. Cuando los siracusanos se percataron de esto, irrumpieron de improviso en el campamento y capturaron vivo a Amílcar. Así fue como lo ocurrido refrendó el sueño. La historia está llena de ejemplos, como repleta lo está la vida corriente.

51 Mas, por cierto²⁰⁰: fue aquel famoso Publio Decio —hijo de Quinto, y el primero de los Decios en llegar a cónsul— quien, siendo tribuno militar bajo el consulado de Marco Valerio y de Aulo Cornelio²⁰¹, cuando nuestro ejército era atacado por los samnitas y él afrontaba los peligros del combate con gran audacia, dijo —según figura en los anales²⁰²—, al aconsejársele que fuera más cauto, que había visto en sueños cómo caía entre la mayor de las glorias, mientras se revolvía en medio de los enemigos. En esa ocasión, liberó al ejército del asedio, saliendo, además, indemne. Pero, tres años después, cuando era cónsul, se ofreció en sacrificio e irrumpió armado contra la formación de los latinos, que fueron doblegados y exterminados de resultas de su

¹⁹⁹ Se trata del historiador de Cícico del s. III, según estima S. TIMPANARO, pág. 272; el hecho mencionado a continuación sucedió en el año 309 (cf. DIODORO, XX 29, 3; 30, 2).

²⁰⁰ La contraposición permite al autor introducir un ejemplo que no se inserta, propiamente, dentro de la 'vida corriente' (*vita communis*; cf. I 50, 86), según observa S. TIMPANARO, pág. 272, n. 164.

²⁰¹ En el año 343.

²⁰² Cf. I 33.

acción²⁰³. Su muerte fue tan gloriosa que su hijo anhelaba una igual²⁰⁴.

Pero vayamos ahora, si te parece bien, con los sueños de los filósofos²⁰⁵.

En la obra de Platón aparece Sócrates, quien, cuando estaba en la cárcel de la ciudad, le dijo a su íntimo amigo Critón que él, Sócrates, había de morir tres días después²⁰⁶; que había visto en sueños a una hembra de eximia hermosura que, llamándolo por su nombre, le decía cierto verso homérico de este tenor:

*la tercera jornada de calma te hará llegar a Ptía*²⁰⁷.

²⁰³ Acerca del rito de la *devotio*, de las fuentes al respecto y de sus circunstancias históricas cf. *Nat.* II 10, III 15, así como A. S. PEASE, *Div.*, págs. 184-185; el sueño del cónsul Decio (*Mus*) ha de situarse en el año 343, su muerte en el 340 (cf. S. TIMPANARO, pág. 272, n. 164). Sobre los posibles significados de este tipo de consagraciones en la antigüedad puede consultarse H. S. VERSNEL, «Self-sacrifice, compensation and the anonymous gods», en J. RUDHARDT, O. REVERDIN (eds.), *Le sacrifice dans l'antiquité*, *Entretiens sur l'antiquité classique* 27, Ginebra, 1980, págs. 135-194; S. P. OAKLEY, *A commentary on Livy, books VI-X, vol. II: books VII-VIII*, Oxford, 1998, págs. 477-486.

²⁰⁴ Éste se consagró mediante la *devotio*, según la tradición, en la batalla de Sentino (Umbría), durante la tercera guerra samnita (295; cf. *Livio*, X 28, 12-18); acerca del hijo de este Decio (cons. 279), cf. *Del supremo bien y del supremo mal* II 61; *Tusc.* I 89.

²⁰⁵ Esta sección se desarrolla en los párrafos 52-54.

²⁰⁶ Cf. *Critón* 44ab.

²⁰⁷ Traducción aproximada, probablemente ciceroniana (frag. 27 Bl., 5 Soub.), de *Il.* IX 363. El texto difiere un tanto en la cita de CALCIDIO, *In Plat. Tim.* 254 (287, pág. 263 Waszink): *tertia* [v. l. *terna*] *luce petes Phthiae praefertilis arva*; el topónimo Ptía se asociaba, quizá, con el verbo gr. *phthinein*, 'morir': cf. A. TRAINA, «Per l'interpretazione di un verso ciceroniano (26 Mor.)», *Vortit barbare*, págs. 91-99 [= *Ciceroniana* I, fase. 2 (1961) [1959], 78-82].

Según está escrito, esto aconteció tal y como se había dicho²⁰⁸. El socrático Jenofonte (¡qué varón tan capaz!) escribe los sueños que él mismo tuvo durante la campaña que realizó al lado de Ciro el Menor. Los correspondientes sucesos se produjeron, posteriormente, de una manera admirable²⁰⁹.

53 ¿Vamos a decir que Jenofonte miente, o que desvaría? Y bien, ¿acaso se equivoca el propio Aristóteles, varón de singular y casi divino talento, o es que pretende que otros lo hagan²¹⁰? Pues escribe que el chipriota Eudemo, su íntimo amigo, de viaje a Macedonia, llegó a Ferres, que era una ciudad de Tesalia muy noble por entonces, pero que estaba sometida por el tirano Alejandro bajo una cruel represión. Pues bien, en esa población cayó Eudemo tan gravemente enfermo que todos los médicos lo desahuciaban. Cuando estaba reposando, le pareció que un joven de semblante nada común le decía lo que iba a ocurrir: se restablecería en muy breve tiempo y, a los pocos días, moriría el tirano Ale-

²⁰⁸ Se alude a una fuente desconocida, que recoge, posteriormente, DIÓGENES LAERCIO, II 35 (donde Sócrates relata su sueño a Esquines).

²⁰⁹ Cf. *Anab.* III 1, 11-13; IV 3, 8.

²¹⁰ Cf. *Eúdēmos è Perì psychhês*, frag. 1 Ross, O. GIGON, *Aristotelis opera*, III, n.º 56, págs. 287-288; acerca de este fragmento y de su inserción en el comienzo de la producción aristotélica, hondamente influenciada por Platón (cf., por ejemplo, *Critón* 44ab), cf. E. SUÁREZ DE LA TORRE, «El sueño y la fenomenología onírica en Aristóteles», *Cuadernos de Filología Clásica* 5 (1973), 279-311; PH. J. VAN DER EIJK, *Aristoteles. De insomniis. De divinatione per somnum*, üb. und. erl. von..., Berlín, 1994, págs. 91-92. Acerca de la posible utilización interesada de las teorías aristotélicas por parte de los estoicos, cf. L. REPICI, «Aristotele, gli stoici e il libro dei sogni nel *De divinatione* di Cicerone», *Atti della Accademia delle Scienze di Torino, II: Classe di scienze morali, storiche e filologiche*, 125 (1991), 93-126. La concepción aristotélica del sueño más evolucionada —según se expone, sobre todo, en el *De insomniis*— se halla reflejada en II 128.

jandro²¹¹, mientras que él, Eudemo, regresaría a casa cinco años después. Y escribe Aristóteles que lo primero sucedió enseguida, y ciertamente así: Eudemo se restableció y el tirano fue asesinado por los hermanos de su esposa. Pero, pasados cinco años, cuando se esperaba —de acuerdo con aquel sueño— que regresara de Sicilia a Chipre, cayó mientras combatía junto a Siracusa. Por lo que aquel sueño se interpretó como que, aparentemente, el espíritu de Eudemo sólo había podido regresar a su casa al abandonar el cuerpo²¹².

Incluyamos entre los filósofos a un hombre doctísimo, 54 un poeta ciertamente divino, Sófocles²¹³. Éste, cuando fue sustraída la pesada pátera de oro del santuario de Hércules, vio en sueños cómo el propio dios le decía quién lo había hecho. Él no prestó atención al sueño la primera vez, y tampoco la segunda. Como el mismo sueño se hacía más recurrente, subió al Areópago y denunció el asunto²¹⁴. Los areopagitas ordenan prender a aquel a quien Sófocles había nombrado. Tras someterlo a un interrogatorio, éste confesó

²¹¹ En el año 359; cf. *Sobre los deberes* II 25-26; JENOFONTE, *Hellen.* VI 4, 35.

²¹² La idea de que el cuerpo (*sôma*) es tumba (*sêma*) del espíritu se recrea en varios lugares platónicos (cf., por ejemplo, *Fedro* 250c; *Gorg.* 493a y, sobre todo, *Crat.* 400bc, donde se remite para esta doctrina a los órficos; cf., asimismo, JENOFONTE, *Cyrop.* VIII 7, 20-21, donde se indica que el alma, una vez libre, es ya capaz de prever el futuro; en un sentido similar cf. HOMERO, *Il.* XXIII 62-107, PÍNDARO, frag. 131b Snell - Maehler).

²¹³ La misma estima hacia Sófocles —trágico griego predilecto de Cicerón— se manifiesta en *Or.* 4; el relato se recoge, con diferentes matices, en la *Vit. Soph.* 12 (donde se alude a una corona de oro).

²¹⁴ Se trata de la colina sobre la que el dios Ares fue procesado por los demás dioses, acusado de homicidio; los areopagitas constituían una asamblea encargada de juzgar delitos de sangre y de impiedad.

y restituyó la pátera. A raíz de este hecho, aquel templete fue denominado 'de Hércules Delator'²¹⁵.

26 55 Pero ¿para qué seguir con aquello de los griegos? No sé por qué, pero me gusta más lo nuestro. Todos los historiadores —los Fabios, los Gelios²¹⁶ y, muy recientemente, Celio²¹⁷— relatan lo siguiente: cuando, durante la guerra latina, se estaban celebrando por vez primera los juegos votivos máximos, la ciudad fue llamada a las armas de repente, de modo que, por haberse interrumpido los juegos, se organizaron unos 'juegos reinstaurados'²¹⁸. Antes de que éstos se celebrasen, cuando el pueblo ya estaba sentado, un esclavo fue conducido por el circo portando el yugo²¹⁹, al tiempo que era azotado mediante unas vergas. Después de esto, un campesino romano vio, mientras dormía, cómo alguien se acercaba a él para decirle que no le había agradado el primer

²¹⁵ *Hercules Index* (gr. *Hēraklēs mēnytēs*, según la *Vit. Soph.* 12), es decir, 'Acusador', 'Delator'.

²¹⁶ Plural generalizante, en alusión a Quinto Fabio Píctor (cf. I 43) y a Gneo Gelio (f. s. II; autor de unos *Annales* que comprendían, al menos, treinta libros).

²¹⁷ Nueva alusión a Celio Antípatro (cf. CELIO, frag. 56 Herrmann). La historia narrada (cf. II 136) se documenta también en LIVIO, II 36, quien da como nombre del plebeyo que tuvo los sueños el de Tito Latinio (año 491; cf., no obstante, MACROBIO, *Sat.* I 11, 3, donde se apunta el año 280).

²¹⁸ Como era preceptivo cada vez que había de cancelarse una celebración de carácter ritual. La guerra latina a la que se alude es, probablemente, la que se saldó con la victoria romana del lago Regilo en torno al año 496 (cf. *Nat.* II 6).

²¹⁹ Por el Circo Máximo, se entiende; la horca o yugo (*furca*) era una pieza de madera que formaba un ángulo, a cuyo vértice se ataba la cabeza del condenado, mientras que los brazos de éste se sujetaban a los dos maderos laterales.

danzarín de los juegos²²⁰, ordenándole, asimismo, que anunciase esto al senado. Él no se atrevió a hacerlo. Se produjo por segunda vez la misma orden, así como la advertencia de que no quisiera poner a prueba el poder de quien le estaba advirtiendo. Ni siquiera entonces se atrevió. Después de esto murió su hijo, y, en sueños, se produjo la misma admonición por tercera vez. Él entonces, empezando a sentirse también débil, denunció el suceso ante sus amigos, por decisión de los cuales fue llevado al tribunal en parihuelas, y, nada más contar su sueño al senado, volvió a casa sano y salvo, por su propio pie. Y consta que fue así, una vez re-frendado el sueño por el senado, como aquellos juegos se reinstauraron una vez más²²¹.

Por cierto, Gayo Graco contó a muchas personas — según se halla escrito en la obra de ese mismo Celio²²²— que, cuando pretendía la cuestura²²³, le pareció ver en sueños cómo su hermano Tiberio le decía que podía aplazarlo cuanto quisiera, pero que, aun así, había de acabar muriendo del mismo modo que él había perecido. Celio escribe que él

²²⁰ A quien se atribuía el castigo excesivo e impío del esclavo (a un *pater familias* como ejecutor se refiere VALERIO MÁXIMO, I 7, 4); también podría tratarse, sin embargo, de una alusión irónica de Júpiter al propio esclavo (cf. W. A. FALCONER, pág. 284, n. 1).

²²¹ Es decir, fueron necesarias dos *instaurationes*; según anota G. BAILLET, *Tite-Live. Histoire romaine, II: livre II*, París, 1962, págs. 55-56, n. 1, parece subyacer en el relato una falsa etimología: *instauratio* apó *staurouô* (entendiendo el gr. *staurós*, 'cruz', como equivalente del lat. *furca*).

²²² Cf. CELIO, frag. 57 Herrmann.

²²³ Fue cuestor en Cerdeña durante el consulado de Aurelio Orestes (126-125); murió, de la misma manera que su hermano, en el 121; Tiberio Graco fue asesinado en el 133, cuando era tribuno de la plebe, y lo que le reprocha a su hermano es que no adquiriese la condición de tribuno, para poder continuar así la ejecución de la reforma agraria (cf. S. TIMPANARO, pág. 276, n. 177).

mismo lo oyó, antes de que Gayo Graco fuera nombrado tribuno de la plebe, y que éste se lo había contado a muchas personas²²⁴. ¿Acaso puede encontrarse algo que sea más verídico que este sueño?

27 Y bien, ¿quién puede, en fin, menospreciar aquellos dos sueños que tan frecuentemente recuerdan los estoicos? Uno de ellos se refiere a Simónides²²⁵: vio tirado a un muerto desconocido y lo enterró; y se disponía a embarcarse, cuando le pareció que aquel a quien había dado sepultura le advertía de que no lo hiciese, pues, si se hacía a la mar, perecería en un naufragio; así es que Simónides se volvió atrás, y perecieron cuantos se habían hecho a la mar en esa ocasión.

57 El otro sueño, muy famoso, se cuenta así²²⁶: una vez, dos tipos de Arcadia que eran amigos íntimos hacían juntos un viaje y llegaron a Mégara; el uno se dirigió a la posada y el otro a casa de un anfitrión que él tenía. Cuando, ya cenados, estaban reposando, entrada la medianoche, al que estaba con su anfitrión le pareció en sueños que el otro le solicitaba que acudiese en su ayuda, porque el posadero se disponía a asesinarlo. Se levantó inmediatamente, aterrado por el sueño; después, al recapacitar y considerar que no había que conceder importancia alguna a esa visión, volvió a acostarse. Entonces le pareció, mientras dormía, que la misma persona le rogaba que, ya que no había acudido en su

²²⁴ En el año 123; acerca de este pasaje, probablemente corrupto, cf. S. TIMPANARO, pág. 277, n. 178 (donde se sugiere el posible acierto de Müller al proponer un *(eum) multis*), R. BADALÌ, «Note testuali al *de divinatione* ciceroniano», S. MARIOTTI (*et al.*), *Studi di filologia classica in onore di Giusto Monaco*, II, Palermo, 1991, págs. 829-834, esp. 832-833.

²²⁵ *SVF* II 1200. Se alude así al famoso lírico griego de Ceos (c. 556-468).

²²⁶ Cf. *SVF* II 1204.

ayuda cuando aún estaba vivo, no consintiese que su muerte quedase impune; que, una vez asesinado, el posadero lo había arrojado a un carro y le había echado estiércol encima; le pedía que, por la mañana, se colocase junto a la puerta, antes de que el carro saliera de la población. Verdaderamente conmovido a causa de este sueño, se apostó por la mañana junto a la puerta, y, presentándose ante el boyero, le preguntó qué había en el carro; aquél huyó aterrado, y se desenterró el cadáver. Una vez revelado el asunto, se castigó al posadero.

¿Puede decirse algo que sea más profético que este sueño? Pero ¿para qué hacernos más preguntas y sobre cosas tan antiguas? A menudo te he contado mi sueño y a menudo te he oído contar el tuyo: yo, cuando estaba al frente de Asia como procónsul²²⁷, vi, mientras reposaba, cómo tú, montando a caballo hasta llegar a la orilla de un gran río, te precipitabas súbitamente, caías en él y no aparecías por ninguna parte; yo temblaba, aterrado a causa del temor; tú, entonces, surgiste feliz de repente, subiste la orilla opuesta a lomos del mismo caballo y nos abrazamos mutuamente. La interpretación de este sueño es fácil, y expertos de Asia me predijeron que iban a producirse, precisamente, aquellos sucesos que ocurrieron²²⁸. Voy ahora con tu sueño.

²²⁷ C. 61-59 (el cargo de procónsul no suponía que se hubiera ejercido anteriormente el consulado); el sueño ha de situarse en el año 59.

²²⁸ Es decir, el exilio de Marco Tulio Cicerón (inmersión en el río; marzo del 58) y su posterior regreso (salida de las aguas; agosto del 57); acerca de las circunstancias políticas de este retorno cf. J. NICHOLSON, *Cicero's return from exile. The orations Post reditum*, Nueva York, 1992, así como *Fam.* VI 6, 2-3. Sobre la interpretación freudiana del pasaje propuesta por Dodds, cf. R. BADALÌ, «Sulla possibilità di costituire un lessico dell'irrazionale e/o dell'inconscio nella letteratura latina precristiana», en P. RADICI, M. CACCAMO (eds.), *Atti del I Seminario di Studi sui lessici tecnici greci e latini (Messina, 8-10 marzo 1990)*, Messina,

59 Te lo he oído contar, ciertamente, a ti mismo, pero nuestro Salustio me lo contó con más frecuencia²²⁹, cómo, durante aquella fuga gloriosa para nosotros y desastrosa para la patria, te encontrabas en cierta villa del campo de Atina, tras haber pasado en vela gran parte de la noche²³⁰. Al amanecer, caíste finalmente en un sueño profundo y pesado, así que, a pesar de que el viaje urgía, Salustio ordenó guardar silencio y no consintió que se te despertase. Por lo demás, al levantarte, casi a la hora segunda²³¹, le contaste tu sueño: te pareció que, mientras vagabas, afligido, por lugares solitarios, Gayo Mario, con sus fasces laureados, te preguntaba por qué estabas triste²³²; y, cuando tú le dijiste que habías sido expulsado de la patria por la fuerza, tomó tu mano derecha, te ordenó que mantuvieses fortaleza de espíritu y encargó al lictor más próximo que te condujera hasta su monumento, diciendo que en él iba a estar tu salvación²³³. Cuenta Salustio que él mismo exclamó entonces que te estaba dispuesto un regreso rápido y glorioso, y que pareció que tú, por tu parte, te reconfortabas a consecuencia del sueño. Pues bien, muy pronto se me anunció personalmente lo que sigue: al oír que aquel eminentísimo senado-consulta referente a tu regreso se había promulgado en el monumento de Mario, a propuesta de un cónsul que era

1991, págs. 101-112, donde también se hace referencia al fenómeno 'telepático' de *Div. I* 57, así como a los mencionados en *II* 84 y 140.

²²⁹ Gneo Salustio, probablemente un liberto de Cicerón.

²³⁰ Atina era una localidad de Lucania, de posible origen osco.

²³¹ Es decir, hacia las ocho de la mañana.

²³² Cf. *II* 140.

²³³ Se trata del templo dedicado a *Honos* y a *Virtus*, que Mario hizo construir en recuerdo de su victoria sobre cimbrios y teutones (101). Acerca de la intermitente admiración mostrada por Cicerón hacia el popular Mario, su paisano (como se observa, por ejemplo, en *Nat. III* 80-81), puede consultarse S. TIMPANARO, pág. 279, n. 186.

hombre sumamente excelente e ilustre²³⁴, y que se refrendó en un teatro muy concurrido, entre un clamor y un aplauso increíbles, tú dijiste que no podía ocurrir nada más profético que aquel sueño de Atina.

«Mas muchos sueños son falsos»²³⁵. Quizá más bien os- 60 29
curos para nosotros. Pero pasen algunos por falsos..., ¿qué decir frente a los verdaderos? Éstos nos sobrevendrían, desde luego, con mucha más frecuencia, si nos retirásemos a reposar como es debido. Ahora bien, una vez atiborrados de comida y de vino, vemos las cosas en desorden y confusión. Mira cómo habla Sócrates en la *República* de Platón; resulta que dice²³⁶: «Cuando la parte del espíritu que participa de mente y de razón languidece, amodorrada, en aquellos que duermen, mientras que, sin embargo, la que alberga cierta fiereza y un agreste salvajismo se encuentra abotargada por haber bebido y comido sin medida, esta última se desborda y se agita desmesuradamente durante el sueño. Así que todas las visiones que la asaltan están exentas de mente y de razón, de manera que le parece a uno que su cuerpo se ayunta con su propia madre²³⁷ o con cualquier otro ser — hombre o

²³⁴ Publio Cornelio Léntulo fue quien propuso el regreso de Cicerón del exilio, a finales de mayo del año 57.

²³⁵ A veces incluso por voluntad divina, según la tradición literaria, algo que Quinto es reacio a admitir (cabe comparar PLATÓN, *Rep.* 382e) y que intenta explicar mediante otras razones.

²³⁶ Cf. 571c-571d; 571d-572b (parágrafos 60 y 61, respectivamente); el texto platónico, pese a lo indicado por Quinto al final de la cita, es parafraseado más que traducido; Platón distinguía tres partes del alma: la apetitiva, la irascible y la racional (*epithymetikon*, *thymoeidés* y *logistikón*; al respecto cf., asimismo, *Tim.* 71d).

²³⁷ Cf. SÓFOCLES, *Edipo Rey* 981-982; PLATÓN, *Rep.* 571cd; es lo que le ocurrió a César, durante la noche anterior al paso del Rubicón, según relata PLUTARCO, *Caes.* 32. Sobre la falta de responsabilidad moral del individuo durante el sueño — como consecuencia de la inacción del espíritu — cf. ARISTÓTELES, *Eth. Eud.* 1219b16-20.

dios—, a menudo con una bestia, e incluso que descuartiza a alguien, se mancha de sangre de un modo impío²³⁸, o comete muchas acciones de un modo impuro y repugnante, sin recato alguno y sin pudor.

61 Mas, quien se ha entregado al reposo tras practicar un hábito de vida saludable y morigerado, una vez que la parte del espíritu correspondiente a la mente y a la deliberación se encuentra en movimiento, erguida y ahíta en la mesa de los buenos pensamientos, mientras que la parte del espíritu que se alimenta de placer no se encuentra desfallecida de hambre, ni empachada a causa de la saciedad (una y otra cosa suelen embotar la agudeza mental, tanto si le falta algo a la naturaleza, como si se encuentra hinchada y con empacho), si, además, la tercera parte del espíritu, origen del ardor irascible, se halla en calma y apaciguada, lo que ocurrirá entonces es que, al encontrarse reprimidas las dos partes menos sensatas del espíritu, resplandece aquella tercera parte propia de la razón y de la mente, y se presenta vigorosa y aguda para soñar, ofreciéndosele entonces a éste, durante el reposo, visiones apacibles y veraces». Éstas que he traducido son las propias palabras de Platón.

30 62 Por tanto, ¿haremos mejor en oír a Epicuro? Pues Carnéades, en su afán de polémica, tan pronto afirma una cosa como otra²³⁹, mas aquél afirma lo que piensa... ¡Pero nunca tiene un pensamiento elegante o digno! Luego ¿pondrás a

²³⁸ Posible referencia al canibalismo (cf., por ejemplo, ARISTÓTELES, *Eth. Nicom.* 1148b19-24, a propósito de algunos pueblos salvajes del Ponto, así como, acerca de Penteo, E. R. DODDS, *Los griegos y lo irracional*, tr. M. ARAUJO, 3.ª ed., Madrid, 1983 [1960; = *The Greeks and the irrational*, Univ. de California, 1951], pág. 259; no es el caso, naturalmente, de TUCÍDIDES, II 70, 1).

²³⁹ Cf. *Nat.* I 11, a propósito del método característico de la Academia.

éste por delante de Platón y de Sócrates? Aunque ellos no diesen razones, vencerían sin embargo, en virtud de su autoridad, a tan mezquinos filósofos²⁴⁰. Por tanto, Platón recomienda ir a dormir con el cuerpo bien dispuesto, de manera que no haya nada que pueda producir error o perturbación en nuestro espíritu. De ahí también —se piensa— que les fuera prohibido a los pitagóricos ingerir habas, ya que esta comida acarrea una gran flatulencia, perjudicial para el sosiego de una mente que busca la verdad²⁴¹.

Así es que sólo cuando el espíritu se encuentra apartado 63 de la compañía y del contacto del cuerpo, a consecuencia del sueño, recuerda lo pretérito, distingue el presente y prevé el futuro²⁴², porque el cuerpo del que duerme yace como el de un muerto²⁴³, pero su espíritu tiene vigor y vida. Todavía tendrá más tras la muerte, cuando se haya separado completamente del cuerpo; y, por eso, al aproximarse ésta, resulta ser de carácter mucho más profético²⁴⁴. Pues, quienes están afectados por una enfermedad de mortal gravedad, incluso llegan a ver el hecho mismo de que les amenaza la muerte, y les asaltan muchas veces las imágenes de los

²⁴⁰ Lat. *minuti philosophi* ('filosofucci' traduce S. TIMPANARO, pág. 53), en referencia a los epicúreos.

²⁴¹ Otras posibles explicaciones de este rechazo recoge A. S. PEASE, *Div.*, pág. 203; para resolver la hipálage final adoptamos la lección *quaerentis*, propuesta por Lambino.

²⁴² Cf. HOMERO, *Il.* I 53, 70, a propósito de Calcante.

²⁴³ Sueño y Muerte (*Hýpnos* y *Thánatos*) son hermanos en el pensamiento griego, el cual ofrece también en la caracterización iconográfica de estas figuras su característico paso —siempre primario, pese a no poder documentarse por lo general— del *lógos* al *mýthos*.

²⁴⁴ Cf. HOMERO, *Il.* XVI 851-854 (Patroclo a Héctor), XXII 356-360 (Héctor a Aquiles); PLATÓN, *Apol.* 39c; *Critón* 44ab; *Rep.* 330d-331a; ARISTÓTELES, *De philosophia*, frag. 12a Ross; JENOFONTE, *Apol.* 30; VIRGILIO, *Eneida* IV 612-629.

muertos. Entonces más que nunca se afanan por la obtención del elogio, y es entonces cuando, quienes no vivieron como es debido, se arrepienten, más que nunca, de sus faltas.

- 64 Posidonio corrobora también que los moribundos, por su parte, tienen capacidad adivinatoria, mediante aquel ejemplo que cuenta, según el cual un rodio moribundo nombró a seis personas de su misma edad y dijo cuál de ellas iba a morir la primera, cuál la segunda, y así sucesivamente. Pero —según estima Posidonio— los seres humanos pueden soñar de tres modos, a instancia de los dioses²⁴⁵: primero, porque el propio espíritu por sí mismo —que, ciertamente, guarda una afinidad con los dioses— tiene la capacidad de ver de antemano²⁴⁶; segundo, porque el aire está lleno de espíritus inmortales, en los cuales se manifiestan —por así decirlo— las señales capaces de revelar la verdad²⁴⁷; tercero, porque los propios dioses dialogan con los que duermen²⁴⁸. Esto de que los espíritus auguren el futuro sucede

²⁴⁵ Lat. *deorum adpulsu* (es decir, dentro de la adivinación de carácter natural, propiciada por la divinidad y cuya existencia demuestra, a su vez, la de aquellos dioses que la procuran [I 10]); cf. POSIDONIO, frag. 108 Edelstein-Kidd, I. G. KIDD, II (1), págs. 428-432; las teorías de Posidonio acerca de los sueños pudieron verse influenciadas por las del médico Herófilo (al respecto cf. P. H. SCHRIJVERS, «La classification des rêves selon Hérophile», *Mnemosyne* 30 (1977), 13-27; H. VON STADEN, *Herophilus. The art of medicine in early Alexandria*, Cambridge, 1989, págs. 306-310).

²⁴⁶ La mente humana es, desde la perspectiva estoica, de una naturaleza afín a aquella que posee la inteligencia que gobierna el mundo.

²⁴⁷ Cf. I 130; HESÍODO, *Trabajos y días* 122-126; podría hacerse así referencia, según I. G. KIDD, II (1), págs. 430-431, a los *daímones*, o bien a las almas inmortales de los *hérōes* (cf. DIÓGENES LAERCIO, VII 151).

²⁴⁸ En posible referencia al procedimiento mántico conocido como *incubatio*.

con mayor facilidad —según acabo de decir— cuando la muerte se aproxima.

Así es aquello de Calano, de lo que antes hablé²⁴⁹, y lo del Héctor homérico, quien anuncia al morir cómo la muerte de Aquiles está cercana²⁵⁰.

Y es que, si tal posibilidad no existiese en absoluto, la costumbre no habría sancionado, a la ligera, un término como el que sigue²⁵¹:

mi espíritu se olía, al salir de casa, que yo vendría en vano.

Porque ‘tener olfato’ es percibir con agudeza²⁵². Por eso se dice que ‘tienen olfato’ las ancianas, porque saben, según creen ellas, muchas cosas, y por eso se dice que los perros tienen olfato. Por tanto, se dice que ‘presagia’ el que es capaz de ‘oler’ una cosa antes de producirse, esto es, el que presiente el futuro.

²⁴⁹ Cf. I 47.

²⁵⁰ Cf. HOMERO, *Il.* XXII 355-360; ARISTÓTELES, *De philosophia*, frag. 12a Ross.

²⁵¹ Se refiere al término *praesagire*, utilizado por Plauto (*praesagibat*) en el texto citado a continuación (*Aul.* 178; Cicerón modifica ligeramente el verso, por citar de memoria: cf. S. TIMPANARO, *El lapsus freudiano. Psicoanálisis y crítica textual* [= *Il lapsus freudiano. Psicanalisi e critica testuale*, Florencia, 1974], tr. C. MANZANO, Barcelona, 1977, pág. 35, n. 1). Acerca del *usus* lingüístico (al que se alude aquí mediante el término *consuetudo*) cabe recordar la viva polémica existente por entonces entre analogistas y anomalistas (acerca de la posición de Cicerón al respecto, partidario de un moderado anomalismo, cf. *Nat.* I 95; L. A. HERNÁNDEZ, *Varrón. La lengua latina, libros V-VI*, B. C. G. 251, Madrid, 1998, pág. 82, n. 189).

²⁵² El verbo simple *sagire* sólo se documenta aquí; el término *sagacitas* se emplea en *Nat.* II 151 y 158 (aplicándose, en ambos casos, a perros); se denominaba *sagae* a las ancianas hechiceras que ejercían adivinación de baja estofa (al respecto cf. S. MONTERO, *Diosas y adivinas. Mujer y adivinación en la Roma antigua*, Madrid, 1994, págs. 43-48).

66 Por tanto, es en el espíritu donde reside la capacidad de presagiar, la cual se infunde desde el exterior y se recibe por voluntad divina. Si esta capacidad llega a prender con mayor viveza, se llama 'delirio', cuando el espíritu, una vez desligado del cuerpo, cae en trance bajo la instigación divina²⁵³.

«Pero ¿por qué pareció de repente estar fuera de sí, con los
[ojos encendidos²⁵⁴?
¿dónde aquel prudente recato virginal de hasta poco an-
[tes²⁵⁵?»

«Madre, la mejor mujer con mucho entre las mujeres más
[nobles:
me encuentro poseída, a causa de mis proféticas adivina-
[ciones;
y es que Apolo me saca de mis cabales, aun no queriendo
[yo, para que revele los destinos²⁵⁶.

²⁵³ Los textos poéticos que siguen (parágrafos 66-67) se atribuyen al *Alexander* de Enio (frags. 32-40, 41-42 y 43-46 J; cf. II 112); los dos primeros versos eran pronunciados por Hécuba (según propuso Snell, seguido por S. TIMPANARO, «*Alexandros*», pág. 25) o bien por el jefe del coro (H. D. JOCELYN, pág. 207, n. 7; K. LENNARTZ, *Non verba sed vim. Kritisch-exegetische Untersuchungen zu den Fragmenten archaischer römischer Tragiker*, Stuttgart - Leipzig, 1994, pág. 217); los demás versos los pronuncia Casandra.

²⁵⁴ *Visa es* propuso, no obstante, Lambinus (cf. S. TIMPANARO, págs. 54, 282-283, res. de H. D. JOCELYN, *Tragedies, Gnomon* 40 (1968), 666-671, esp. 669-670, «*Alexandros*», págs. 18-19: *rabere visa es*); dada la lección adoptada por Giomini, hemos de pensar en una especie de soliloquio de Hécuba al que asiste Casandra; a propósito de todo el pasaje cf. K. LENNARTZ, págs. 216-220, esp. 218 (*rabere visa est*).

²⁵⁵ *Ubi illa paululo ante sapiens virginalis modestia* propone leer S. TIMPANARO, págs. 54, 283, res. de SKUTSCH, *Studia Enniana*, en *Gnomon* 42 (1970), 354-365, esp. 363.

²⁵⁶ Cf. ESQUILO, *Ag.* 1081 y 1087; EURÍPIDES, *Troyanas* 451.

*Siento temor ante las vírgenes de mi edad, vergüenza de mis
 [acciones ante mi padre²⁵⁷,
 el más noble varón; me aflijo por ti, madre mía, de mí me
 [lamento.
 Pariste la más noble progenie para Priamo, excepción he-
 [cha de mí; esto me duele;
 ¿no soy yo un daño y ellos de provecho, yo un obstáculo y
 [ellos complacientes?]*»

¡Oh tierno poema, bien caracterizado y delicado! Pero su tema viene menos al caso; lo que queremos decir, acerca ⁶⁷ de que el delirio suele vaticinar cosas verdaderas, se ha expresado en lo que sigue ²⁵⁸:

*¡Aquí está, aquí está la antorcha envuelta en sangre y fuego!
 Muchos años se mantuvo oculta...²⁵⁹ ¡Ciudadanos, prestad
 [socorro y extinguidla!*

Quien habla es ya el dios, que se ha introducido en un cuerpo humano, no Casandra.

*Y ya la presurosa escuadra en el ancho mar
 se apareja²⁶⁰, enjambre de desastres acarrea²⁶¹;
 vendrá, y sobre naves de vela volandera
 una fiera tropa invadirá nuestros litorales²⁶².*

²⁵⁷ Cf. CICERÓN, *Or.* 155.

²⁵⁸ Casandra se refiere, en el texto que sigue, al sueño de Hécuba anteriormente citado (cf. I 42).

²⁵⁹ Paris fue niño expósito y luego criado entre pastores.

²⁶⁰ Cf. VIRGILIO, *Eneida* XI 326; se hace referencia a la escuadra de los griegos que parte con dirección a Troya, tras el secuestro de Helena por parte de Paris (cf. I 114, II 112).

²⁶¹ Cf. CICERÓN, *Or.* 155.

²⁶² A propósito de este pasaje, cf. S. TIMPANARO, «*Alexandros*», págs. 51-52.

32 68 Puede parecer que estoy hablando de relatos propios de una tragedia... Mas a ti mismo te he oído referir un episodio de este tipo, y no inventado, sino auténtico: Gayo Coponio, un hombre prudente y docto como el que más, fue a visitarte a Dirraquio, cuando estaba al frente de la escuadra rodia con mando de pretor²⁶³. Dijo que el remero de una quinquerreme rodia había vaticinado que Grecia se teñiría de sangre en menos de treinta días, que habría rapiñas en Dirraquio, un embarque naval apresurado, y, para quienes huyeran, la desdichada visión de los incendios a lo lejos, mientras que a la escuadra rodia se le concedía un regreso próximo de vuelta a casa. Ni tú mismo dejaste de conmoverte en aquel momento, y tanto Marco Varrón como Marco Catón, personas doctas que estaban por entonces allí, sintieron un profundo terror. Muy pocos días después llegó Labieno, que huía de Farsalia²⁶⁴. Tras anunciar éste la destrucción del ejército, el resto del vaticinio se cumplió en breve.

69 Pues, cuando el grano, robado de los hórreos y aventado, había cubierto todos los caminos y callejas, embarcasteis, aterrados por un miedo repentino, y, de noche, volviendo la vista hacia la población, veíais arder las naves de carga que habían incendiado los soldados, al no querer seguirlos. Abandonados al final por la escuadra rodia, os disteis cuenta de que aquel vate había sido veraz.

70 Acabo de exponer, con toda la brevedad que he podido, los oráculos que se producen a causa del sueño y del delirio, los cuales — como dije — no responden a un aprendizaje. El fundamento de estos dos tipos es uno solo, del que nuestro Cratipo suele servirse: el espíritu del hombre procede y emana, en cierta

²⁶³ Este partidario de Pompeyo (cf. II 114) fue pretor en el año 49; *Dyrrachium* era el nombre latino de Durazzo, en la actual Albania.

²⁶⁴ Se trata de Tito Labieno (tr. 63), lugarteniente de César que se pasó, posteriormente, al bando pompeyano.

medida, de fuera; de ahí se deduce que existe un espíritu divino exterior, del que se deriva el humano; además, la parte del espíritu humano dotada de sensación, de movimiento y de apetito no está desligada de la actividad del cuerpo, mientras que la que participa de razón y de inteligencia es tanto más vigorosa, cuanto más apartada se encuentra de él²⁶⁵.

Así, tras exponer el ejemplo de algunos vaticinios y sueños veraces, Cratipo suele concluir su razonamiento de este modo²⁶⁶: «Si el deber y cometido de los ojos no puede realizarse sin que los ojos existan, pero hay veces en que éstos pueden dejar de cumplir su cometido, quien se ha servido de ellos de manera que fue capaz de percibir la realidad —aunque sea una sola vez—, posee el sentido, propio de los ojos, de percibir la realidad. Pues bien, de la misma manera, si el deber y cometido de la adivinación no puede realizarse sin que la adivinación exista, pero puede uno equivocarse alguna vez —pese a tener capacidad adivinatoria— y no percibir la realidad, es suficiente para corroborar la existencia de la adivinación el que se haya podido adivinar algo una sola vez, de modo que no parezca en absoluto que ha pasado fortuitamente. Por lo demás, los ejemplos de este tipo son innumerables; por tanto, hay que reconocer que la adivinación existe».

Ahora bien, los tipos de adivinación que se explican mediante una interpretación, o bien mediante la constatación y anotación de aquello que sucede, no se llaman ‘naturales’, sino ‘artificiales’, como dije más arriba²⁶⁷; dentro de este tipo se hallan incluidos los arúspices, los augures y los pronosticados

²⁶⁵ Cf. I 63.

²⁶⁶ La réplica de Cicerón, que incluye la cita casi literal de este pasaje, se recoge en II 107-109.

²⁶⁷ Cf. I 11-12.

res²⁶⁸. Los peripatéticos desapruban estas prácticas²⁶⁹, mientras que los estoicos las defienden. Algunas de ellas se basan en testimonios y doctrinas — como manifiestan aquellos libros etruscos referentes a la observación de entrañas, a los rayos y a las ceremonias²⁷⁰, así como vuestros libros augurales²⁷¹—, pero otras se explican mediante una interpretación, realizada de manera inmediata y acorde con la situación, como hace Calcante en Homero, quien, a partir del número de unos pájaros, auguró cuántos años iba a durar la guerra troyana²⁷²; o como lo que vemos escrito en la historia de Sila²⁷³ y que ocurrió ante tus propios ojos²⁷⁴: cuando Sila ofrecía una inmolación en la campiña de Nola, delante del pretorio²⁷⁵, una culebra surgió de pronto de la parte inferior del altar, momento en que el arúspice Gayo Postumio pidió a Sila que pusiera al ejército en marcha. Nada más hacerlo, Sila logró tomar el campamento de los samnitas, magníficamente provisto y que estaba situado ante el poblado de Nola.

73 También en el caso de Dionisio, poco antes de comenzar a reinar, se practicó la interpretación²⁷⁶. Una vez, viajaba a través de la campiña leontina, y se encargó de hacer bajar

²⁶⁸ Lat. *conectores*: es decir, intérpretes de tablillas y de sueños (cf. W. A. FALCONER, pág. 303) e, igualmente, astrólogos (cf. II 85-99).

²⁶⁹ Cf. *SVF* II 1207; entre estos peripatéticos ha de incluirse a Dicearco y a Cratipo (I 5).

²⁷⁰ Cf. II 28-41, 42-49 y 49-69, respectivamente.

²⁷¹ Cf. I 28; II 76 (en posible referencia al *De auguriis* ciceroniano).

²⁷² Cf. II 63-65, a propósito de HOMERO, *Il.* II 299-330.

²⁷³ Cf. II 65; Lucio Cornelio Sila escribió su obra — cuyo título pudo ser *Commentarii rerum gestarum* — en 22 libros, entre los años 79 y 78.

²⁷⁴ Cicerón militó al lado de Sila durante un breve periodo de tiempo (cf. PLUTARCO, *Cic.* 3, 2); vuelve a aludirse a este episodio en II 65.

²⁷⁵ C. 89; se denominaba *praetorium* a la tienda que ocupaba el pretor.

²⁷⁶ Cf. II 67.

al río a su caballo²⁷⁷; éste, sumergiéndose, no pudo salir a causa de los torbellinos. Como, pese a esforzarse al máximo, no logró rescatarlo, se retiró con pesar, según afirma Filisto²⁷⁸. Pero, cuando había avanzado un poco, oyó de pronto un relincho, se volvió a mirar y, con alegría, vio a su brioso caballo, sobre cuya crin se había posado un enjambre de abejas²⁷⁹. Esta visión tuvo como consecuencia que Dionisio comenzó a reinar pocos días después.

Y bien, poco antes del desastre de Leuctra²⁸⁰, ¿qué señal 74 34 se les ofreció a los lacedemonios, cuando las armas resonaron en el templete de Hércules y una imagen de éste se cubrió de gran cantidad de sudor! Mas por el mismo tiempo —según afirma Calístenes²⁸¹— las puertas del templo de Hércules en Tebas, que estaban cerradas mediante cerrojos, se abrieron solas de pronto²⁸², y las armas que habían estado colgadas de las paredes fueron encontradas en el suelo. Una vez, por ese mismo tiempo, se celebró una ceremonia ritual en Lebadía, en honor de Trofonio²⁸³, y los gallos caseros del

²⁷⁷ Este río podría ser el actual San Leonardo, al norte de Siracusa (cf. S. TIMPANARO, pág. 286, n. 206).

²⁷⁸ Se trata del historiador Filisto de Siracusa (c. 430-356; cf. *Frag. Gr. Hist.* 556, frag. 58; PLINIO, VIII 158).

²⁷⁹ Acerca de la presencia de abejas como presagio, cf., asimismo, I 78.

²⁸⁰ Llanura y, probablemente, ciudad de Beocia; los tebanos, guiados por Epaminondas, infligieron una severa derrota a los espartanos (371).

²⁸¹ Natural de Olinto, fue sobrino y discípulo de Aristóteles, así como autor de unos *Hellēniká* en diez libros, que comprendían el relato de sucesos acontecidos entre los años 386 y 356 (cf. *Frag. Gr. Hist.* 124, frag. 22).

²⁸² Acerca de este episodio véase, asimismo, II 67; JENOFONTE, *Hell.* VI 4, 7; DIODORO XV 53, 4. El prodigio podía verificarse —en teoría al menos— de manera fraudulenta (cf. HERÓN, *Pneumat.* I 38-39, a propósito de la apertura automática de puertas mediante el empleo de vapor).

²⁸³ Lebadía era la ciudad beocia en la que se encontraba situado el santuario del héroe divinizado Trofonio, también mencionado en *Nat.* III 49.

lugar se pusieron a cantar tan de continuo que no pararon ni un instante. Entonces, los augures beocios dijeron que la victoria correspondía a los tebanos, por el hecho de que aquella ave solía guardar silencio cuando resultaba vencida, y cantar si había sido la vencedora.

75 Durante esa misma época, a los lacedemonios se les anunció mediante muchos signos el desastre de la lucha de Leuctra. Resulta que, sobre la cabeza de la estatua erigida en Delfos en honor de Lisandro —que había sido el más ilustre de los lacedemonios—, apareció de pronto una corona de erizadas hierbas silvestres. Y las estrellas de oro que los lacedemonios habían depositado en Delfos después de la famosa victoria naval de Lisandro, en la que sucumbieron los atenienses²⁸⁴ (como se decía que a Cástor y a Pólux se les había visto en esta lucha, junto a la escuadra de los lacedemonios²⁸⁵, fueron depositadas en Delfos las estrellas de oro que dije, como si fueran símbolos de estos dioses), se cayeron poco antes de la lucha de Leuctra, y no se logró encontrarlas.

76 Ahora bien, el mayor portento que presenciaron estos mismos espartanos fue el siguiente: en una ocasión, solicitaron un oráculo del Júpiter de Dodona, para pedirle información sobre las posibilidades que tenían de alcanzar la victoria, y sus legados dispusieron aquella vasija en la que se metían las tablillas. Una simia que tenía el rey de los molosos para su entretenimiento²⁸⁶ desordenó las propias tablillas, así como cuanto estaba preparado para la extracción, haciendo que se mezclara lo uno con lo otro. Se dice que, entonces, la sacerdotisa encargada del oráculo dijo que los

²⁸⁴ En alusión a la famosa batalla de Egospótamos (405).

²⁸⁵ Cf. *Nat.* II 6.

²⁸⁶ Los molosos eran un pueblo del Epiro, establecido sobre el territorio donde se encontraba el oráculo de Dodona.

lacedemonios habían de preocuparse de su propia supervivencia, y no ya de la victoria.

Y bien, durante la segunda guerra púnica, ¿no hizo caso 77 35 omiso de los signos proféticos Gayo Flamínio, cónsul por segunda vez²⁸⁷, con gran perjuicio para el Estado? Una vez purificado el ejército²⁸⁸, cuando había levantado el campamento con dirección a Arretio y conducía a sus legiones contra Aníbal, él mismo y su caballo se desplomaron de repente, sin motivo alguno, ante la imagen de Júpiter Protector²⁸⁹; él no dio trascendencia religiosa a esta circunstancia, pese a que —según parecía a los entendidos— se le advertía, mediante el signo ofrecido, que no entrase en combate. Cuando este mismo consultó los auspicios mediante el tripudio, el encargado de los pollos no dejaba de diferir el día de la entrada en combate. Entonces, Flamínio le preguntó qué estimaba que había de hacerse, en el caso de que los pollos tampoco tomaran alimento más tarde. Al responderle aquél que habría que mantener la calma, repuso Flamínio: «¡Pues brillantes auspicios, si puede darse batalla cuando están hambrientos unos pollos, y no se puede en modo alguno cuando están ahítos!» Así que ordenó desenclavar los estandartes y que se le siguiera. Resultó, en ese momento, que el portaestandartes del primer manípulo de lanceros no era capaz de mover del sitio su estandarte, y que no se conseguía hacerlo en modo alguno, pese a la ayuda de más per-

²⁸⁷ Fue cónsul en el 223 e, igualmente, en el 217, año en que fue derrotado, en la batalla del lago Trasimeno, por Aníbal (cf. CELIO, frag. 21 Herrmann, *Nat.* II 8).

²⁸⁸ Mediante el rito conocido como *lustratio* (cf. I 102).

²⁸⁹ *Iuppiter Stator* era, propiamente, quien se encargaba de detener al ejército cuando éste se disponía a emprender la huida; al respecto cf. LIVIO I 12, 5 (*deme terrorem Romanis fugamque foedam siste* [«aparta de los romanos el terror y detén su vergonzosa huida»]); S. TAMPANARO, pág. 289, n. 210.

sonas. Flaminio, según su costumbre, hizo caso omiso del hecho cuando se le anunció. Así es como, en el transcurso de aquellas tres horas, el ejército fue abatido y el propio Flaminio aniquilado.

78 También es grandioso aquello que añade Celio de que, por el mismo tiempo en que se producía aquel calamitoso combate, hubo tan grandes terremotos entre los ligures, en la Galia, en muy gran cantidad de islas y en Italia entera, que muchas poblaciones quedaron en ruinas, se produjeron derrumbamientos en muchos lugares, las tierras se hundieron, los ríos fluyeron en la dirección opuesta y el mar penetró hasta los arroyos.

36 Hay interpretaciones adivinatorias —las de los entendidos— que resultan ser ciertas. Unas hormigas transportaron granos de trigo hasta la boca del famoso frigio Midas, mientras él dormía, siendo un niño²⁹⁰. Se predijo que iba a ser sumamente rico, como así sucedió. Mas, cuando unas abejas se le posaron al pequeño Platón sobre los labios, mientras dormía en su cuna, se respondió que su discurso iba a ser de singular dulzura²⁹¹. Así es como se previó la futura elocuencia de quien todavía no sabía hablar.

79 Y bien, ¿qué pasa con Roscio, con el que fue tu amor y tu entretenimiento? ¿Mentía él propiamente, o lo hacía, en su lugar, toda Lanuvio²⁹²? Una noche, cuando éste era un

²⁹⁰ Rey mítico de Frigia (s. VIII-VII, según la tradición más verosímil; cf. HERÓDOTO, VIII 138; *OCD*, pág. 978, s. v. *Midas* [1] [A. H. Griffiths]).

²⁹¹ Cf. I 73; *Or.* 62; *Brut.* 121; A. S. PEASE, *Div.*, pág. 229; H. DÖRRIE, II, 57.1a, págs. 148-149, 402 (acerca de la relación de Platón con Apolo y con las Musas; las fuentes suelen aludir a la *suavitas* de su discurso, pero también a su *ubertas*, a su *copiositas* y a su *gravitas*).

²⁹² Cf. II 66; Quinto Roscio Galo, actor y maestro de recitación, fue defendido por Cicerón en el *Pro Roscio comoedo* y falleció en torno al año 62.

niño de cuna y se criaba en Solonio — que es una llanura de la campiña de Lanuvio —, su nodriza se despertó y pudo advertir, gracias a la proximidad de una luz, que el niño dormía ceñido por el abrazo de una serpiente. Aterrada ante esta visión, se puso a gritar. El padre de Roscio, por su parte, recurrió a los arúspices, quienes le respondieron que nadie sería más famoso y nadie más célebre que aquel niño. Pasíteles cinceló esta imagen en plata²⁹³, mientras que nuestro Arquias la plasmó en sus versos²⁹⁴. Por tanto ¿qué es lo que esperamos?, ¿acaso que los dioses inmortales se paseen con nosotros, mientras nos encontramos en el foro, por los caminos o en nuestra casa? Desde luego que no nos salen al encuentro ellos en persona, sino que lo que hacen es difundir su poder a lo largo y ancho, unas veces encerrándolo en las profundidades de la tierra, y otras infundiéndolo en la naturaleza humana. Pues el poder de la tierra era el que ponía en trance a la Pitia de Delfos, y el poder de su propia naturaleza el que ponía en trance a la Sibila. Pues bien, ¿no vemos qué variados tipos de tierra hay? Algunos de ellos son mortíferos, como la de los Ansantos entre los hirpinos²⁹⁵, o como la de los Plutonios que vimos en Asia²⁹⁶; hay

²⁹³ Escultor griego de la primera mitad del s. I, oriundo de Magna Grecia, al que alude PLINIO, XXXIII 130; XXXV 156 y XXXVI 39-40.

²⁹⁴ Poeta de Antioquía al que Cicerón defendió en su *Pro Archia poeta* (62), en un discurso pronunciado ante un jurado que presidía el propio Quinto.

²⁹⁵ Valle lagunoso situado junto a la Via Apia, cerca del Benevento; se creía que despedía vapores mefíticos, ya que constituía el acceso a los infiernos (cf. VIRGILIO, *Eneida* VII 563-571; acerca de los *Ampsancti*, sobre los que se ubicaba un santuario de gran antigüedad, cf. S. TIMPANARO, pág. 291, n. 214).

²⁹⁶ Lat. *Plutonia*; se alude así a unas exhalaciones mefíticas localizadas en las proximidades de Hierápolis (Frigia; cf. ESTRABÓN, XIII 4, 14), procedentes — según se consideraba — del mundo de los muertos.

partes de la campiña que son perjudiciales y otras que son salubres, unas que crían talentos agudos y otras que los crían obtusos²⁹⁷. Todo esto ocurre tanto por la variedad del clima, como por la diversidad de las emanaciones terrestres.

80 Ocurre también que, muchas veces a causa de una visión, y muchas veces a causa de la profundidad de una voz o a causa de un canto, se agita nuestro espíritu con gran vehemencia²⁹⁸; esto ocurre también muchas veces a causa de la preocupación y del temor, como en el caso de aquélla:

*fuera de sí, como poseída o turbada por los ritos de Baco, evocando por los cerros a su Teucro*²⁹⁹.

37 Pues bien, el siguiente tipo de turbación también revela que una fuerza divina se alberga en el espíritu, y es que —según dice Demócrito— nadie puede ser un gran poeta si

²⁹⁷ Cf. II 94; *Nat.* II 17, 42, *Fat.* 7. A la influencia de estos elementos sobre el temperamento de los pueblos ya había dedicado gran atención Hipócrates (sobre todo en su *De aere, aquis et locis*); cf., asimismo, ARISTÓTELES, *Pol.* 1327b18-38, A. S. PEASE, *Div.*, págs. 234-236.

²⁹⁸ Cf. I 114. Cicerón, sin embargo, no parece haber conferido a la música ningún significado místico o trascendente (pese al testimonio de *Rep.* VI 18-19; cf. *Nat.* III 27), sino más bien haberla considerado —tras el precedente epicúreo— como un simple medio de diversión (cf. J. LUQUE, «Música celestial: astronomía y psicología en la teoría musical de los romanos», en A. PÉREZ JIMÉNEZ [ed.], *Astronomía y astrología. De los orígenes al Renacimiento*, Madrid, 1994, págs. 111-142, esp. 121; sobre la diferencia entre las melodías 'más éticas', aptas para la educación, y las entusiásticas o de entretenimiento, cf. ARISTÓTELES, *Pol.*, 1342a1-b34).

²⁹⁹ Versos atribuidos al *Teucro* de Pacuvio (*Teuc.*, frags. 373-374 W); se habla de Hesione, madre de Teucro, quien fue desterrado por orden de Telamón (cf. *De or.* II 187, VARRÓN, *Ling. Lat.* VII 87; para el adjetivo *flexanimus* cf. CATULO, 64, v. 330). A propósito de este pasaje y de sus variantes textuales cf. E. ARTIGAS, *Pacuviana. Marco Pacuvio en Cicerón*, Barcelona, 1990, págs. 129-131.

⟨no⟩ delira; y lo mismo dice Platón³⁰⁰. Llámelo 'delirio' si le parece bien, con tal de que este delirio reciba la misma alabanza que recibió en el *Fedro* de Platón³⁰¹. Y bien, ¿qué pasa con vuestra manera de hablar en los pleitos? ¿Acaso puede vuestra actuación ser vehemente, enjundiosa y abundante de recursos, si no se encuentra vuestro propio espíritu muy turbado? Incluso en ti lo he visto a menudo, ciertamente, y, para ir a cosas más livianas, en Esopo, tu íntimo amigo³⁰²: tan gran pasión había en sus gestos y movimientos, que parecía como si una especie de fuerza lo hubiera sacado de sus cabales.

También nos asaltan a menudo apariciones que, en realidad, no son nada, pero que, sin embargo, nos ofrecen una visión. Se dice que esto es lo que aconteció a Breno y a sus tropas de la Galia, cuando dirigieron una guerra abominable contra el templete del Apolo délfico, porque cuentan que, entonces, se pronunció la Pitia desde su oráculo³⁰³:

yo proveeré en ese asunto, así como las blancas vírgenes.

A raíz de esto, lo que ocurrió es que el ejército de los galos se vio sepultado a consecuencia de la nieve, mientras

³⁰⁰ Cf., por ejemplo, *Apol.* 22bc; *Ion* 533c-534e; *Fedro* 245a; ARISTÓTELES, *Poet.* 1455a32-34; CICERÓN, *De or.* II 194; HORACIO, *Epist. Pis.* 295; al respecto puede consultarse L. GIL, *Los antiguos y la «inspiración» poética*, Madrid, 1967, H. DÖRRIE, II, 53.3a, págs. 118-119, 379-380.

³⁰¹ Es decir, siempre y cuando se trate de un delirio provocado por la divinidad, y no de origen más bien patológico, como el que propone Demócrito; al respecto, cf. S. TIMPANARO, págs. 292-293, n. 216.

³⁰² Se trata de Clodio Esopo, reputado actor romano, al igual que Roscio (I 79); una actitud similar — de cierto desdén — respecto al oficio teatral se observa en II 66.

³⁰³ C. 279-278; el verso citado a continuación es el frag. *Ex Gr. al. poet.* 53 Bl., 9 Soub.

que, aparentemente, unas vírgenes armadas le hacían frente³⁰⁴.

38 Aristóteles estimaba, además, que también quienes deliraran a causa de su falta de salud y reciben el nombre de 'melancólicos' tienen en su espíritu algo de presago y adivinatorio³⁰⁵. Yo, por mi parte, no sé si se les ha de atribuir esto a los enfermos del estómago o bien a los descerebrados³⁰⁶, porque el poder adivinatorio es propio de un espíritu que se encuentra como es debido, y no de un cuerpo falto de salud.

82 Desde luego, el hecho de que este poder existe en realidad se concluye del siguiente razonamiento de los estoicos³⁰⁷: «Si los dioses existen y no revelan a los hombres con antelación lo que va a pasar, o es que no los aprecian, o es que ignoran lo que va a suceder, o juzgan que saber lo que va a pasar no les interesa a los hombres en absoluto, o estiman que no es propio de su majestad el anticiparles mediante señales lo que va a pasar, o es que ni siquiera los propios dioses son capaces de manifestarlo. Mas ni dejan de apreciarnos (porque son benefactores y amigos del género humano), ni ignoran lo que ellos mismos han establecido y dispuesto, ni saber lo que va a suceder puede, en modo al-

³⁰⁴ En referencia a Atenea y a Ártemis, según entiende CHR. SCHÄUBLIN, pág. 325.

³⁰⁵ Cf. *Tusc.* III 11; ARISTÓTELES, *Div. somn.* 463b15-18; *Probl.* 957a32-35; *Eth. Eud.* 1248a39-b1; acerca de este tema, en general, cf. H. FLASHAR, *Melancholie und Melancholiker in den medizinischen Theorien der Antike*, Berlín, 1966; C. GARCÍA GUAL, «Del melancólico como atrabiliario, según las antiguas ideas griegas sobre la enfermedad de la melancolía», *Faventia* 6 (1984), 41-50; PH. J. VAN DER EIJK, págs. 220-221 (a propósito de *Insomn.* 461a22-23).

³⁰⁶ Lat. *nec cardiacis (...) nec phreneticis* (cf. W. A. FALCONER, pág. 315; CHR. SCHÄUBLIN, pág. 85; S. TIMPANARO, pág. 294, n. 220).

³⁰⁷ *SVF* II 1192; cf. II 101-102.

guno, dejar de interesarnos (porque, si lo sabemos, seremos más cautos), ni lo consideran ajeno a su majestad (porque no hay cosa más eminente que hacer el bien), ni puede ser que desconozcan el futuro.

Por tanto, no puede ser que los dioses existan y no manifiesten el futuro mediante señales. Pero los dioses existen, luego dan señales. Y, si dan señales, no pueden dejar de darnos alguna vía para el conocimiento de su significado, porque, si no, en vano darían las señales; y, si dan una vía, no puede dejar de existir la adivinación; por tanto, la adivinación existe».

*Antigüedad,
extensión
y utilidad de la
adivinación*

Se sirven de este razonamiento Crisipo, Diógenes y Antípatro³⁰⁸. Por tanto, ¿qué motivo hay para poner en duda la absoluta veracidad de lo que acabo de sostener, si están de mi lado la razón, los propios sucesos, los pueblos, los países, los griegos, los bárbaros, e incluso nuestros mayores..., si, en fin, sobre esto se ha pensado siempre así, como hicieron los más altos filósofos, los poetas, los varones sumamente sabios que establecieron los Estados y fundaron las ciudades? ¿Acaso estamos aguardando a que las bestias hablen³⁰⁹, no contentos con la garantía unánime que ofrecen los seres humanos?

Ahora bien, para negar la existencia de las formas adivinatorias que estoy diciendo, no se aduce argumento alguno, a no ser el hecho de que parece difícil decir cuál es el fundamento y cuál la causa de cada una de ellas. Porque ¿qué puede aducir el arúspice para que un corte en el pulmón

³⁰⁸ Cf. *SVF* III Diog. 37; III Ant. 40; también lo hizo en algún momento, probablemente, Posidonio (al respecto, cf. S. TIMPANARO, págs. 295-296, n. 222).

³⁰⁹ Como signo profético, según ha de entenderse; cf., por ejemplo, HOMERO, *Il.* XIX 404-417 (el caballo Janto habla a Aquiles).

permita —aun hallándose en unas entrañas sin tacha— aplazar una ocasión o diferir una fecha? ¿Qué el augur, para que un cuervo sancione desde la derecha y una corneja desde la izquierda³¹⁰? ¿Qué el astrólogo, para que la estrella de Júpiter o la de Venus —cuando coinciden con la luna— sean propicias en cuanto se refiere a la concepción de los niños, mientras que son adversas la de Saturno o la de Marte? ¿Por qué, además, ha de facilitarnos la divinidad sus advertencias mientras dormimos, y negárnoslas mientras estamos despiertos³¹¹? ¿Qué causa hay, por último, para que la delirante Casandra pueda ver con antelación el futuro, mientras que el sabio Príamo no es capaz de hacer eso mismo?

86 Preguntas, con toda razón, por qué ocurre cada cosa; pero no se trata ahora de eso: lo que se pregunta es si ocurre o no. Es como si, al decir yo que el imán es una piedra que atrae y hace desplazarse al hierro, sin poder aducir la razón por la que esto ocurre, negaras por completo el hecho de que ocurre³¹². Es igual lo que haces respecto a la adivinación, una capacidad que nosotros mismos vemos, sobre la que oímos hablar y leemos, y que hemos recibido de nuestros padres. Antes del descubrimiento de la filosofía, al que se llegó hace poco³¹³, la gente corriente no dudó sobre este asunto, y, desde que la filosofía ha progresado, ningún filósofo que gozara de cierto prestigio ha sido de otra opinión.

³¹⁰ Cf. I 12.

³¹¹ Cf. II 126; la observación ya se documenta en los tratados de Aristóteles sobre los sueños (cf. *Div. somn.* 464a20-22; PH. J. VAN DER EYK, pág. 319).

³¹² Por las características de este mineral (*magnes lapis*) ya se habían interesado Tales, Empédocles, Demócrito y otros (cf., por ejemplo, PLATÓN, *Ion* 533de; LUCRECIO, VI 906-1089).

³¹³ De manera similar, en *Nat.* I 93 se califica a Sócrates de *parens philosophiae*.

- 87 He hablado sobre Pitágoras, sobre Demócrito y sobre Sócrates; no he exceptuado a ninguno de los antiguos, salvo a Jenófanes³¹⁴; incluí a la Academia antigua, a los peripatéticos y a los estoicos³¹⁵. Tan sólo disiente Epicuro. Ahora bien, ¿por qué va a ser esto más reprobable que el hecho de que sea también él quien estima que ninguna práctica virtuosa es desinteresada³¹⁶?
- 40 Por otra parte, ¿acaso hay alguien a quien no impresione la antigüedad de un uso atestiguado y consignado en documentos famosísimos? Homero escribe que Calcante era el mejor augur con mucho, y que fue éste quien —por su conocimiento de los auspicios, imagino, y no de la geografía³¹⁷— condujo a las escuadras hasta Ilio.
- 88 Anfíloco y Mopso fueron reyes de los argivos³¹⁸, pero también augures, y ellos fueron quienes fundaron las ciudades griegas de la costa marítima de Cilicia. Pues bien, antes que éstos incluso, fueron augures Anfiarao y Tiresias, que no eran ruines y desconocidos, ni parecidos a aquellos —como encontramos en Enio³¹⁹—

³¹⁴ Cf. I 5.

³¹⁵ En realidad lo hizo su hermano, Marco Tulio (I 5-6), pequeña inconsistencia que parece revelar la ausencia de una revisión final por parte del autor (ejemplos similares se hallan recogidos en A. S. PEASE, *Div.*, pág. 248).

³¹⁶ Es decir, que no se produce si no es con un objetivo de carácter utilitario, como puede ser la obtención final de un determinado reconocimiento o de placer; cf. *Del supremo bien y del supremo mal* II 99; DIÓGENES LAERCIO, X 138 (*διὰ δὲ τὴν ἡδονὴν καὶ τὰς ἀρετὰς ἡαίρεϊσθαί, οὐ δι' ἡαυτὰς*, al igual que se toma la medicina —según añade— con el único objeto de restablecerse).

³¹⁷ Cf. I 72, HOMERO, *Il.* I 68-72.

³¹⁸ Es decir, de los griegos; Anfíloco era hijo de Anfiarao y de Erífila, Mopso lo era de Apolo y de Mantó (hija de Tiresias).

³¹⁹ Cf. *Inc.*, frag. 343 J, así como I 131-132.

que, por mor de la ganancia, promueven falsas opiniones,

sino varones ilustres y eminentes, que predecían el futuro bajo la admonición de las aves y de los signos. Acerca de uno de ellos afirma Homero que también en los infiernos «era el único que sabía; los demás vagaban cual sombras³²⁰». A Anfiraao, por su parte, lo ensalzó la fama de Grecia hasta tal punto, que se le tenía por un dios y se recababan oráculos del suelo en el que fue inhumado³²¹.

89 Y bien, Príamo, el rey de Asia, ¿no tenía un hijo, Héleno, y una hija, Casandra, capaces de adivinar, el uno a través de augurios, y la otra a través de su propio trance mental y de su divino arrebató³²²? Según vemos escrito, hubo entre nuestros antepasados unos 'hermanos Marcios', nacidos de noble linaje, que practicaban este segundo tipo de adivinación³²³. Y bien, ¿no recuerda Homero cómo el corintio Poliido —quien también predijo muchas cosas a otras personas— le predijo la muerte a su propio hijo, cuando éste marchaba a Troya³²⁴? Generalmente, los mismos que ostentaban el poder entre los antiguos ejercían los augurios, pues, del mismo modo que consideraban la sabiduría como algo propio de reyes, así también el poder de adivinar. Da testi-

³²⁰ Se alude así a Tiresias (cf. HOMERO, *Od.* X 492-495; PLATÓN, *Menno* 100a).

³²¹ El texto, en cualquier caso, suscita dudas (cf. CHIR. SCHÄUBLIN, pág. 90, «Weitere Bemerkungen», págs. 45-47, quien propone *templo*, por *solo*).

³²² Héleno (cf. HOMERO, *Il.* VI 76, VII 44) y Casandra eran gemelos; recibieron el don profético, cuando eran niños, tras practicar la incubación en el templo de Apolo; representan la adivinación 'artificial' y la 'natural', respectivamente.

³²³ Cf. I 115; II 113 y, acerca de los *carmina Marciana*, LIVIO, XXV 12, 2-15, así como Servio, a propósito de *Eneida* VI 70.

³²⁴ Acerca de Poliido, cf. HOMERO, *Il.* XIII 663-672.

monio de ello nuestra ciudad, en la que los reyes fueron augures, y en la que, después, particulares revestidos de esa misma función sacerdotal³²⁵ dirigieron el Estado, gracias a la autoridad que les confería la religión.

Y este ejercicio de la adivinación no se ha desatendido 90 41 ni siquiera entre las gentes bárbaras, como demuestra la existencia de los druidas en la Galia³²⁶. De entre ellos, llegué a conocer personalmente al heduo Diviciaco, huésped y admirador tuyo³²⁷, quien manifestaba conocer la ciencia de la naturaleza³²⁸, a la que los griegos llaman *physiología*, y que predecía —en parte a través de augurios, y en parte a través de pronósticos— lo que iba a pasar. Entre los persas, son los magos quienes practican el augurio y la adivinación³²⁹; éstos se congregan en un santuario para reflexionar y dialogar entre ellos, lo mismo que también vosotros solíais hacer antaño, durante las nonas³³⁰; y no puede llegar a ser 91 rey de los persas nadie que no haya adquirido previamente

³²⁵ Lat. *privati eodem sacerdotio praediti*, en alusión a los augures que formaban parte del colegio. A propósito del término *sacerdos*, entendido como *is, cui sacri dos est*, y de su significado cf. K. STRUNK, «Lateinisch *sacerdos* und damit verglichene Komposita», *Glotta* 72 (1994), 222-234.

³²⁶ Cf. CÉSAR, *Bel. Gal.* VI 13-14; acerca de estas figuras de la religión céltica, en general, cf. CH.-J. GUYONUARC'H - F. LE ROUX, *Les druides*, Rennes, 1986.

³²⁷ Hermano de Dumnorige y jefe de los heduos (provincia de la Galia); visitó Roma en el 61 para requerir ayuda contra los secuanos y contra Ariovisto; fue entonces, probablemente, cuando Cicerón tuvo ocasión de conocerlo.

³²⁸ Lat. *naturae ratio* (es decir, la *physiología*); al respecto, cf. *Nat.* I 20.

³²⁹ Cf. I 46.

³³⁰ Es decir, el día 5 de cada mes (el día 7 durante los meses de marzo, mayo, julio y octubre); acerca de esta práctica religiosa, cf. Ä. BÄUMER, «Die Macht des Wortes in Religion und Magie (Plinius, *Naturalis historia* 28, 4-29)», *Hermes* 112 (1984), 84-99, esp. 90-91.

el saber y la ciencia de los magos³³¹. Por lo demás, cabe encontrar algunas castas y hasta algunos países que se han entregado a esta ciencia. Telmeso está en Caria; es una ciudad en la que descuella el saber de los arúspices³³²; y, del mismo modo, Élide, en el Peloponeso, tiene dos familias determinadas —de jámidas la una, y la otra de clítidas³³³— que se distinguen por la eminencia de su arte como arúspices. En Siria³³⁴, los caldeos sobresalen por su conocimiento de los astros y por la destreza de su talento.

92 Etruria, por su parte, analiza con gran sabiduría las descargas procedentes del cielo, y se ocupa también de interpretar qué es lo que se muestra a través de cada señal y de cada portento. Por lo que, entre nuestros mayores, el senado decretó con acierto en su momento, cuando nuestro poder florecía³³⁵, que diez de los hijos de los jefes —elegidos de cada uno de los pueblos de Etruria— fueran educados en este saber³³⁶, a fin de que tan gran habilidad no se viese —a

³³¹ Cf. PLATÓN, *I Alcib.* 121e-122a.

³³² Cf. HERÓDOTO, I 78 (en referencia, probablemente, al Telmeso de Licia); este saber de los de Telmeso fue parodiado, probablemente, en una comedia de Aristófanes que no se conserva en la actualidad.

³³³ Referencia al oráculo de Zeus en Olimpia; los jámidas remontan a Apolo, a través de Jamo (acerca de este héroe mítico cf. J. A. SALVADOR, «Jamus and *ia* in Pindar (*O.* 6, 53-57)», *Quaderni Urbinati di Cultura Classica* 85, n. s. 56 (1997), 37-59), los clítidas, a través de Clitio, a Anfírao (cf. PAUSANIAS, VI 17, 6).

³³⁴ Es decir, Asiría y Babilonia (HERÓDOTO, VII 63); cf. I 2.

³³⁵ En referencia, probablemente, al régimen republicano del siglo segundo (entre la segunda guerra púnica y la reforma de los Gracos; cf. S. TAMPANARO, págs. 300-301, n. 236), entendido como un momento de escrupuloso respeto hacia los asuntos religiosos. El tono de la expresión es nostálgico, como el de quien se siente en una república ya decadente (*infirma*; cf. *Cartas a Atico* I 17, 8) y sin rumbo (*sceleri data*).

³³⁶ El texto es problemático; en defensa de este ablativo (*filiis X ex singulis*) cf. S. TAMPANARO, págs. 300-301, n. 236 (*ut deni principum filii*

causa de la indigencia de las personas, en busca del interés y de la ganancia— privada de su consideración religiosa. Por su parte, los frigios, los pisidios, los cilicios y el país de los árabes se someten más bien a las señales de las aves, lo mismo que tenemos entendido que solía hacerse en Umbría.

Y a mí, al menos, me parece que la adopción de cada 93 42 procedimiento adivinatorio ha dependido también del tipo de lugar que ocupaba, propiamente, cada colectividad. En efecto: los egipcios, al igual que los babilonios, habitantes de extensiones llanas y abiertas, como no sobresalía de la tierra nada que pudiera estorbarles para la contemplación del cielo, pusieron toda su atención en el conocimiento de los astros³³⁷. Los etruscos, por su parte, puesto que, imbuidos de su religión, inmolaban víctimas con gran dedicación y frecuencia, se entregaron sobre todo al conocimiento de las entrañas, convirtiéndose en ejercitadísimos intérpretes de las apariciones, ya que, a causa de la densidad del aire, se producían entre ellos muchas descargas del cielo, y ya que, por esa misma causa, se originaban muchos fenómenos nunca vistos: procedentes del cielo, en parte, otros de la tierra, y algunos a raíz incluso de la concepción y generación

ex singulis Etruriae populis es lo que propone leer, siguiendo a Madvig, CHR. SCHÄUBLIN, pág. 92) y, en relación con este tema, B. MACBAIN, *Prodigy and expiation: a study in religion and politics in Republican Rome*, Bruselas, 1982, págs. 49-50. El número de arúspices de las doce principales comunidades etruscas (*ordo arusplicorum*) parece haber sido —al menos hacia finales de la república— de sesenta, mientras que el de candidatos pudo ascender, según se desprende de nuestro pasaje, a ciento veinte (Traube propuso, no obstante, sustituir el numeral X por V; al respecto cf., asimismo, A. S. PEASE, *Div.*, págs. 259-260). En cualquier caso, ha de tenerse en cuenta que la medida pudo tener como objeto tan sólo el de asegurar la renovación del *ordo*, y no el de constituirlo propiamente.

³³⁷ Cf. I 2.

de hombres y ganados³³⁸. El carácter de estas apariciones lo revelan además — como tú sueles decir — los propios vocablos que les asignaron sabiamente nuestros mayores, porque, como se nos aparecen, se nos ponen por delante, se nos muestran y nos aportan predicciones, se llaman 'apariciones', 'portentos', 'monstruos' y 'prodigios'³³⁹.

94 Por su parte, los árabes, los frigios y los cilicios, como recurren sobre todo al pastoreo de ganado, recorriendo los campos y los montes en invierno y en verano³⁴⁰, tuvieron por ello más fácil el dejar constancia de los cantos y de los vuelos de las aves. La misma motivación halló Pisidia, así como esta Umbría nuestra. Por último, toda Caria y, principalmente, los de Telmeso que antes dije³⁴¹ prefirieron prestar atención a las apariciones, dado que habitan campiñas ubérrimas y sumamente fértiles, en las que, gracias a su fecundidad, puede formarse y desarrollarse una multitud de seres.

43 95 Pues bien, ¿quién no advierte que, en todo Estado de pro, han tenido gran vigencia los auspicios y los demás tipos de adivinación? ¿Acaso ha habido algún rey o algún pueblo que no recurriera a las predicciones divinas? Y no sólo en tiempo de paz, sino mucho más, incluso, en tiempo de guerra, por el hecho de que el peligro y el riesgo que corría la supervivencia eran mayores. Dejo a un lado a los nuestros, que no emprenden nada, en tiempo de guerra, sin consultar las entrañas, y que nada preservan, sin consultar los auspicios, en tiempo de paz³⁴². Veamos lo del extranjero: resulta

³³⁸ Cf. I 94, 121; *Nat.* II 14.

³³⁹ Cf. *Nat.* II 7, en orden ligeramente distinto.

³⁴⁰ Respectivamente, según entiende S. TIMPANARO, págs. 75, 302, n. 240.

³⁴¹ Cf. I 91.

³⁴² Cf., no obstante, S. TIMPANARO, págs. 76-77, 303, quien propone secluir [*habent auspicia*]; [*auspicia*] secluye en su edición Giomini. Esta

que los atenienses recurrieron siempre, para todas sus decisiones de carácter público, a unos sacerdotes adivinos a los que llamaban *mánteis*³⁴³; los lacedemonios otorgaron a sus reyes un augur como consejero³⁴⁴, y quisieron, asimismo, que un augur asistiese a 'los ancianos' (porque así llaman al consejo público³⁴⁵); y también recababan siempre un oráculo de Delfos, del santuario de Hamón o de Dodona para los asuntos de mayor importancia³⁴⁶.

Licurgo al menos, quien se encargó de regular el Estado⁹⁶ de los lacedemonios, refrendó sus propias leyes mediante la autoridad del Apolo délfico³⁴⁷; cuando Lisandro quiso cambiarlas, se vio impedido por esa misma instancia religiosa. Pues bien, además, quienes estaban al frente de los lacedemonios³⁴⁸, no satisfechos con sus desvelos durante la vigilia, iban a acostarse al templete de Pasífae³⁴⁹ —que se encuentra en la campiña próxima a su ciudad— para recabar sueños, ya que consideraban verdaderos aquellos oráculos que se les ofrecían mientras reposaban.

Ya vuelvo con lo nuestro. ¡Cuántas veces ordenó el senado a los decenviros que acudieran a los libros³⁵⁰! ¡En qué trascendentales asuntos, y qué a menudo obedeció a las res-

opinión — que parece compartir el estoico Balbo en *Nat.* II 5 — contrasta con la anteriormente expresada por el propio Quinto, acerca del abandono que sufrían por entonces los auspicios y los augurios (cf. I 28).

³⁴³ Cf. ARISTÓTELES, *Constit. Athen.* 54, 6.

³⁴⁴ En alusión a los denominados *pythioi* (dos por cada rey), quienes actuaban como mediadores entre los reyes de Esparta y el oráculo de Delfos.

³⁴⁵ Se alude a la denominada, en griego, *gerousía*.

³⁴⁶ Cf. I 3.

³⁴⁷ Al respecto, cf. *Nat.* III 91.

³⁴⁸ Es decir, los cinco éforos.

³⁴⁹ No es seguro que se trate de la madre del Minotauro, según apunta S. TIMPANARO, pág. 303, n. 241.

³⁵⁰ A los libros sibilinos, se entiende (al respecto, cf. I 4).

puestas de los arúspices! Cuando se vieron dos soles³⁵¹, cuando las tres lunas, cuando las antorchas³⁵², cuando el sol se vio de noche³⁵³, cuando se oyó un estruendo procedente del cielo, cuando se vio abrirse el cielo y se apreciaron unas esferas en él... Incluso se denunció ante el senado el derrumbamiento de la campiña de Priverno, cuando la tierra se hundió hasta una profundidad infinita³⁵⁴ y Apulia se vio sacudida por terremotos de la máxima intensidad. Mediante estos portentos se le anunciaban al pueblo romano grandes guerras y perniciosas disensiones, y en todo esto coincidían las respuestas de los arúspices con los versos de la Sibila.

98 Y bien, ¿qué pasa respecto al hecho de que Apolo sudó en Cumas³⁵⁵ y Victoria en Capua? ¿Acaso no fue una especie de señal fatal el nacimiento de un andrógino³⁵⁶? ¿Y qué hay del hecho de que la corriente del Atrato fluyera ensangrentada? ¿Y qué de cuando cayó —tan a menudo— una lluvia de piedras, algunas veces de sangre³⁵⁷, de vez en

³⁵¹ A consecuencia de un fenómeno de parhelio, según ha de entenderse; cf. *Rep.* I 15-32. Acerca de este pasaje, algo oscuro desde el punto de vista sintáctico, cf. S. TIMPANARO, pág. 304, n. 242.

³⁵² Cf. I 18, II 60.

³⁵³ Probablemente a consecuencia de un fenómeno de aurora polar (cf. I 18).

³⁵⁴ En el año 117, o bien en el 113.

³⁵⁵ En el año 169.

³⁵⁶ Es decir, de un hermafrodita; *fatale monstrum* dice también, a propósito de Cleopatra (descendiente de un incesto entre hermanos), HORACIO, *Carm.* I 37, 21. Acerca de este tipo de señales —cuya documentación comienza con la que se produjo en el año 209, mencionada por LIVIO XXVII 11, 4 (*Sinuessae natum ambiguo inter marem ac feminam sexu infantem*) — y de su expiación, cf. B. MACBAIN, págs. 127-135.

³⁵⁷ Cf. II 58; podría tratarse de precipitaciones arcillosas (al respecto cf. M. BENAVENTE, «Mito, folclore y realidad en la tragedia griega», *Cuadernos de Filología Clásica (Ests. grs. e ides.)* 6 (1996), 301-308, esp. 307, n. 43). Cicerón alude a continuación a una larga serie de fenó-

cuando de tierra, y, en una ocasión, incluso de leche? Y bien, cuando el Centauro sufrió el azote del cielo en el Capitolio, cuando las puertas y las personas lo sufrieron en el Aventino, el santuario de Cástor y Pólux en Túscolo y el de Piedad en Roma³⁵⁸, ¿no habían anunciado los arúspices en sus respuestas lo que acabó por suceder?, ¿no se hallaron en los libros de la Sibila esas mismas predicciones?

Hace poco, durante la guerra mársica, a consecuencia de un sueño de Cecilia, la hija de Quinto, el senado hizo reconstruir el templo de Juno Sópita³⁵⁹. Sisena, después de sostener que este sueño se correspondía desde luego —de manera admirable y al pie de la letra— con los hechos, sostiene extrañamente —imagino que inducido por algún epicúreo— que conviene no dar crédito a los sueños³⁶⁰. Este mismo Sisena no se pronuncia, en absoluto, frente a las apariciones, y expone que, al inicio de la guerra mársica, sudaron las imágenes de los dioses, que fluyó la sangre³⁶¹, que se abrió el cielo, que se oyeron voces —procedentes de un lugar oculto— que anunciaban peligro de guerra, y que los

menos naturales, pero de apariencia ominosa, que se mencionan con frecuencia, asimismo, por parte de los poetas romanos (cf. A.-M. TAISNE, «Cicéron et la poésie latine des prodiges», en R. CHEVALLIER [ed.], *Présence de Cicéron. Actes du Colloque des 25, 26 septembre 1982. Hommage au R. P. M. Testard*, París, 1984, págs. 57-66).

³⁵⁸ En el año 91.

³⁵⁹ Cf. I 4; el sueño de Cecilia Metela se produjo en el año 90.

³⁶⁰ Sisena, pretor en el 78, fue autor de unas *Historias* en, al menos, 23 libros; los pasajes citados en este párrafo se corresponden con los frags. 10 y 6 de G. BARABINO, «I frammenti delle *Historiae* di Lucio Cornelio Sisenna», en F. BERTINI, G. BARABINO (eds.), *Studi noniani*, I, Génova, 1967, págs. 67-239, esp. 84-88, 204-205.

³⁶¹ A través de un río, cabe entender.

ratones royeron los escudos de Lanuvio³⁶², cosa sumamente infausta al parecer de los arúspices.

100 ¿Y qué hay de lo que tenemos en los anales³⁶³? Cuando, durante la guerra de Veyos³⁶⁴, el lago Albano creció por encima de su límite³⁶⁵, cierto personaje ilustre de Veyos se refugió entre nosotros y dijo que, a juzgar por las profecías que tenían escritas los de Veyos, la ciudad no podía ser tomada mientras el lago se encontrase desbordado, y que sería pernicioso para el pueblo romano que el sobrante del lago, avanzando en su recorrido, fluyese hasta el mar, mientras que, por el contrario, si se hacía salir de manera que no pudiera llegar hasta él, eso conllevaría la salvación de los nuestros. Por ello hicieron nuestros mayores aquella admirable conducción del agua albana. Se dice que los de Veyos, por su parte, cansados de guerra, enviaron legados al senado, y que, entonces, uno de ellos dijo que aquel huido no se atrevió a decírselo todo al senado, porque, según tenían escrito los de Veyos en aquellas mismas profecías, lo que iba a pasar era que los galos tomarían Roma en breve, cosa que vemos que ocurrió, desde luego, seis años después de la toma de Veyos³⁶⁶.

³⁶² Cf. II 59; PLINIO, VIII 221.

³⁶³ En las obras de los historiadores, no en los *Annales maximi* (cf. S. TIMPANARO, pág. 306, n. 245).

³⁶⁴ Veyos (Isola Farnese en la actualidad) era una ciudad etrusca que se encontraba a unos 16 kms. al norte de Roma; cayó finalmente en el año 396, tras una larga sucesión de guerras que se habían iniciado en el 482.

³⁶⁵ Cf. II 69.

³⁶⁶ En el año 390, por tanto. Acerca de todo este episodio referente al *emissarium* y de su trasfondo simbólico y legendario, más que rigurosamente histórico (ya que se trata, con toda claridad, de un vaticinio *ex eventu*), cf. M. RUCH, «La capture du devin (Tite-Live, V, 15)», *Revue des Études Latines* 44 (1966), 333-350.

También se dice a menudo que, durante los combates, se ha oído a los Faunos, y que, en situaciones de conflicto, voces infalibles salieron de lo oculto³⁶⁷. De entre muchos posibles, sean dos los ejemplos de este tipo, pero de la mayor importancia. Resulta que, no mucho antes de la toma de la ciudad³⁶⁸, se escuchó —procedente del bosque sagrado de Vesta, que se extiende desde la falda del Palatino hasta la Vía Nueva— la orden de que se reconstruyesen los muros y las puertas, ya que lo que pasaría, si no se adoptaban medidas, es que Roma sería tomada. El desinterés por aquella orden —pese a que podrían haberse tomado precauciones— se expió después de sufrir tan gran desastre, porque se consagró frente a ese lugar el altar de Ayo Hablador, que vemos se encuentra cercado³⁶⁹. También han escrito muchos que, una vez, se produjo un terremoto, y que salió desde la fortaleza la orden —procedente del santuario de Juno— de que se realizase el conjuro mediante la ofrenda de una cerda preñada; por eso se llamó 'Moneta' a aquella Juno³⁷⁰. Por tanto, ¿acaso es que vamos a despreciar tales cosas, las cuales han sido manifestadas por los dioses y sancionadas por nuestros mayores?

Los pitagóricos prestaron gran atención no sólo a las voces de los dioses, sino también a las de los hombres, a las que llaman 'presagios'³⁷¹. Nuestros mayores estimaban que

³⁶⁷ Cf. LIVIO, II 7, 2, donde se alude al dios Silvano (*Silvani vocem*), identificado a menudo con Fauno (cf. *Nat.* II 6, LUCRECIO, IV 581).

³⁶⁸ De Roma, se entiende, por parte de los galos (390); cf. I 100.

³⁶⁹ Lat. *Aius Loquens* (cf. II 69, VARRÓN, *Antiq. rer. div.*, frags. 107-108 Cardauns, a propósito de *Vaticanus*, *Fabulinus*, *Farinus* y *Aius* [*Locutius*]); pueden compararse, en Grecia, las figuras de *Klédón* y *Fémē*.

³⁷⁰ Es decir, 'la que advierte o recuerda' (lat. *monere*); su santuario se construyó c. 345-344 (cf. LIVIO, VII 28, 4-5).

³⁷¹ Lat. *omina* (cf. II 83); acerca de la etimología de *omen* ('presagio'), cf. VARRÓN, *Ling. Lat.* VI 76 (quien pone el término — a partir de

estos presagios tenían un valor, razón por la que iniciaban toda empresa diciendo «que sea bueno, fausto, feliz y afortunado». Durante las ceremonias divinas que se realizaban en público se mandaba que «guardasen respeto las lenguas»³⁷² y, durante la proclamación de las Ferias, que las personas «se abstuvieran de litigios y altercados». Asimismo, al ser purificada una colonia por parte de quien la fundaba³⁷³ —igual que cuando el general purificaba al ejército, o el censor al pueblo³⁷⁴—, se elegía como encargados de conducir a las víctimas a quienes tenían nombres propicios³⁷⁵. Es lo mismo que los cónsules observan durante la leva: que el primer soldado tenga un nombre propicio.

103 Tú, desde luego, sabes bien que has respetado todo esto con suma religiosidad, tanto cuando eras cónsul, como cuando eras general³⁷⁶. Nuestros mayores quisieron que

un supuesto *osmen* antiguo — en relación con *os*, ‘boca’), S. TIMPANARO, pág. 307, n. 247 (Cicerón parece sugerir aquí la relación con *homo*); una posible relación del término con el verbo *moneo* defendió A. PARIENTE, «Omen y otros casos de disimilación consonántica (*immo, amita, imitor, amoenus, ampla*)», *Estudios de fonética y morfología latina*, Salamanca, 1949, págs. 99-141, esp. 100, mientras que un origen **Hog-smen*, que pondría el término en relación con *aio* y con *prodigium*, ha sido propuesto por M. MEIER-BRÜGGER, «Zu lateinisch *ōmen*», *Glotta* 70 (1992), 248-249 (en defensa de un significado originario similar, cf. É. BENVENISTE, *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*, pág. 392).

³⁷² Es decir, ‘guárdese silencio’ (gr. *euphēmeite*); cf. F. NOVOTNÝ, «Favete linguis. Étude sémantique», *Rev. Ét. Lat.* 27, 1949, págs. 108-110, quien remite, asimismo, a II 57.

³⁷³ A propósito de este pasaje cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 283.

³⁷⁴ Alusión a la *lustratio* quinquenal, realizada mediante el sacrificio de un cerdo, de una oveja y de un toro (*suovetaurilia*; cf. LIVIO, I 44, 2).

³⁷⁵ Lat. *bona nomina*, es decir, nombres como *Valerius, Salvius, Statorius*, etc. (cf. S. TIMPANARO, pág. 308, n. 247).

³⁷⁶ Es decir, durante su proconsulado en Cilicia (51).

también la prerrogativa fuese el presagio de unos comicios acordes con el derecho³⁷⁷.

Pues bien, yo voy a referirte ejemplos conocidos de presagios. A Lucio Paulo, cónsul por segunda vez³⁷⁸, le tocó dirigir la guerra contra el rey Perses. Al atardecer de ese mismo día, cuando regresó a su casa y besó a su hijita Tercia —que era por entonces muy pequeña—, la encontró tristecita. «¿Qué pasa» —le dice—, «Tercia mía?, ¿por qué estás triste?»; «padre mío» —le responde—, «el Persa está muerto». Entonces él estrechó entre sus brazos a la niña: «Entiendo» —le dice— «el presagio, hija mía». El muerto, por lo demás, era un perrito de ese nombre.

Yo le he oído decir a Lucio Flaco, flamen de Marte³⁷⁹, 104 que Cecilia la de Metelo³⁸⁰, queriendo agenciarle un matrimonio a la hija de su hermana, se dirigió a un pequeño santuario al objeto de recabar un presagio, como solía hacerse según la costumbre de los antiguos. Como la muchacha estaba de pie y Cecilia sentada en una silla, tras largo tiempo sin que se produjera voz alguna, la fatigada niña le pidió a su tía materna que le permitiese reposar un poco en su silla.

³⁷⁷ En referencia a la *praerogativa centuria*, que era la que, de acuerdo con el resultado del sorteo realizado al efecto, votaba en primer lugar durante los comicios (cf. *Pro Mur.* 38); su voto inducía, probablemente, el resultado de la votación en su conjunto (cf. S. TAMPANARO, págs. 81, 307-308, n. 247).

³⁷⁸ Lucio Emilio Paulo (cónsul en el 182 y en el 168) dirigió la batalla de Pidna (168) contra Perses (lat. *Perses*, *Perseus*), último rey de Macedonia, al que se alude posteriormente (cf., asimismo, *Nat.* II 6).

³⁷⁹ Podría tratarse del Lucio Valerio Flaco (cons. 100) fallecido antes del 63 (cf., no obstante, W. A. FALCONER, pág. 334, n. 2); se denominaba *flamen*, generalmente, al sacerdote consagrado a una divinidad concreta (acerca de sus atribuciones específicas, cf. F. MARCO, *Flamen Dialis. El sacerdote de Júpiter en la religión romana*, Madrid, 1996).

³⁸⁰ Si se trata de su esposa (como indica VALERIO MÁXIMO, I 5, 4), no coincide con la mencionada en I 4, que era su hija.

Ella, por su parte, le dijo: «Niña mía, claro que te cedo mi lugar». Un presagio que la realidad secundó, porque ella, precisamente, murió al poco tiempo, y la muchacha, por su parte, se casó con quien había estado casada Cecilia. Comprendo muy bien que estas cosas pueden ser objeto de menosprecio, e incluso de burla, pero en eso consiste, precisamente, el pensar que los dioses no existen, en menospreciar lo que ellos nos manifiestan mediante signos.

47 105 ¿Qué voy yo a decir sobre los augures? A ti te atañe, y a ti te ha de corresponder —digo— el apadrinar los auspicios. Cuando eras cónsul, el augur Apio Claudio te anunció —al considerar que había tenido un significado dudoso el ‘augurio de la salvaguarda’³⁸¹— que se produciría una guerra civil triste y turbulenta. Al originarse ésta pocos meses después, la sofocaste en menos días aún. Desde luego, siento una viva simpatía por ese augur, porque él fue el único, en muchos años de historia, que mantuvo el saber de adivinar, y no el de canturrear augurios. Tus colegas se burlaban de él, diciendo unas veces que era augur de Pisidia, y otras que lo era de Sora³⁸². Les parecía que en los augurios no podía encerrarse intuición alguna, ni conocimiento alguno de aquello que iba a pasar de verdad. Afirmaban que la religión se había inventado, sabiamente, con arreglo a la credulidad propia de los igno-

³⁸¹ Lat. *salutis augurium*; propio de tiempos de paz, se celebraba cada año, si las circunstancias lo permitían, al objeto de conocer cuál era la disposición de los dioses respecto a la celebración y al mantenimiento de tal *salus*. Se trata, en este caso, del correspondiente al año 63, algo anterior a la conjuración de Catilina; acerca de Apio Claudio, cf. I 29. Acerca de la rivalidad mantenida entre Gayo Claudio Marcelo y Apio, cf. II 75, *Leyes* II 32.

³⁸² Lo acusaban, por tanto, de bárbaro, ya que la adivinación del futuro no era practicada, propiamente, por parte de los augures romanos. Sora era una ciudad del Lacio, situada al sudeste de Roma.

rantes³⁸³. Lo cual es muy de otro modo, porque esa picardía de inventar simulacros religiosos para engañar a la multitud no pudo existir entre los pastores aquellos a cuyo frente estuvo Rómulo, y tampoco en el propio Rómulo... Pero la dificultad y la fatiga que entraña el aprender han hecho elocuente su desdén, porque prefieren hacer discursos, para decir que nada encierran los auspicios, en vez de tratar de aprender en qué consisten éstos.

¿Qué puede haber más profético que aquel auspicio que se encuentra en tu *Mario* (por servirme preferentemente de tu autoridad)³⁸⁴ 106

Entonces, de pronto, la alada compañera de Júpiter altiso-
[nante,
lastimada por la mordedura de una serpiente, se yergue
sobre el tronco del árbol y atraviesa con fieras garras a la
[culebra,
que, casi exánime, cimbreo poderosamente su cuello multi-
color³⁸⁵,
desgarrándola, mientras se retuerce, y haciendo brotar la
[sangre con su pico;
ya saciado su espíritu y habiendo ya vengado el duro dolor,
arroja a la exhalante culebra, deja caer sus trozos sobre el
[agua,
y torna, desde donde el sol se pone, hasta el brillante orto.

³⁸³ Cf. I 107; *Nat.* I 77 (CRITIAS, frag. 88 B 25 DK, LIVIO, I 19); A. S. PEASE, *Div.*, pág. 289; la condena de tales acusaciones — según las cuales los dioses existen en virtud de un acuerdo de carácter humano, ficticiamente por tanto (*tékhnēi, ou physei allà tisin nómois*) — ya se documenta en PLATÓN, *Leyes* 889c-890c.

³⁸⁴ Cf. *Marius*, frag. 20 BI., 3 Soub.; la escena — que se refiere a la estancia de Mario en África (88-87) — es imitación de HOMERO, *Il.* XII 200-207 (cf., asimismo, VIRGILIO, *Eneida* XI 751-756); acerca de Mario, cf. I 59.

³⁸⁵ Cf. ENIO, *Ann.*, frags. 483-484 Sk.

*Cuando a ésta, que con raudas alas³⁸⁶ se deslizaba volando,
divisó Mario, augur del divino numen,
y hubo advertido éste los faustos signos de su ensalzamiento
[y regreso,
el propio padre del cielo resonó por el lado izquierdo³⁸⁷.
Así es como Júpiter refrendó el ilustre presagio del águila.*

48 107 Pues bien, aquel oficio augural de Rómulo fue el propio de un pastor, y no el de un habitante de la ciudad, un oficio que no fue amoldado a las creencias de los ignorantes, sino que se recibió de personas de confianza y que fue transmitido a la posteridad³⁸⁸. Así que el augur Rómulo —según encontramos en Enio³⁸⁹— y, a la vez, su hermano, augur asimismo³⁹⁰,
*actuando entonces con gran cuidado, anhelantes como esta-
[ban del reino,
se dedican, ambos a un tiempo, al auspicio y al augurio³⁹¹.*

³⁸⁶ El adjetivo *praepes* puede significar tanto 'veloz' como 'de buen augurio'.

³⁸⁷ Cf. II 82 y, en general, I 12.

³⁸⁸ Cf. I 105. El final de la frase podría aludir al hecho de que testigos presenciales asistieron al rito (como era costumbre, al menos, en la práctica augural del s. I; cf. DIONISIO DE HALICARNASO, I 86, 2).

³⁸⁹ Cf. *Ann.*, frags. 72-80, 81-91 Sk.; acerca de este difícil pasaje del libro primero de los *Anales* (GELIO, VII 6, 9) —corrupto, muy probablemente, en varios lugares—, cf. O. SKUTSCH, *Annals*, págs. 76-77, 221-238, así como «*Enniana*, IV: *condendae urbis auspicia*», *Studia Enniana*, Londres, 1968, págs. 62-85 [= *Classical Quarterly* 55 (1961), 252-267]; H. D. JOCELYN, «*Urbs augurio augusto condita: Ennius ap. Cic. Div. I, 107 (= Ann. 77-96 V²)*», *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 197, n. s. 17 (1971), 44-74; S. TIMPANARO, págs. 311-313, n. 252.

³⁹⁰ Cf. II 80 (*ambo augures, ut accepimus*). Se relata a continuación cómo se produjo la toma de auspicios, con un inciso que ocupa los versos 6-12 del fragmento (circunstancias que rodearon a la misma durante el día anterior, expresadas en tiempo pasado).

³⁹¹ Lat. *auspicio augurioque* (cf., en el orden inverso, I 28; VARRÓN, *Ling. Lat.* VII 8). Los dos términos coordinados aluden, en realidad, a

*Sobre el monte*³⁹² *se consagra Remo al auspicio*³⁹³ *y, a solas, atiende al ave favorable. Mas el hermoso Rómulo inquiere desde el alto Aventino, atiende al linaje de los de alto vuelo*³⁹⁴.

una misma operación, como observa O. SKUTSCH, *Annals*, págs. 222-224, en cuanto que el *augurium* (cf. **augus* [ACIO, *Teleph.*, frag. 92 D: pl. *augura*], *augeo*) solía manifestarse mediante un *auspicium* favorable; ambos conceptos se percibían, por tanto, como sinónimos (no obstante, cf. H. D. JOCELYN, «*Urbs augurio augusto condita*», págs. 48-51; así como S. TIMPANARO, pág. XXXVIII, n. 27, quien considera que el *augurium* consistía propiamente en la interpretación del *auspicium*).

³⁹² Lat. *in monte*, lectura que contrasta fuertemente con el concreto *in alto...* *Aventino* referido a Rómulo. Skutsch propone leer en este lugar *in Murco*, 'sobre el Murco' (*Annals*, pág. 224, «*Enniana*, IV», págs. 66-69), en alusión al cerro (*saxum*) situado en el sudeste del Aventino (*Murcus*, luego *Remoria* o *Remuria*) y poco inferior en altura a éste (el epíteto *alto* ha de considerarse, por tanto, como un simple ornamento); esta lectura fue aceptada por Schäublin en su edición (pág. 106), y también la considera preferible T. P. WISEMAN, *Remus. A Roman myth*, Oxford, 1995, pág. 171, n. 33.

³⁹³ Sobre el significado de *auspicio se devovet*, cf. T. P. WISEMAN, págs. 13, 171, n. 34 («by his auspicy vows himself to the gods below»; en relación con la *devotio* cf. I 51, *Nat.* II 10); en cualquier caso, resulta extraña una consagración de este tipo, cuando se trata de una petición de *regnum* (cf. H. D. JOCELYN, «*Urbs augurio augusto condita*», pág. 63). *Sedet*, por *se devovet*, propone leer O. SKUTSCH, *Annals*, págs. 76, 224-225, recordando que el augur se sentaba, por lo general, durante la toma de auspicios (cf. SERVIO, a propósito de *Eneida* IX 4 [*sedere est augurium captare*], así como, por ejemplo, PLUTARCO, *Caes.* 47, 3 [*ep' oiōnois kathēmenos*]).

³⁹⁴ Es decir, Rómulo se sitúa sobre la cumbre, propiamente, del Aventino (*ab avibus*, según Nevio, apunta VARRÓN, *Ling. Lat.* V 43). Otras fuentes menos antiguas sitúan a Rómulo en el Palatino y a Remo en el Aventino (cf. LIVIO, I 6, 4, y, sobre el episodio en general, I 6, 3 - 7, 3; DIONISIO DE HALICARNASO, I 86), quizá por haberse dejado de diferenciar entre Aventino —situado, además, fuera del *pomerium*, límite del territorio desde el cual los magistrados tenían derecho a tomar auspicios— y Murco. Según el relato recogido por Livio (I 7, 1), fue Remo quien obtuvo primero el augurio, mediante la aparición de seis buitres (*vultures*), pero luego se le presentaron doce a Rómulo (el mismo número de cisnes se le muestran a Eneas en VIRGILIO, *Eneida* I 393), enfrentándose luego

*Se disputaban si a la ciudad llamarían Roma o Rémora*³⁹⁵,
*a todo varón preocupaba cuál de los dos sería el jefe*³⁹⁶.

ambos hermanos y sus respectivos partidarios; la disputa se saldó con la muerte de Remo. Según recoge SERVIO, a propósito de *Eneida* III 46, Rómulo, una vez recibido el augurio, arrojó su lanza hacia el Palatino, apropiándose así de él al objeto de fundar la ciudad (O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 222). Mediante la expresión *genus altivolantum* (cf. gr. *hypsipétēs*) se alude, probablemente, a aquellas aves cuyo vuelo tenía un significado augural (lat. *alites*; cf. I 120; *Nat.* II 160).

³⁹⁵ Es decir, 'Roma', en honor de Rómulo, o 'Rémora' (nombre de mal presagio; cf. *remora*, *remoror*), en honor de su hermano, Remo. En realidad, es el nombre de 'Rómulo' (*Romulus*) el que parece haberse derivado del de 'Roma' (topónimo de supuesto origen etrusco, en cuyo caso se habría esperado más bien un **Romus*), o bien del de una *gens Romulia* (cf. W. SCHULZE, *Zur Geschichte lateinischer Eigennamen...*, Zürich - Hildesheim, 1991 [Gotinga, 1904], págs. 219, 579-582; S. TIMPANARO, págs. 311-313, n. 252; sobre la posible relación con *ruma*, 'seno', cf. M. PITTAU, «Sul significato e l'origine del toponimo Roma», *L'Africa Romana. Atti [...]* 10, 3 [1994], 1129-1140). *Remora* es un término sin tradición, acuñado probablemente por el propio Enio para referirse a la ciudad que habría podido fundar Remo (jefe de unos ciudadanos que, aunque lentamente [*remores*, *a tarditate*], comenzaban a incrementar su presencia social). Acerca de la leyenda que sitúa el origen de Roma en una primitiva *Valentia*, que, con la llegada de Evandro al Lacio, se convertiría en *Rhómē* (nombre griego luego interpretado como parlante: 'fuerza', 'poder'), cf. B. ROCHETTE, «*Rhómē = rhómē*», *Latomus* 56 (1997), 54-57. Una vez descrita la escena anterior, en presente, se justifica el uso del tiempo imperfecto, para expresar las circunstancias que la rodearon durante el día anterior a la toma de auspicios; se vuelve luego a lo más relevante de la acción en 108 (*interea*). El sujeto de 'se disputaban' (*certabant*) puede equipararse al de la frase siguiente; H. D. JOCELYN, «*Urbs augurio augusto condita*», pág. 68, considera que podría aludirse así a una especie de 'senado' primitivo (cf. I 105).

³⁹⁶ Lat. *induperator*, neologismo de Enio —quien emplea en otros lugares *imperator*— motivado por las exigencias del metro (cf. *Ann.*, frags. 322, 347, 577 Sk.), con el simple significado de *qui imperio regeret*. Los varones (*viri*) a los que se alude podrían ser, sin más, los que luego aparecen designados como *populus* (O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 227).

Aguardan; así como, cuando el cónsul se dispone a dar la se-
 todos miran ávidos hacia el extremo del cerco, [ñal³⁹⁷,
 esperando a que, en un instante, deje salir a los carros de la 108
 [pintada embocadura³⁹⁸,
 así esperaba el pueblo, mostrando en el rostro su temor ante
 [tales acontecimientos³⁹⁹:
 a cuál de los dos se le daba, como victoria, un gran reino.
 Entretanto, el blanco sol se retiró hacia lo profundo de la no-
 [che⁴⁰⁰.

³⁹⁷ Dejando caer un paño blanco, según anota O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 228. El presente de la comparación podría justificar el empleo del presente inicial (*expectant*), frente al imperfecto esperado (que aparece ya en 108: *sic expectabat populus*).

³⁹⁸ Lat. *pictis e faucibus*; cf. LIVIO, VIII 20, 2, quien se refiere a cómo fueron instaladas en el circo — quizá con carácter permanente — en el 329 (se trataría en principio de listones de madera, que hacían de barreira), siendo sustituidas en el 174; *pictos... currus* (Brown, Cameron) admite, no obstante, O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 230 (cf., por ejemplo, HOMERO, *Il.* V 239: *hármeta poikíla*).

³⁹⁹ Como observa O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 230, la descripción sólo parece tener sentido si se interpreta que refleja el estado de ansiedad del día anterior a la toma de auspicios. El pasaje parece haber influido directamente en VIRGILIO, *Eneida* XII 715-719, así como en OVIDIO, *Met.* IX 48-49.

⁴⁰⁰ Cf. ESQUILO, *Suppl.* 769. Es el momento — pasada la medianoche — en que sendos augures se dispondrían a tomar sus respectivas posiciones. A propósito del *sol albus* al que aquí se alude cf. O. SKUTSCH, *Annals*, págs. 231-232, quien descarta que se trate de la luna (propuesta de Merula) y considera válida la propuesta de Jocelyn según la cual podría aludirse más bien al lucero del alba (Venus, Lucífero; cf. *Ann.*, frag. 571 Sk. [*interea fugit albus iubar Hyperionis cursum*], cuya unión con el frag. 572 [*inde patefecit radiis rota candida caelum*] recuerda poderosamente nuestro pasaje), en cuyo caso *sol albus* (gr. *leukós*) podría ser glosa de un originario *iubar*. No obstante, resulta extraño que la estrella de la mañana desaparezca 'antes' del amanecer. Para una descripción de ocaso y amanecer en el transcurso de sólo tres versos cf., por ejemplo, HOMERO, *Il.* I 475-477. Una interpretación distinta del fenómeno descrito ofrece Warmington (*Ann.*, frags. 80-100; cf. págs. 30-31, n. b). En cual-

Luego, una luz deslumbrante, henchida de rayos, se expandió
 [por el exterior⁴⁰¹,
 y al tiempo, en lo alto, un ave favorable, con mucho la más
 [hermosa⁴⁰²,
 voló del lado izquierdo⁴⁰³. Al tiempo que sale un sol dorado,
 tres veces cuatro cuerpos sagrados de aves⁴⁰⁴
 bajan del cielo, y se posan sobre lugares favorables y hermo-
 [sos⁴⁰⁵.

quier caso, no parece que haya de pensarse en un fenómeno de eclipse (signo de mal presagio, por lo general; cf. *Ann.* 153 Sk., H. D. JOCELYN, «*Urbs augurio augusto condita*», pág. 71).

⁴⁰¹ Es decir, no son propiamente los rayos del sol lo que se ve, sino el reflejo de su luz (cf. *Ann.*, frag. 572 Sk., O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 233, así como OVIDIO, *Met.* IX 795). H. D. JOCELYN, «*Urbs augurio augusto condita*», pág. 70, considera la posibilidad de que se trate de una alusión al *aithér*.

⁴⁰² Cf., no obstante, O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 233 (*longe* también podría significar 'a lo lejos' — como consideraba Haupt —, acompañando al *volavit* siguiente).

⁴⁰³ Lat. *laeva volavit avis* (cf. I 12). Es decir, un ave — o un vuelo — de buen augurio (*praepes*) y que se le ofrecería a Remo, según entiende — siguiendo a Vahlen — S. TIMPANARO, pág. 312, n. 252; cf., no obstante, O. SKUTSCH, «*Enniana*, IV», págs. 78-79, *Annals*, págs. 233-234, quien considera que, en este pasaje, *avis* podría ser un singular genérico, ampliado seguidamente mediante la mención concreta del número de aves (el cual llegó a interpretarse como anuncio de una larga vida para Roma — 1200 años —, según apunta CENSORINO, *De die natali* 17, 15).

⁴⁰⁴ *Duodecim* no entra en el metro; *ter quattuor* es expresión equivalente a *bis sex* (cf. *Ann.*, frag. 323 Sk.) y, dada la importancia del número en el ámbito de lo religioso y ritual, refleja tan sólo la relevancia del augurio. El momento de la salida del sol era considerado como el más favorable en relación con los augurios.

⁴⁰⁵ Lat. *praepetibus... pulchrisque locis* (cf. GELIO, VII 6, 9). Se trataba, probablemente, de buitres, y no de águilas (O. SKUTSCH, *Annals*, págs. 235-236, pese a las reservas de H. D. JOCELYN, «*Urbs augurio augusto condita*», págs. 54-58), y se posan quizá sobre el Palatino.

De ahí desprende Rómulo que se le habían dado las primicias⁴⁰⁶, tronos estables, gracias al auspicio, y el territorio propio de [un reino.

*Explicación
racional
de la adivinación*

Pero, para que el discurso torne al mismo punto desde el que se apartó hasta aquí...⁴⁰⁷. Si fuera completamente incapaz de discutir sobre las causas por las que ocurre cada cosa y me limitara a enseñar que ocurre lo que acabo de recordar, ¿estaría respondiendo de manera insuficiente a Epicuro y a Carnéades⁴⁰⁸? ¿Y si se aduce también un razonamiento, sencillo en el caso de la intuición que se aprende, pero un poco más oscuro en el de la intuición profética? Y es que aquello que llega a intuirse a través de las entrañas, a través de los rayos, de los portentos y de los astros, ha podido constatarse gracias a la observación cotidiana. Por otra parte, la costumbre inveterada aporta en todos los asuntos, gracias a la observación prolongada, un increíble saber, el cual puede darse incluso sin que los dioses nos muevan o instiguen a ello, cuando se ha percibido, con atención reiterada, qué es lo que sucede a cada cosa y qué es lo que actúa como señal de cada hecho.

⁴⁰⁶ Lat. *priora* (cf. VIRGILIO, *Eneida* V 338); *proprium* (Müller) admite O. SKUTSCH, *Annals*, págs. 77, 237. Sobre las posibles interpretaciones sintácticas de *inde* ('de ahí', es decir, del signo en cuestión), cf. H. D. JOCELYN, «*Urbs augurio augusto condita*», pág. 72. Acerca del significado de *conspicit*, cf. I 106; O. SKUTSCH, *Annals*, págs. 236-237.

⁴⁰⁷ En referencia, probablemente, a I 85-87, y no a I 105; el resto del libro primero se divide en dos partes: 109-116 y 117-131 (esta segunda parte inspirada en Posidonio: cf. frags. 107, 110 Edelstein-Kidd).

⁴⁰⁸ Cf. I 5-7.

110 Como ya dije antes, la segunda forma de adivinación es la natural, que ha de ponerse en relación —según sutiles disquisiciones científicas— con la naturaleza de los dioses, a partir de la cual hemos absorbido o libado nuestro espíritu, según les ha parecido a los más doctos y sabios⁴⁰⁹. Y, dado que todo está completamente lleno de una eterna sensibilidad y de una mente divina, por necesidad habrá de conmoverse el espíritu humano al entrar en contacto con el divino⁴¹⁰. Sin embargo, durante la vigilia, el espíritu es esclavo de sus propias necesidades vitales, e, impedido por las ataduras del cuerpo, se desliga de su unión con la divinidad.

111 No es frecuente esa clase de personas que, desocupándose del cuerpo, se lanzan con todo su cuidado y afán al conocimiento de los asuntos divinos⁴¹¹. Sus augurios no proceden de una instigación divina, sino de la razón humana. Resulta que son capaces de intuir lo que va a pasar por causa natural, como los desbordamientos de agua, o como la consunción de cielo y tierra que se producirá algún día⁴¹²; otros, sin embargo, ejercitados en el servicio al Estado, son capaces de prever con gran antelación el surgimiento de una tiranía, como hemos oído decir a propósito del ateniense

⁴⁰⁹ Cf. I 70.

⁴¹⁰ Lat. *contagione* (Davies, Ax, Giomini; *cognitione* admiten Mar- sus, Pease, Timpanaro, frente al *cognitione* de los códices).

⁴¹¹ En alusión a aquellos que, entregados tan sólo al cultivo del espíritu, hacen de su vida una *praeparatio* o *commentatio mortis*, según se desprende de *Tusc.* I 74-75 (al respecto cf. PLATÓN, *Fedón* 67d).

⁴¹² Cf. *Nat.* II 118; alusión a la doctrina estoica de la *ekpýrōsis* (cf. *SVF* II 608, 1174), según la cual, cuando concluye un periodo cósmico, al producirse la conjunción de los astros que clausura el *annus magnus*, se destruye el universo a través del fuego, para después volver a surgir de nuevo. Acerca del posible origen heraclíteo de esta idea (cf. HERÁCLITO, frag. 22 B 66 DK), véase A. FINKELBERG, «On cosmogony and ecpyrosis in Heraclitus», *American Journal of Philology* 119 (1998), 195-222.

Solón⁴¹³. Podemos decir que son 'prudentes', esto es, 'previsores'; en modo alguno podemos decir que son adivinos⁴¹⁴. No en mayor medida que respecto a Tales de Mileto, quien se dice que, para rebatir a sus detractores, mostrándoles que también un filósofo podía hacer dinero si le apetecía, adquirió todos los olivos de la campiña de Mileto antes de que comenzasen a florecer⁴¹⁵.

Probablemente había podido advertir, gracias a algún tipo de saber, que habría abundancia de olivas. Y, desde luego, se cuenta que también él fue el primero en predecir un eclipse de sol, aquel que aconteció durante el reinado de Astiages⁴¹⁶.

Los médicos son capaces de intuir muchas cosas, muchas cosas los navegantes y muchas también los campesinos, pero a ninguna de sus intuiciones la llamo 'adivina-ción', ni siquiera a aquella mediante la que el científico Anaximandro advirtió a los lacedemonios de que abandonasen la ciudad y sus casas, y que, provistos de armas⁴¹⁷, salieran a acostarse en la campiña, ya que se aproximaba un terremoto. Fue entonces cuando la ciudad entera se derrumbó y cuando al monte Taigeto se le desprendió su extremo,

⁴¹³ Solón previó la tiranía de Pisístrato (c. 561-560; cf. SOLÓN, frag. 12 Gentili-Prato).

⁴¹⁴ Lat. *prudentes* (...), *id est providentes*, de acuerdo con la etimología correcta del doblote.

⁴¹⁵ Tales lograría así desquitarse de cuantos se burlaban de su dedicación a la filosofía (cf. ARISTÓTELES, *Pol.* 1259a5-6; DIÓGENES LAERCIO, I 26, 34, así como PLINIO, XVIII 273, donde se atribuye el episodio a Demócrito).

⁴¹⁶ Cf. 11 A 5 DK; el eclipse se produjo el 28 de mayo del 585, durante el reinado de Ciaxares, padre de Astiages, según HERÓDOTO, I 74 (cf. CICERÓN, *Rep.* I 25).

⁴¹⁷ Como protección frente a los hilotas, se entiende.

como si fuera la popa de un barco⁴¹⁸. Ni siquiera Ferecides, el que fue maestro de Pitágoras, será considerado adivino —en vez de científico— por el hecho de decir, al ver el agua extraída de un pozo manantial, que un terremoto era inminente⁴¹⁹.

- 113 Ahora bien, el espíritu del ser humano nunca es capaz de adivinar de una manera natural si no se encuentra desinhibido y relajado, hasta el punto de no tener absolutamente ninguna vinculación con el cuerpo, como acontece a los vates y a los que duermen. Así que estas dos son las clases de adivinación que aprueba Dicearco y —como dije— nuestro Cratipo⁴²⁰. Aunque tales clases son, sin duda, las más elevadas, por el hecho de que proceden de la naturaleza, no son, sin embargo, las únicas. Además, si piensan éstos que la observación no vale de nada, están eliminando muchas de aquellas cosas sobre las que se basa nuestra manera de vivir. Pero, ya que conceden algo —y no pequeño—, no hay motivo alguno para empeñarse en luchar contra ellos, máxime cuando hay quienes no aprueban absolutamente ninguna forma de adivinación.

- 114 Así es que aquellos cuyos espíritus echan a volar, despreciando el cuerpo, y se lanzan al exterior, inflamados e inspirados por una especie de ardor, pueden llegar a ver, sin duda, lo que están pronunciando al emitir su vaticinio. Y

⁴¹⁸ Acerca de la interpretación sintáctica del pasaje, cf. A. S. PEASE, *Div.*, pág. 302; S. TIMPANARO, pág. 316, n. 258. PLINIO, II 191, parece haberse inspirado en este pasaje.

⁴¹⁹ Se trata de Ferecides de Siro (c. 500; cf. 7 A 6 DK, H. S. SCHIBLI, *Pherekydes of Syros*, Oxford, 1990, frag. 20, págs. 5, n. 12, 146-147, y, sobre este autor en general, D. L. TOYE, «Pherecydes of Syros: ancient theologian and genealogist», *Mnemosyne* 50 (1997), 530-560); para otra explicación del episodio, también mencionado por PLINIO, II 191, cf. II 31.

⁴²⁰ Cf. I 70-71.

son muchas las circunstancias que hacen inflamarse a los espíritus que se encuentran así, desprovistos de unión con el cuerpo, como es el caso de los que se inspiran a través de un determinado sonido vocal o a través de los cantos frígios⁴²¹. A muchos les conmueven los bosques y las arboledas, a muchos los arroyos o los mares, y su mente delirante es capaz de ver, con mucha antelación, lo que va a pasar. En este tipo de adivinación se incluye aquello de⁴²²

¡Ay, ved!

*Alguien va a pronunciar un célebre juicio entre tres diosas*⁴²³,
juicio por el cual una mujer lacedemonia, una de las Furias,
[vendrá.

Y es que, del mismo modo, los que vaticinan han predicho a menudo muchas cosas, y no con meras palabras⁴²⁴, sino incluso

*con los versos que antaño cantaban Faunos y vates*⁴²⁵.

⁴²¹ Es decir, a ritmo de flauta; se alude así a los seguidores de Cibele (cf. I 79-80).

⁴²² Cf. ENIO, *Alex.*, frags. 47-49 J (el primer fragmento se repite en II 112); habla Casandra, quien alude al juicio de Paris y a la bella Helena, fatídica para Troya (cf. VIRGILIO, *Eneida* II 573: *Troiae et patriae communis Erinys*; así como, a propósito de Cleopatra, LUCANO, X 59: *Latii feralis Erinys*).

⁴²³ Cf. S. TIMPANARO, «*Alexandros*», pág. 52 (en defensa de una lectura *iudicavit*, que este editor imprime en su texto: cf. págs. 90, 317, n. 261).

⁴²⁴ 'En prosa', según interpreta S. TIMPANARO, págs. 91, 317, n. 262 (*(solutis) verbis*).

⁴²⁵ Es decir, con versos saturnios (O. SKUTSCH, *Annals*, pág. 371); la cita procede de ENIO, *Ann.*, frag. 207 Sk. (cf. *Brut.* 71, 75; *Orat.* 157, 171; VARRÓN, *Ling. Lat.* VII 36). La denominación de Fauno en plural se documenta, asimismo, en I 101; *Nat.* II 6; III 15.

115 Se dice que los vates Marcio y Publicio cantaron de una manera muy similar⁴²⁶; se nos han transmitido encubrimientos de Apolo de ese mismo tipo⁴²⁷. Creo que incluso hubo ciertas emanaciones de la tierra, gracias a cuya inhalación algunas mentes eran capaces de proferir oráculos⁴²⁸.

51 Pues bien, éste es, desde luego, el fundamento que tienen los vates, no muy distinto del de los sueños, pues lo mismo que les pasa a los vates durante la vigilia nos pasa a nosotros cuando dormimos. Y es que el espíritu se halla provisto de vigor durante el sueño, libre de los sentidos y de todo impedimento que pueda surgir de las preocupaciones, cuando el cuerpo yace y se encuentra prácticamente muerto. Como nuestro espíritu está vivo desde el principio de los tiempos y ha habitado junto a innumerables espíritus, puede ver cuanto hay en el mundo de la naturaleza, si es que, mediante una alimentación sin exceso y un beber moderado, llega a disponerse de tal manera que éste se encuentra despierto, mientras que el cuerpo se halla adormilado⁴²⁹. Tal es la forma de adivinación propia del que sueña.

116 En este terreno destaca cierto arte de interpretar los sueños —así como los oráculos y los vaticinios— que tiene gran importancia y que no es de carácter natural, sino artificioso⁴³⁰. Pues, al igual que la naturaleza divina habría creado en vano el oro y la plata, así como el cobre y el hierro, si ella misma no hubiera enseñado de qué modo se podía llegar hasta sus venas, ni le habría dado al género humano los productos de la tierra o los frutos de los árboles con aprove-

⁴²⁶ Cf. I 89; II 113.

⁴²⁷ Es decir, también en verso; cf. II 115-116.

⁴²⁸ Cf. I 38, 79.

⁴²⁹ Cf. I 61.

⁴³⁰ Se habla, probablemente, de la interpretación de sueños en general, y no sólo de la practicada por Antifonte (cf. I 3).

chamiento alguno, si no le hubiese transmitido cuál es su forma de cultivo y de preparación, ni nos sería de ayuda alguna la madera, si no dispusiéramos de una técnica para su elaboración, del mismo modo, a todo aprovechamiento que los dioses dieron a los hombres va unida alguna habilidad concreta, mediante la cual poder obtener ese aprovechamiento⁴³¹. Pues bien, las aclaraciones de los intérpretes se han aplicado de la misma manera a los sueños, a los vaticinios y a los oráculos, ya que muchos eran oscuros y otros muchos ambiguos.

Por lo demás, es una cuestión complicada la de cómo 117 pueden ver los vates, o aquellos que sueñan, cosas que ya no existen por entonces en parte alguna. Pero esto que estamos preguntando resulta más fácil si se analiza lo que ha de preguntarse previamente, porque toda esta cuestión se incluye dentro del razonamiento acerca de la naturaleza de los dioses, que tú expusiste, lúcidamente, en el libro segundo⁴³². Si nos atenemos a él, quedará bien sentado cuál es el tema sobre el que estamos tratando: los dioses existen, su providencia administra el mundo y son estos mismos dioses quienes deliberan acerca de los asuntos humanos, tanto acerca de aquellos que afectan al conjunto de los hombres, como a los particulares. Si mantenemos esto —que a mí, al menos, no me parece que pueda refutarse—, resulta ciertamente necesario que los dioses revelen el futuro a los hombres mediante signos.

Pero parece que ha de especificarse de qué manera, pues 118 52 a los estoicos no les complace que la divinidad actúe sobre la fisura de un hígado en particular, o sobre el canto de un

⁴³¹ Cf. *Nat.* II 130-132, 154.

⁴³² Del *De natura deorum*, se entiende, en alusión al discurso pronunciado por el estoico Balbo.

ave, porque ni es decoroso, ni es digno de las deidades, ni puede ocurrir bajo condición alguna⁴³³; sí les complace el hecho de que el mundo se haya conformado desde un principio de tal manera, que a determinados fenómenos les preceden determinados signos (unos en las entrañas, otros en las aves, otros en los rayos, otros en las apariciones, otros en las estrellas, otros en las visiones de los que sueñan y otros en las voces de los que deliran). Quienes han logrado percibir estos signos correctamente no suelen equivocarse; los signos que han sido mal pronosticados y mal interpretados no resultan falsos porque los acontecimientos hayan errado, sino por la ignorancia propia de sus intérpretes. Por otra parte, una vez supuesto y concedido eso de que existe cierta fuerza divina sobre la que está basada la vida de los hombres, no es difícil suponer cuál es la razón por la que ocurre aquello que, sin lugar a dudas, vemos que ocurre. Pues puede ser que exista una especie de fuerza dotada de sensibilidad, extendida a través del mundo entero, que actúe de guía para la elección de una víctima⁴³⁴, y puede producirse un cambio en las entrañas en el preciso instante en que se quiere proceder a la inmolación, de modo que falte o sobre algo, porque son muchas las cosas que la naturaleza es capaz de añadir, cambiar o suprimir en unos breves instantes⁴³⁵.

119 Lo acontecido poco antes de la desaparición de César es una prueba de gran importancia para que no podamos ponerlo en duda. Cuando éste procedía a inmolar, aquel día en que por vez primera se sentó en silla dorada y se paseó con la vestimenta de púrpura⁴³⁶, no apareció el corazón en las

⁴³³ *SVF* II 1210; cf. I 12.

⁴³⁴ *SVF* II 1209; cf. *Nat.* I 39; II 22, 85.

⁴³⁵ Cf. II 35-37.

⁴³⁶ En el año 45; podría tratarse de uno de los pasajes introducidos por Cicerón en su obra tras la muerte de César. La *sella curulis* y la

entrañas de un buey bien cebado. Pues bien, ¿acaso estimas que un animal que está provisto de sangre puede vivir sin corazón⁴³⁷? Él no se sintió impresionado por lo inusitado del suceso, mientras que Espurina le decía que era de temer que perdiera el discernimiento y hasta la vida⁴³⁸, ya que ambas cosas proceden del corazón. Al día siguiente no apareció en un hígado su parte superior... (algo que los dioses le ponían a César por delante, desde luego, para que pudiera ver de antemano su propia desaparición, y no para que pudiera evitarla⁴³⁹). Por tanto, cuando no se localiza en unas entrañas aquellas partes sin las que la víctima en cuestión no podría mantenerse con vida, lo que hay que entender es que las partes que faltan desaparecieron en el preciso momento de la inmolación.

Esa misma mente divina es la que actúa sobre las aves, 120 53 de manera que los seres de alas proféticas unas veces vuelan hacia aquí y otras hacia allí, unas veces se ocultan por esta parte y otras por aquélla; las aves agoreras cantan unas veces por el lado derecho y otras por el izquierdo⁴⁴⁰. Así que, si todo animal se sirve como quiere del movimiento de su cuerpo, yendo hacia delante, en diagonal o hacia arriba, si flexiona, tuerce, extiende o contrae sus miembros hacia donde quiere, si puede hacerlo casi antes de pensarlo,

praetexta eran privilegios del *dictator*, la toga purpúrea lo era del monarca; ambos atributos se ponen aquí en relación con el aciago destino del personaje.

⁴³⁷ Cf. ARISTÓTELES, *Part. anim.* 665b.

⁴³⁸ Espurina fue el arúspice, de nombre etrusco, que predijo a César los acontecimientos que habían de producirse durante los idus de marzo.

⁴³⁹ Bien porque resultaba imposible, o bien —desde una mayor inquina por parte de Cicerón— porque no deseaban que así fuese.

⁴⁴⁰ *SVF* II 1213; I 12; *Nat.* II 160; *oscen* guarda relación etimológica con el verbo *cano* ('cantar').

¡cuánto más fácil ha de resultar esto para la divinidad, a cuyo numen todo obedece!

121 La divinidad es también la que nos envía esa clase de signos que nos transmite la historia en gran número. Así, por ejemplo, aquello que vemos escrito: si la luna sufría un eclipse bajo el signo del León, poco antes de la salida del sol, lo que pasaría es que Alejandro y los macedonios vencerían en combate a Darío y los persas, resultando muerto Darío⁴⁴¹; si nacía una niña con dos cabezas⁴⁴², habría disensión entre el pueblo, corrupción y adulterio en los hogares; si una mujer tenía la visión de que paría un león⁴⁴³, lo que pasaría es que aquel Estado, en el que la visión se había producido, sería derrotado por gentes extranjeras. Del mismo tipo es también aquello que escribe Heródoto de que el hijo de Creso se puso a hablar, cuando no tenía la capacidad de hacerlo⁴⁴⁴, una aparición según la cual el reino y la casa de su padre sucumbirían desde sus cimientos. ¿Acaso alguna historia ha dejado de contar que a Servio Tulio le ardió la cabeza mientras dormía⁴⁴⁵? Por tanto, así como quien se ha entregado al reposo con el espíritu preparado —tanto mediante los buenos pensamientos, como mediante todo aquello que favorece la tranquilidad— ve en sueños cosas ciertas y verdaderas, así el espíritu casto y puro de quien está en vigilia se encuentra en mejor disposición para descubrir la

⁴⁴¹ Cf. S. TIMPANARO, pág. 97; se trata de Darío III, último rey de Persia, derrotado por Alejandro en el 331; podría hacerse alusión al eclipse del 13 de febrero del 338, o bien al del 20 de septiembre del 331 (cf. S. TIMPANARO, pág. 321, n. 273; CHR. SCHÄUBLIN, pág. 338).

⁴⁴² Cf. I 93.

⁴⁴³ En sueños, como le ocurrió a la madre de Pericles, a quien se podría estar aludiendo aquí; acerca de esta clase de representaciones oníricas, cf. I 39, 42, HERÓDOTO, I 84, VI 131.

⁴⁴⁴ Acerca del hijo mudo de Creso, cf. HERÓDOTO, I 34, 85.

⁴⁴⁵ Cuando era un niño, según la leyenda (cf. LIVIO, I 39, 1-3).

verdad que encarnan los astros, las aves y demás signos, y las entrañas⁴⁴⁶.

En efecto, lo que hemos oído decir acerca de Sócrates —y lo que él mismo dice a menudo, según los libros de los socráticos— es lo siguiente: que existe un algo divino —a lo que él llama *daimónion*⁴⁴⁷— que nunca instiga⁴⁴⁸, pero a menudo disuade, y a lo que él, personalmente, siempre obedeció. Fue Sócrates desde luego (¿qué autoridad mejor que ésta podemos buscar?) quien, al consultarle Jenofonte si había de seguir a Ciro⁴⁴⁹, después de exponer lo que a él, personalmente, le parecía, le dijo: «Y nuestro consejo es, desde luego, el de un ser humano; pero sobre asuntos oscuros e inciertos estimo que ha de acudirse a Apolo», a quien también los atenienses recurrieron siempre, a propósito de los asuntos más importantes que concernían al Estado.

Hallamos escrito, asimismo, que, cuando vio que Critón, su íntimo amigo, tenía un ojo vendado, le preguntó qué le pasaba; y, al contestarle él que, mientras paseaba por la campiña, una ramita que había apartado se le metió en el ojo al soltarla, le dijo Sócrates: «Porque no me hiciste caso, cuando —sirviéndome del presentimiento divino que suelo— intenté disuadirte⁴⁵⁰». También fue Sócrates quien, una vez, después de luchar sin éxito en Delio, cuando Laques era pretor⁴⁵¹, huía junto al propio Laques, y, al llegar a una encrucijada, no quiso seguir la huida por el mismo sitio

⁴⁴⁶ Cf. I 61.

⁴⁴⁷ Cf. JENOFONTE, *Anab.* III 1, 5; *Mem.* I 1, 6-8.

⁴⁴⁸ Cf. PLATÓN, *Apol.* 31d; *Fedro* 242c; *Theag.* 128d.

⁴⁴⁹ Cf. I 52; JENOFONTE, *Anábasis* III 1, 4-7.

⁴⁵⁰ De salir a dar un paseo, se entiende.

⁴⁵¹ El término traduce, probablemente, el gr. *stratēgós*, 'comandante'. Los atenienses fueron vencidos por los beocios en Delio (424), donde se encontraba el santuario de Apolo (cf. PLATÓN, *Apol.* 28de; *Banquete* 220e-221a).

que los demás. Cuando éstos le preguntaron por qué no seguía por el mismo camino, dijo que el dios se lo había desaconsejado, resultando al final que los que habían huido por el otro camino fueron a toparse con la caballería de los enemigos. Antípatro ha recogido muchísimos ejemplos de cosas que Sócrates adivinó de una manera admirable⁴⁵²; voy a omitirlos, porque te son conocidos y no tengo necesidad de recordarlos.

124 Sin embargo, lo que es magnífico y casi divino en el caso de este filósofo, es el hecho de que, tras ser condenado a causa de unas impías acusaciones⁴⁵³, dijo que moría con el espíritu muy sereno⁴⁵⁴, porque, ni al salir de casa, ni al subir al estrado desde el que pronunció su causa, se le dio por parte del dios ninguna señal —como era habitual— de que le amenazase algún tipo de mal.

55 Desde luego, lo que yo pienso es lo siguiente: aunque se equivocan en muchas ocasiones aquellos que son capaces de adivinar, gracias —según parece— a una habilidad o a un pronóstico, sin embargo, la adivinación existe. Los seres humanos, por otra parte, pueden equivocarse en el ejercicio de esta habilidad, al igual que en el de las demás. Puede pasar que un signo que se ofrece de manera ambigua se tome como seguro, y también que algún signo pase inadvertido (ya sea el signo como tal, o lo que sería su contrario...⁴⁵⁵). A

⁴⁵² *SVF* III Ant. 38; cf. I 6.

⁴⁵³ En realidad fue Sócrates, como se sabe, el acusado de impiedad (gr. *asébeia*).

⁴⁵⁴ Cf. PLATÓN, *Apol.* 40ab, 41d.

⁴⁵⁵ Se sugiere así, en cierto modo, el posible carácter arbitrario de los signos mánticos (acerca de las concepciones semióticas de los estoicos —tema que interesó especialmente a Posidonio— cf. CHR. SCHÄUBLIN, págs. 417-418, y, sobre la cuestión en su conjunto, «Alcuni fraintendimenti del *De divinatione*», en *Nuovi contributi di filologia e storia della lingua latina*, Bolonia, 1994, págs. 241-264).

mí, por lo demás, me basta para probar lo que vengo manteniendo el hecho de hallar, no ya muchísimas intuiciones y predicciones de carácter divino, sino incluso unas pocas tan sólo.

Es más, con que una sola cosa fuera intuida y predicha, ¹²⁵ de tal manera que, cuando ocurriera, resultara tal y como se predijo, sin que nada en ella apareciera como algo producido por casualidad o por azar, también diría sin dudar lo siguiente: que la adivinación existe con seguridad y que todos han de reconocerlo.

Me parece, por ello, que —como hace Posidonio— toda capacidad adivinatoria, así como su fundamento, ha de recabarse, en primer lugar, de la divinidad —acerca de la cual ya se ha dicho bastante—, en segundo lugar del destino, y, por último, de la naturaleza⁴⁵⁶. Pues bien, la razón nos obliga a reconocer que todo ocurre a consecuencia del destino. Por lo demás, llamo destino a lo que los griegos llaman *heimarménē*, esto es, a una serie ordenada de causas, de tal modo que una causa, al añadirse a otra que la precede, produce de por sí una consecuencia⁴⁵⁷. En esto consiste, desde el principio de los tiempos, el imperecedero fluir de la verdad⁴⁵⁸. Si esto es así, nada ha podido ocurrir que no fuera a pasar, y, del mismo modo, nada va a pasar cuyas propias causas eficientes no se hallen contenidas en la naturaleza.

⁴⁵⁶ Cf. I 125-128, 129-131; II 27; y, en general, *SVF* II 928-933; la misma tripartición, que remite a Posidonio (cf. I. G. KIDD, II [1], págs. 426-428), se documenta en MANILIO, I 25-65; conviene advertir que no se trata, propiamente, de tipos de adivinación, sino de los argumentos empleados por la física estoica para intentar demostrar la existencia de tal adivinación.

⁴⁵⁷ Cf. *SVF* II 921; *Nat.* I 9, 55; *Fat.* 20, 38, frag. 2; *Tusc.* V 70; CHR. SCHÄUBLIN, pág. 340; sobre el tema, en general, cf. J. J. DUHOT, *La conception stoïcienne de la causalité*, París, 1989.

⁴⁵⁸ Cf. *Nat.* I 40.

126 De ahí se infiere que el destino no es aquello que dice la superstición, sino lo que dice la ciencia: la causa eterna de las cosas, en virtud de la cual se produjo lo ya pasado, ocurre lo que está en ciernes y va a pasar lo que viene a continuación. Así, lo que ocurre es que, mediante la observación, puede dejarse constancia de qué hecho es el que sucede a cada causa las más de las veces, aunque no sea siempre (pues esto es difícil, desde luego, sostenerlo); y es verosímil que, quienes son capaces de ver las cosas a través del delirio o durante el reposo, puedan distinguir también las causas de aquello que va a pasar.

56 127 Además, ya que —como se mostrará en otro lugar⁴⁵⁹— todo ocurre a consecuencia del destino, si pudiera existir algún mortal capaz de percibir con su espíritu la ligazón que existe entre todas las causas, no se equivocaría, desde luego, en nada, porque esa misma persona —capaz de captar las causas de aquellas cosas que van a pasar— podría captar, necesariamente, todo cuanto va a pasar. Al no poder hacer esto nadie, aparte de la divinidad, lo que ha de quedarle al hombre es la capacidad de intuir el futuro mediante ciertos signos, que le revelan lo que viene a continuación. Y es que lo que va a pasar no surge de pronto, sino que el paso del tiempo es algo similar al despliegue de un cable: no crea nada nuevo, sino que va desplegando cada cosa en su momento⁴⁶⁰. Esto lo ven aquellos a quienes se les dio la adivi-

⁴⁵⁹ En referencia al *De fato* (cf. II 3, 19), en cuya parte conservada no se contiene esta cuestión; aquí es Marco Tulio, en realidad, quien hace el inciso, por boca de su hermano.

⁴⁶⁰ Cf. *SVF* II 944; S. TIMPANARO, págs. 101, 324-325, n. 282 («e ritorna sempre al punto da cui mosse»); acerca de la imagen utilizada, que no ha de ponerse necesariamente en relación con la doctrina estoica del eterno retorno, cf. P. DE RAVINEL, «À propos de Cic., *Div.*, 1, 56, 127», *Revue des Études Latines* 38 (1960), 112-115.

nación natural, y aquellos mediante cuya observación se dejó constancia del curso de las cosas. Aunque ellos no distinguen las causas propiamente, distinguen, sin embargo, sus signos y sus indicios; al añadirse a éstos la memoria, la dedicación y los testimonios de quienes les precedieron, se obtiene la adivinación que se dice artificiosa: la de las entrañas, la de los rayos, la de las apariciones y la de los signos celestes.

Por tanto, no hay que admirarse de que, quienes son capaces de adivinar, intuyan cosas que no existen en ninguna parte; y es que todas existen, pero se encuentran alejadas en el tiempo. Y, así como dentro de las semillas se albergan en potencia los seres que de ellas se crían, así se hallan escondidos en las causas los acontecimientos que se van a producir, cuya inminencia es capaz de distinguir una mente inspirada o que se ha desinhibido a causa del sueño, como es capaz de intuirlos la razón o la habilidad de los intérpretes. Pues bien, así como aquellos que han llegado a conocer las salidas, las puestas y los movimientos del sol, de la luna y de los restantes astros, pueden predecir con mucha antelación en qué momento va a pasar cada uno de estos fenómenos, así, quienes dejaron constancia, gracias a la exploración cotidiana, del curso de las cosas y de la consecuencia de los sucesos, comprenden lo que va a pasar; y lo hacen siempre, o —si eso es difícil— las más de las veces, o —si ni siquiera esto se concede— alguna vez a buen seguro. Pues bien, estas pruebas de la existencia de la adivinación y otras del mismo estilo se extraen, desde luego, del concepto de destino.

Pero un razonamiento distinto es el que se extrae de la naturaleza, y éste enseña cuán grande es la fuerza del espíritu, una vez se halla separada de los sentidos corporales, cosa que les acontece, sobre todo, a los que duermen y a los perturbados mentales. Porque, así como los espíritus de los

dioses, aun estando desprovistos de ojos, de orejas y de lengua⁴⁶¹, son capaces de percibir qué es lo que sienten unos respecto a otros (de donde se desprende que los hombres no deben dudar de que, hasta cuando expresan un deseo o un voto sin hablar, los dioses lo escuchan⁴⁶²), así los espíritus de los hombres, tanto cuando, desinhibidos a causa del sueño, se encuentran libres del cuerpo, como cuando, a causa de su perturbación mental⁴⁶³, se mueven por sí mismos en virtud de un trance espontáneo, son capaces de distinguir aquello que no son capaces de ver cuando se encuentran unidos al cuerpo.

130 Pues bien, desde luego, puede que resulte difícil aplicar este razonamiento natural al tipo de adivinación que —según decimos— procede de la aplicación de una habilidad, pero, sin embargo, también esto lo escudriña Posidonio, en la medida de sus posibilidades⁴⁶⁴. Él estima que en la naturaleza se hallan ciertos signos capaces de revelar aquellas cosas que van a pasar. Efectivamente, tenemos entendido que los de Ceos suelen prestar gran atención, cada año, a la salida de la Canícula⁴⁶⁵, y que proceden luego a interpretar —según escribe Heraclides Póntico— si el año será beneficioso o perjudicial. Pues, si la estrella ha surgido muy oscu-

⁴⁶¹ De acuerdo con la creencia estoica acerca del carácter no antropomórfico de los dioses (cf. *SVF* II 1057-1060).

⁴⁶² Cf. *Nat.* I 54; a ciertas formas de oración o diálogo con la divinidad se alude por ejemplo, a propósito de Escipión, en Livio, XXVI 19, 5; GELIO, VI 1, 6.

⁴⁶³ Lat. *mente permoti* (cuya atétesis propone CHR. SCHÄUBLIN, pág. 128, «Weitere Bemerkungen», pág. 48).

⁴⁶⁴ Cf. I 64. Posidonio fue autor de unos *Meteōrologiká* en, al menos, diecisiete libros; a propósito de este pasaje, cf. I. G. KIDD, II (1), págs. 434-436.

⁴⁶⁵ La 'Perrita', es decir, la estrella Sirio (cf. HOMERO, II. XXII 30-31); cf. *Nat.* III 26, *Fat.* 12.

ra y casi caliginosa, la atmósfera se encuentra espesa y condensada, de modo que su inhalación resultará pesada y perjudicial; pero, si la estrella ha aparecido brillante y diáfana, lo que se manifiesta es, más bien, una atmósfera ligera, pura y, en consecuencia, beneficiosa.

Demócrito estima, por su parte, que los antiguos fueron ¹³¹ sabios al determinar que se inspeccionasen las entrañas de las víctimas inmoladas⁴⁶⁶, ya que, a través de su estado y de su coloración, podían detectarse signos —unas veces de carácter beneficioso, otras perjudicial—, y, algunas veces, incluso si las campiñas iban a ser improductivas o, más bien, feraces. Si la observación y el uso permitieron reconocer estos fenómenos, que proceden de la naturaleza, el día a día logró aportar muchos datos, que se fueron anotando conforme se advertían. De modo que aquel personaje pacuviano (al que, en el *Crises*⁴⁶⁷, se presenta como científico) no parece haber llegado a conocer, ni lo más mínimo, el mundo de la naturaleza:

*pues esos que comprenden la lengua de las aves,
y que más saben a través del hígado ajeno que a través del
[suyo propio...⁴⁶⁸,
estimo que se les debe oír más que escuchar⁴⁶⁹.*

Te pregunto por qué, Pacuvio, si tú mismo dices, pocos versos después, con la suficiente brillantez:

⁴⁶⁶ Cf. II 30-32.

⁴⁶⁷ Cf. frags. 104-106 W; Crises era hijo de Agamenón y de Criseida. A propósito de este pasaje, cf. E. ARTIGAS, págs. 131-135.

⁴⁶⁸ Es decir, saben más a través del hígado del animal sacrificado (S. TIMPANARO, pág. 105); esta víscera se presenta aquí, anacrónica e irónicamente, como sede de la inteligencia.

⁴⁶⁹ Cf. VARRÓN, *Ling. Lat.* VI 83; CHR. SCHÄUBLIN, pág. 341.

Sea lo que sea, todo lo anima, forma, alimenta, hace crecer
 [y promueve,
todo lo sepulta y lo recibe en sí, y es, a la vez, padre de todo;
de ahí vuelven a originarse las mismas cosas de nuevo, y
 [ahí mismo van a perecer⁴⁷⁰.

Por tanto, siendo que la casa de todos es una sola —una casa común⁴⁷¹—, y que los espíritus de los hombres siempre han existido y existirán, ¿qué razón hay para que no sean capaces de percibir aquello que sigue a cada cosa, así como cuál es el prelude de cada consecuencia? Esto es» —añade— «lo que tenía que decir sobre la adivinación.

58 132 Ahora daré testimonio de aquellas formas de adivinación que yo no admito: ni a los sacadores de tablillas, ni a los que se dedican a adivinar en busca de la ganancia⁴⁷², ni siquiera admito las evocaciones de almas, a las que Apio, tu amigo, solía recurrir⁴⁷³; no aprecio, en fin, ni un comino al augur marso⁴⁷⁴, ni a los arúspices ambulantes, ni a los astrólogos del Circo, ni a los conjeturadores de Isis, ni a los intérpretes de sueños, porque éstos no son adivinos en virtud de su saber o de su habilidad, sino⁴⁷⁵

⁴⁷⁰ Cf. *Chrys.*, frags. 112-114 W.

⁴⁷¹ Común a dioses y hombres, según se entiende (cf. *Nat.* II 154).

⁴⁷² Cf. I 88.

⁴⁷³ Cf. *Tusc.* I 37; *In Vatin.* 14. A propósito de la necromancia romana (Nigidio Fígulo, Publio Vatinio y el propio Apio) y de sus antecedentes, cf. D. PÉREZ, M. SEGUIDO, «Suscitación de cadáveres con fines adivinatorios en el mundo romano», en J. ALVAR, C. BLÁNQUEZ, C. G. WAGNER (eds.), *Sexo, muerte y religión en el mundo clásico*, Madrid, 1991, págs. 171-191.

⁴⁷⁴ Cf. I 105; *naucum* significa, propiamente, 'cáscara de nuez'.

⁴⁷⁵ Cf. ENIO, *Telam.*, frags. 266-269 J (cf. II 104; *Nat.* III 79); Jocelyn considera que la cita eniana comienza propiamente en *aut inertes* ('incapaces...').

*vates supersticiosos y desvergonzados adivinadores,
incapaces, locos o siervos de la pobreza,
que no saben cuál es su propia senda, pero muestran al*
[otro el camino;
ellos mismos piden una dracma a aquellos a quienes pro-
[meten riquezas.
¡Que descuenten de tales riquezas una dracma para sí y
[que devuelvan lo demás!

Pues bien, esto es ciertamente lo que dice Enio, quien, pocos versos antes, estima que los dioses existen, pero cree que ellos no se preocupan de qué es lo que hace el género humano⁴⁷⁶. Yo, por mi parte, que considero que sí se preocupan, y que incluso nos dan advertencias y nos predicen muchas cosas, apruebo la adivinación, una vez excluidas la frivolidad, la falsedad y la maldad⁴⁷⁷».

Cuando Quinto hubo dicho esto, le dije: «Tú, desde luego, te has preparado brillantemente (...)»⁴⁷⁸.

⁴⁷⁶ Cf. ENIO, *Telam.*, frags. 270-271 J (versos citados en II 104); ACIO, *Antig.* frags. 581-582 D («lo que es ya, ni los dioses reinan, / ni, desde luego, se ocupa de los asuntos que afectan a los hombres el rey supremo de los dioses» [*iam iam neque di regunt / neque profecto deum supremus rex res curat hominibus*]), así como, en relación con el tema, *Nat.* III 79.

⁴⁷⁷ Lat. *malitia* (cf. *Nat.* III 75, a propósito de la *versuta et fallax ratio*, entendida como razón dirigida hacia el mal). La conclusión de Quinto refleja bien el ambiente fraudulento que rodeaba todo este tipo de prácticas en la Roma de la época (adivinos, astrólogos y embaucadores de toda suerte, en un momento caracterizado esencialmente por la exhibición obscena de lo privado). El panorama puede completarse con las observaciones que realiza el propio Cicerón, a propósito de la superstición, en II 148-150.

⁴⁷⁸ El libro terminaba muy probablemente con el elogio que Marco dirigía a su hermano, innecesario a la vista de II 8; parece ser muy poco lo mutilado, que faltaba ya en el arquetipo de nuestra tradición manuscrita.